

ALIAS CANDY



MÓNICA BENÍTEZ
CLARA ANN SIMONS

ALIAS CANDY
MÓNICA BENÍTEZ
CLARA ANN SIMONS

Copyright © 2020
Todos los Derechos Reservados.

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de sus autoras. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Para más información, por favor contactar vía correo electrónico en claraansimons@gmail.com o mbenitezlibros@gmail.com

<http://www.clarasimons.com>

Twitter: @claraansimons1

<https://monicabenitez.es>

Twitter: @monicabntz

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Epílogo](#)

Alguien planeando algo en algún punto de Barcelona

—¿Lo tienes?

—Sí, sí—repite gesticulando mientras abre la pantalla de su portátil.

—¿Y?

—No había visto tantos sistemas de seguridad juntos protegiendo un despacho nunca, nunca— repite poniéndome nervioso.

—No quiero tu opinión joder, quiero detalles.

—A priori todo el exterior está protegido con cámaras de vídeo inteligente y barreras infrarrojas.

—¿Qué significa a priori? —le interrumpo.

—Que todavía me quedan algunas cosas por comprobar, comprobar.

—Está bien, ¿qué más?

—En cuanto al interior del despacho, se accede a través de un escáner de retina y hay sensores cerca de la puerta y la ventana—asegura sin apartar la vista de la pantalla—todos esos sistemas están a su vez conectados a una central de seguridad, y si milagrosamente conseguimos sortearlo todo y acceder al despacho, dentro encontraremos una caja fuerte, todavía no he logrado descubrir el modelo exacto, pero con todos esos sistemas debe ser de última generación, generación.

—Todo eso es muy bonito—digo sintiendo como la adrenalina se apodera de mi cuerpo—la pregunta es ¿puedes anular todos esos sistemas?

—Sí—afirma rotundo—todos menos la caja fuerte, fuerte.

—¡*Bravissimo!* Empieza a obrar tu magia, de la caja fuerte me ocupo yo.

Capítulo 1

Candy

Tengo todo el cuerpo descolgado hacia atrás, los pies de gato ajustados al máximo a las presas inferiores, mi mano izquierda aferrada a una con forma de luna por encima de mi cabeza en una de las paredes más desplomadas del rocódromo, mientras balanceo mi cuerpo un par de veces antes de lanzar mi mano derecha a por la presa que necesito para avanzar.

Finalmente tomo un último impulso y me lanzo, alcanzando mi objetivo casi por los pelos, dos de mis dedos se aferran a esta nueva presa, noto la tensión en todos los músculos de mi cuerpo y observo con rapidez la pared en busca del siguiente apoyo que necesito, estoy en una posición realmente incómoda, es de esas en las que solo puedes aguantar unos segundos, o encuentro el modo de avanzar o me espera un espaldazo sobre la colchoneta.

—Venga Candy, casi lo tienes—oigo que dice Eli, una chica que conocí aquí en el rocódromo, donde imparto clases de escalada un par de horas cada tarde después de salir del trabajo y con la que sorprendentemente, he entablado una amistad muy sincera en poco tiempo.

Los dedos de la mano izquierda comienzan a resbalarme, me suelto y me agarro rápido esperando poder cogerme mejor, pero la tensión acumulada, sumada a que estamos llegando a final de semana y estoy cansada, me obligan a hacer un movimiento desesperado para salvar la caída. Cambio la posición de los pies con agilidad, escuchando el silbido de asombro de Eli, y consigo avanzar a través de varias presas casi hasta el final de la zona desplomada, digo casi porque en uno de los pasos no he logrado agarrarme a la presa y acabo de pegar un espaldazo sobre la colchoneta que me tiene atontada.

—Joder—me quejo haciendo una mueca.

Eli se planta a mi lado y me mira desde arriba con una amplia sonrisa.

—¿Estás bien?

—Sí, creo que tendrás que seguir soportándome—bromeo.

Mi amiga resopla y me tiende una mano que acepto con gusto para ayudarme a ponerme en pie.

—Creo que ya está bien por hoy—sonríe.

—Sí—sonríe yo también, a veces parece que la profesora sea ella y no yo.

Nos apartamos a un lado para no molestar y ambas hacemos unos cuantos estiramientos antes de dar por acabada la sesión.

—¿Sabes algo de tu abogado? ¿Has hablado con él? —pregunta con interés.

—Sí, precisamente me reuní con él hace un par de días—digo lanzando un suspiro al aire.

—¿Y?

—Pues regular, más bien tirando a mal.

—¿Quieres hablarlo? —pregunta preocupada.

—No hace falta, es más de lo mismo y no quiero aburrirte—digo encogiéndome de hombros.

—Tú nunca me aburres so burra, además, ya sabes que soy una masoca sin remedio—bromea.

Sé que hablar de mi problema con Eli no lo resolverá, pero supongo que al menos me permitirá sacar un poco de mierda, a veces pienso que ya no me cabe más y me da miedo explotar cualquier día de estos.

—Está bien, pero en otro sitio, aquí hay demasiada gente.

—Si quieres nos damos una ducha y tomamos algo en la cafetería de la esquina. Yo te invito.

—La última vez pagaste tú, hoy pago yo o no voy—le aseguro muy seria.

—Eres un chollo de entrenadora, que lo sepas—dice sonriente.

—Y tú la que aguantará toda mi chapa.

—Eres mi entrenadora favorita Candy, ya lo sabes.

—Me vale con que seas mi amiga, desde que empezó toda esta mierda me siento como el bicho raro al que todo el mundo señala.

—Espabila, anda, a ver si se me van a saltar las lágrimas—me dice con su eterna sonrisa en la boca.

En la ducha, dejo que miles de gotas caigan sobre mi cuerpo desnudo haciendo que me olvide momentáneamente de todos los problemas. Siento la presión del agua sobre los músculos de la espalda, tensos del esfuerzo de la escalada, y me permito unos segundos para que el calor me relaje.

La voz de Eli me devuelve a la realidad. Odio que me interrumpen en esos momentos. Podría pasar horas bajo una buena ducha de agua caliente y en la ratonera a la que llamo casa no puedo permitírmelo. Tengo que ahorrar cada céntimo que caiga en mis manos si quiero llegar a final de mes, así que las duchas largas son siempre en el gimnasio.

Al salir, ella ya ha terminado de secarse. Bromea mientras nos vestimos para intentar sacarme una sonrisa, tratando de que me olvide aunque sea por unos instantes, del desastre de vida que me han dejado mis padres. Sí, mis padres, ellos son los culpables de mi situación actual.

Al llegar a la cafetería, elegimos una mesa un poco más alejada del resto en la que poder hablar tranquilas. Tras pedir una cerveza y algo de picar, Eli me mira con cara seria y a la vez expectante.

—Venga, suelta eso que te preocupa tanto —exige mi amiga.

—Yo no he dicho que esté preocupada —murmuro alzando una ceja.

—Ya claro, por eso llevas media tarde dándole vueltas a la bola del piercing, cualquier día te arrancas el labio.

—¿Qué tiene que ver el piercing con esto?

—Cada vez que estás preocupada o pensativa le das vueltas a la bola.

—¿Eh? No es verdad—comento sorprendida.

—Claro que lo es, venga—asegura convencida—cuéntame.

—Pues pinta bastante mal Eli, para qué te voy a decir otra cosa—digo encogiéndome de hombros—he conseguido reunir todos los papeles para llevárselos al abogado, aunque me ha costado la misma vida porque mi padre los tenía desperdigados por todos los rincones del taller. Eso cuando los tenía, porque he tenido que ir pidiendo copias a proveedores, bancos... En resumen, un desastre.

—¿Y qué te dijo el abogado al ver la documentación?

—Fue una auténtica pesadilla. Tuve que esperar a que un mediador aceptase mi caso e intentase negociar con los acreedores, pero ninguno de ellos ha querido llegar a un acuerdo de pago.

—Bueno, pero por lo que me han contado eso pasa bastantes veces. Ahora vais a juicio, ¿no?

—Pues ahí es donde tengo el problema, ahora tendría que ir a juicio, el juez verificaría el intento de acuerdo con los acreedores, comprobaría mis bienes, que son nulos claro, y concedería o no la condonación de la deuda.

—Entonces, ¿qué problema le ves? —pregunta sin comprender—para eso está la Ley de Segunda Oportunidad.

—No es tan fácil, Eli. Tras la negociación con los acreedores he tenido que pagar al abogado y al mediador, así que ahora estoy aún peor de lo que estaba cuando empecé. Si vamos a juicio, parte de las deudas son con Hacienda y la Seguridad Social que tienen prioridad, y como mucho el juez me aprobaría un plan de pagos a cinco años, sin garantía de que me lo vayan a conceder. Tal y como están las cosas, ni siquiera sé si seguir adelante.

—Bueno, pero tienes que intentarlo, ¿no? ¿Qué pierdes?

—Pues para empezar mi independencia económica, porque el abogado concursal tomaría el control de mi cuenta, pero bueno, eso lo dejaremos a un lado—digo al ver la cara de circunstancias de Eli.

—Joder—murmura con los ojos muy abiertos.

—Pues la cosa es mucho más complicada.

—¿Más aún?

—Para mi desgracia, sí.

—¿Y eso?

—Dos de los acreedores amenazan con llevarme a juicio por estafa.

—¡Pero si tú no has hecho nada! —exclama indignada.

—Ya, pero aparezco como administradora de la empresa, firmaba las cuentas todos los años. Recuerda que el cabrón de mi padre se ocupó de que todo estuviera a mi nombre, él no aparece en ningún documento.

—¿Y si te condenan?

—Me caen de seis meses a tres años.

—Joder, ¡vaya putada! Pero bueno, se podría probar que tú no tuviste nada que ver. ¿Qué dice el abogado?

—Se podría intentar probarlo, pero si no lo consigues, ve difícil que me puedan caer más de dos años en caso de que acabemos en un juicio y sea condenada.

—Entonces no entrarías en prisión, ¿no?

—No, pero si me condenan no puedo acogerme a la Ley de Segunda Oportunidad. Pierdo en todos los casos, es una mierda. Y son aún más gastos entre abogados y procuradores, te juro que a veces me entran ganas de coger la mochila y desaparecer.

—No me extraña ¡Menuda situación que te dejó montada tu padre, guapa!

—A mí me lo vas a contar...

—¿Puedo ayudarte de algún modo? —pregunta con sinceridad.

—Salvo que te sobren unos cincuenta mil euros más los intereses de cada mes para pagar las deudas que me ha dejado mi padre, no.

—Sabes que si los tuviese te los dejaría.

—Lo sé, pero no los aceptaría porque no podría devolverlos tampoco.

—¿Te has planteado pedir un préstamo al banco?

—Con las deudas, mi nombre sale en todas las listas de morosos, ahora mismo no podría cambiarme ni de compañía de teléfono—resoplo incrédula.

—No sé qué decirte Candy, la verdad es que tienes una situación muy complicada. A ver si tienes suerte y llegáis a un acuerdo con los que te quieren demandar o algo. ¡Vaya faena! Siento no poder ayudarte más.

—Ya me ayudas bastante escuchándome, de verdad. Ahora mismo solo puedo esperar algún tipo de milagro en mi vida para salir de esta.

—O atracar un banco.

—Solo me faltaba eso—me río—bastantes problemas me han causado ya las actividades ilegales de mi familia como para meterme yo también.

—Bueno, cualquier cosa me dices—comenta todavía con gesto serio.

—Sí, gracias, me voy a descansar, que entre el curro y las horas en el gimnasio tengo el cuerpo molido.

Ambas nos ponemos en pie y nos dirigimos a la barra para pagar, le dedico una mirada amenazante a mi amiga cuando veo que va a echar mano de su cartera y se ríe.

—Tranquila mujer, solo quería ver la cara que ponías—se burla.

—Eres idiota—resoplo.

—Una idiota que tiene una habitación vacía en casa si te hace falta.

Me quedo paralizada ante su comentario, y antes de que consiga articular una palabra, Eli me empuja hacia la puerta mientras me pasa un brazo sobre los hombros.

—No te asustes tonta, solo quiero que sepas que cuentas conmigo ¿de acuerdo? Ahora lárgate y descansa—dice, y se marcha dejándome con la boca abierta.

Observo a Eli alejarse por la calle mientras asumo que una persona a la que apenas conozco desde hace unos meses se preocupa más por mí que mi propia familia.

Capítulo 2

Alejandra

De camino a casa, mientras conduzco, pienso en lo absurdo de mi situación personal. A la vista de todos mi vida es envidiable, casi de ensueño. Rodeada de lujos parece que tengo todo lo que cualquier persona pueda desear, la realidad en cambio es muy diferente. A veces tengo la sensación de que mi vida no me pertenece.

Desde pequeña me ha faltado el cariño de mis padres. Mi madre murió cuando nací, ni siquiera los mejores médicos del hospital privado que mi padre había contratado para el parto pudieron hacer nada para salvar su vida. Lo más parecido a una madre que he tenido han sido una serie de niñeras, y en concreto Celia, de quien guardo el mejor recuerdo y la que se ocupó de mí durante un montón de años. Fue quizá, la persona que mejor me comprendió, quien me sostuvo durante los años de mi adolescencia y todavía sigo quedando con ella todas las semanas para tomar un café y charlar un rato. Me gusta escucharla hablar de sus nietos, ver en sus ojos ese cariño que yo nunca recibí de mi familia.

De mi padre, ¿qué puedo decir? Nunca he tenido demasiado trato con él y ahora que lo pienso fríamente lo agradezco. Siempre pensando en su trabajo, en acumular más dinero y poder. Yo solamente he sido un objeto en su vida, un objeto incómodo con el que tenía que lidiar. Por algún motivo que no acierto a comprender, aún me culpa de la muerte de mi madre.

Para él soy más un estorbo que una hija. Me he esforzado desde pequeña en ser la jodida hija perfecta, en un intento absurdo de al menos por una puta vez en la vida, conseguir algo de reconocimiento por su parte, pero nada, jamás he visto una mirada de orgullo hacía mí. Siempre he sacado buenas notas y he sido obediente y educada, pero a pesar de ello, nunca he logrado que su actitud hacia mí cambie ni un ápice. Incluso estudié la carrera de derecho por él, aun sabiendo que la aborrecería por completo.

A mis veintisiete años, con mi segundo máster recién terminado, no sé muy bien qué hacer con mi vida. Pero para mi sorpresa, y por si nuestra relación no fuese ya bastante complicada, ahora va y me suelta que quiere que empiece a trabajar en el despacho de su abogado de confianza, según él, eso hará que nos veamos más, aunque en realidad sé que lo único que quiere es tenerme controlada, la idea de que el último máster que he estudiado no tenga nada que ver con la abogacía y sí con lo que realmente me gusta que es escribir, no le ha hecho ninguna gracia, y por ahí sí que no paso. Ya estoy cansada de ser la niña buena que acepta todo lo que su padre le pide, y esto pienso zanjarlo ahora mismo. Busco su número en la memoria del teléfono y pulso el botón de llamada.

—Hola papá—saludo muy seria—¿puedes hablar?

—¿Dónde estás? No se te escucha nada bien.

—Es que ahora mismo he llegado a mi casa, acabo de meter el coche en el garaje y todavía no me he bajado. A ver, ¿me escuchas mejor ahora? —pregunto saliendo del coche.

—Sí, ahora sí. Date prisa que estoy ocupado con un tema muy importante. ¿Qué quieres? —pregunta resoplando.

¡Qué raro! Siempre con las prisas, cualquier tema es más importante que su propia hija. El dinero no puede esperar, pero en cambio sí que puede pasarse semanas sin llamarme.

—Son cinco minutos papá—le digo intentando que me preste atención.

—Está bien, pero que sean cinco minutos de verdad.

—Solo quería decirte que no voy a aceptar el trabajo en el despacho de Raúl—suelto del tirón.

—Ya hablaremos de eso con calma—dice como si no hablara conmigo.

—No papá, no vamos a hablar nada más sobre este tema, la decisión está tomada y es firme.

Siempre he sido una mujer decidida, con una personalidad bastante fuerte, pero reconozco que a veces me cuesta muchísimo enfrentarme a mi perfecto padre. Supongo que tantos años sin sentirme valorada por él e intentando cumplir sus sueños para nunca conseguir su aprobación, me han pasado factura.

Pero toda esta mierda se ha acabado, me he pasado demasiados años preguntándome que hacía mal, ahora me doy cuenta de que no es culpa mía esa frialdad que siempre ha mostrado hacia mí, soy lo suficientemente independiente y capaz como para sobrevivir sin él, de hecho, llevo haciéndolo toda mi vida, no lo necesito a él ni a su dinero, y mucho menos un trabajo de mierda donde pueda tenerme controlada, por no hablar de que tendría que aguantar al gilipollas de su abogado a diario.

—Seamos sinceros papá, los dos sabemos que estudié derecho por ti, pero no porque me gustase, jamás has tenido en cuenta lo que yo quiero y eso se ha acabado. No voy a ejercer, y mucho menos en el despacho de Raúl llevando tus cuentas y defendiendo tus mierdas, no quiero tener nada que ver con tus negocios.

Desde que descubrí hace unos años los negocios turbios que se traen entre manos mi padre y su abogado, se me forma un nudo en el estómago cada vez que le veo. Sería incapaz de trabajar para una persona así por mucho dinero que me pagase. No quiero formar parte de una red de corrupción.

—¿Y qué se supone que vas a hacer con tu vida? ¿Vivirás del aire? —pregunta irónico.

—Quiero terminar mi novela—no puedo evitar esbozar una pequeña sonrisa imaginando su cara al oírme pronunciar esas palabras.

—¡Mira Alejandra, hoy no estoy para bromas ni caprichos de niña de los cojones! —grita enfurecido—. Está claro que te he malcriado, no sabes lo que es trabajar ni el valor del dinero, eres una jodida desagradecida.

Desde luego mi padre sabe muy bien dónde hacerme daño, pero lo tengo tan asumido que cada vez me duele menos oírsele decir. Puede que no haya trabajado, pero no soy la típica pija que se ha pasado el día de compras con las amigas o en el club de campo, no he parado de estudiar, quizá eso sea lo único que merece que le agradezca, jamás ha puesto impedimento alguno cuando se ha tratado de mi educación, aunque para que me pagara el último máster tuve que batallar bastante.

—Quiero ser escritora papá. Terminaré mi novela, y si no consigo vivir de ello me buscaré la vida—afirmo muy segura.

—¡Ya vendrás a mí cuando tengas que comer! No serás más que una fracasada. Tengo cosas más importantes que hacer que escuchar tus tonterías Alejandra.

¿Me ha colgado el teléfono? ¿En serio? Sonrío con satisfacción y guardo el teléfono en el bolso, si se piensa que voy a volver con las orejas agachadas es que me conoce menos de lo que pensaba, ya tengo mi propio plan, el padre de mi mejor amiga es el director de un periódico y puede conseguirme un puesto de redactora, eso me proporcionará independencia económica, además de un trabajo que me gusta, y en mis ratos libres seguiré escribiendo mi novela.

Salgo del garaje y miro al cielo un segundo, totalmente negro y sin una sola estrella, seguro que esta noche llueve. Entro en casa pensando en la ducha que pienso darme, después me haré

algo de cenar que sea ligero y me sentaré frente al portátil, llevo toda la tarde con varias ideas en la cabeza para el siguiente capítulo de mi novela y no pienso permitir que la discusión con mi padre me desconcentre.

Dejo el bolso sobre la mesa y cuando me dispongo a ir a mi habitación, se va la luz.

—Perfecto—me quejo en voz baja, mientras tanteo con las manos en busca de la mesa para alcanzar el bolso, sacar el móvil y tener algo de luz.

Lo primero que localizo es una de las sillas, pero cuando voy a echarme hacia delante para palpar la mesa, me quedo paralizada y un terrible escalofrío me recorre el cuerpo cuando noto que a mi lado hay alguien, ni siquiera tengo tiempo de gritar, de repente, el intruso se abalanza sobre mí, sujetándome con fuerza con un brazo alrededor del abdomen y tapándome la boca para que no grite, ni un segundo después, noto un golpe en la cabeza y todo se vuelve oscuro.

Capítulo 3

Candy

Salgo del rocódromo destrozada, esta tarde me he machacado especialmente fuerte. Creo que la escalada es lo único que consigue que mi mente se libere de todas las mierdas que me han tocado vivir desde que era niña, y cuanto más difícil es la pared, más me olvido de ellas. Eli suele decir que soy masoca y puede que tenga razón, pero a mayor dificultad, más me gusta.

Ya se ha hecho de noche y al adentrarme en una zona menos iluminada en la que he aparcado mi vieja scooter, escucho unos pasos cada vez más cerca de mí. Con disimulo, busco en la mochila un bote de spray de pimienta que llevo siempre conmigo. Hasta ahora nunca he tenido que utilizarlo, pero en el vecindario en el que me muevo nunca está de más tomar precauciones.

Los pasos se acercan un poco más y el pulso se me acelera. Tengo claro que quien sea no está de paseo por la zona, puede que parezca una paranoica, pero estoy segura de que me están siguiendo. Cojo el bote de spray de pimienta y palpo con el dedo la posición de la boquilla para asegurarme de que lo he cogido en la posición correcta. Tomo una gran bocanada de aire dispuesta a adelantarme a sus intenciones, enfrentándome con un rápido giro.

—¿Qué coño quieres? ¿Por qué me estás siguiendo? Como te acerques un paso más te vacío todo el puto spray en los ojos. ¡Largo de aquí, imbécil! —le digo amenazante, apuntándole a la cara con el spray de pimienta.

—Eh, eh, tranquila Candy—dice dando un paso atrás—solo quiero proponerte un negocio—comenta el desconocido con las manos en alto, intentando calmarme.

—¿Cómo coño sabes mi nombre?

—Sé muchas cosas sobre ti, Carla Ulloa, muchas más de las que te piensas. Tus padres eran una leyenda abriendo cajas fuertes, los míticos “Candado”, de ahí viene tu apodo; ¿verdad? Candy —pregunta con una sonrisa triunfal.

Me quedo mirando al desconocido sin disimular mi cara de asombro. Tendrá unos cincuenta años, alto y delgado, pese a su edad todavía se mantiene en forma. Tiene un extraño acento al hablar y una marcada cicatriz recorre su pómulo derecho desde el ojo hasta la mejilla, lo que añade más agresividad a su corpulencia y su sonrisa chulesca.

—¿Conocías a mis padres? —le pregunto sorprendida.

—Digamos que hice algunos negocios con ellos en alguna ocasión—comenta haciéndose el interesante—antes de que acabasen en el talego, claro. Fue una pena, tanto talento desperdiciado, cuando salieron tu padre no quiso seguir abriendo cajas y tu madre... En fin, la vida sigue para los que de verdad sabemos pelear en ella.

Me habla como si robar bancos y abrir las cajas fuertes de otras personas fuese un trabajo digno, una ocupación de lo más común. Una pequeña parte de mí quiere seguir escuchando, es algo irracional, pero por suerte, mi parte racional toma el control, bastantes problemas me han causado ya los “negocios” de mi familia, como él los llama.

—Todo lo que me has contado es muy bonito, pero no quiero ningún trato con gente como tú, bastante mierda tengo ya en mi vida por culpa de mi familia. Si no desapareces de mi vista ahora mismo llamo a la policía, pero eso será después de rociarte la cara con esta mierda. ¡Lárgate de aquí! —le digo mostrándole que sigo teniendo el spray preparado, por si no le ha quedado suficientemente claro.

La verdad es que yo misma estoy alucinada por la fuerza con la que salen las palabras de mi boca, soy consciente de que este tío podría destrozarme sin despeinarse por mucho spray de pimienta que yo lleve, que lo que más me convendría es gritar y salir corriendo, pero aquí estoy, plantándole cara a alguien que me dobla en tamaño y fuerza, quizá sea porque llevo demasiado tiempo enfrentándome a todo yo sola y ya no encuentro ese punto en el que debería parar y pedir ayuda.

—¡Qué carácter! —dice elevando las cejas con agrado—veo que lo has heredado de tu madre. Pero Candy, querida, creo que con tu situación económica te conviene escucharme.

—¿Qué sabes tú de mi situación económica? —ahora no solo estoy asombrada, también cabreada—joder ¿me has investigado?

—Digamos que he hecho los deberes. Sé mucho más de lo que crees y te aseguro que lo que te voy a ofrecer te interesa—dice elevando una ceja con prepotencia—no pierdes nada por hacerlo, puedo resolver todos tus problemas. ¿Qué edad tienes? veinticinco ¿verdad? Demasiado joven para arrastrar una deuda tan grande. Si me haces caso, empezarás una nueva vida libre de deudas y con un buen capital, te lo aseguro.

La pequeña parte irracional que hace un momento quería quedarse a escuchar se hace ahora más grande. Si hay una manera de hacer desaparecer todas mis deudas me gustaría conocer más detalles, pese a saber que esos detalles probablemente no me van a gustar en absoluto, no creo que el “negocio” que quiere proponerme sea algo legal, ni algo de lo que me vaya a sentir orgullosa.

—¿Qué me dices, Candy? No te quitaré más de diez minutos, puedes confiar en mí—me hace gracia que siga con los brazos en alto a pesar de que ya no le estoy amenazando, como queriendo transmitirme una confianza que sin duda no siento.

—Está bien, diez minutos, ni uno más—le digo volviendo a poner el candado a mi moto.

—¡Brava! ¡Sígueme! Podemos hablar con calma a unos cinco minutos de aquí.

Lo miro un instante preguntándome que cojones estoy a punto de hacer mientras tiro de la bola de mi piercing y le doy vueltas, joder, Eli tenía razón.

Caminamos juntos sin hablar y pronto nos desviamos por unas calles estrechas que no parecen muy recomendables. Instintivamente mantengo listo el spray de pimienta por si tuviese que utilizarlo, aunque estoy segura de que no me serviría de gran cosa si tuviera que enfrentarme a él.

—Es aquí, adelante—me indica señalando un bar de aspecto cutre y poco iluminado.

Me hace gracia que al letrero luminoso de la entrada le falte una letra y no se hayan molestado en arreglarlo. Le sigo por el interior del bar intentando fijarme en cada detalle por si tuviese que escapar. No hay ni un solo cliente. Tras la barra se esconde un camarero de aspecto siniestro, medirá casi dos metros de alto y esconde una montaña de músculos bajo su camiseta, más que un camarero parece un gorila.

El hombre misterioso, del que ni siquiera sé su nombre, me conduce al final del bar, a una mesa separada de las demás con un cartel de “reservado” que se cae a pedazos colgando de uno de los laterales. Todo el bar se encuentra en unas condiciones deplorables, aunque tengo la impresión de que lo que menos les importa es si entran o no clientes. Seguramente, lo que quieren es precisamente que no entre nadie y esto sea una tapadera para sus “negocios”.

Tras sentarnos en la mesa me ofrece educadamente algo de beber, aunque lo rechazo por si acaso.

—Tienes mi palabra de que solo vamos a hablar, en cualquier momento puedes levantarte y salir por esa puerta, así que relájate—comenta al percibir mi tensión.

—¿Vas a decirme tu nombre al menos? Porque tú parece saber muchas cosas de mí y yo no

sé ni cómo te llamas—digo mirándole a los ojos muy seria.

—Cierto, excúsame. Me llamo Giovanni, y como te he dicho, hice negocios con tus padres en el pasado.

—Bien, Giovanni, pero eso ya me lo has contado, así que ahora cuéntame eso que hará desaparecer todas mis deudas, recuerda que tienes exactamente diez minutos para intentar convencerme, en cuanto termine ese tiempo desaparezco por la puerta—miro el reloj como si estuviese apuntando el tiempo.

Giovanni me mira pasando su mano derecha por la cara mal afeitada, con sus ojos profundos clavados en los míos, la verdad es que tiene una mirada que impone, creo que eso le puede bastar para acojonar a cualquiera.

—Una chica decidida y con las cosas claras, me gusta. Iré directo al grano, sé que tienes serios problemas económicos por las deudas que te ha dejado tu padre. Poner el negocio de aluminios a tu nombre y luego escapar con el dinero dejándote todas las deudas es, come lo chiamate, una putada ¿no? ¿Qué clase de padre le hace eso a su hija? —pregunta con ironía.

—Una auténtica putada, sí, pero eso ya lo sé yo también, dime algo que no sepa o puedes empezar a contarme cómo sabes tú todas esas cosas.

Tengo que reconocer que este personaje cada vez me tiene más intrigada.

—Candy *amore*, el mundo es un pañuelo y te sorprenderías si supieses todo lo que llega a mis oídos. Podríamos decir que tengo una buena red de contactos.

Antes de que pueda empezar a interrogarle con más detalle, un hombre irrumpe en el bar con mucha prisa, y tras saludar al gorila que hay detrás de la barra con un gesto rápido de cabeza, se dirige hacia Giovanni.

—Perdona que te interrumpa Calabrés, me acaba de llamar “el mudo” desde el puerto de Barcelona, ha llegado el contenedor que estabas esperando—dice con la respiración entrecortada, como si hubiese venido corriendo.

—*¡Cazzo!* ¿no ves que estoy ocupado, imbécil? Dile al “mudo” que ya sabe perfectamente lo que tiene que hacer con el contenedor, no tiene que pedirme permiso hasta para ir a cagar—dice molesto, es la primera vez que le veo perder la compostura.

Mientras observo al hombre que traía el mensaje excusarse por haberle molestado, mi mente no para de repetir el apelativo con el que ese tío se ha dirigido a él: “Calabrés”. Ese nombre me suena muchísimo, y mientras ellos discuten sus asuntos me devano los sesos para intentar ubicarlo en mis recuerdos, cierro los ojos y escucho su voz solamente, hasta que de pronto algo hace clic en mi cabeza, recuerdo haber escuchado en casa ese nombre en varias ocasiones cuando era pequeña, pero no me suena haberle visto nunca, estoy segura de que recordaría esa cicatriz que atraviesa su cara, aunque también podría habérsela hecho después.

El hombre que tengo delante es Giovanni Cervini, alias el Calabrés, es toda una leyenda entre ladrones, empezó dando golpes en joyerías y bancos, y gracias a su habilidad para planificarlo todo y tener previsto cualquier detalle jamás le pillaron, así que se vino arriba y empezó a buscar cosas más grandes. Un auténtico cerebro, es tan listo como peligroso, alguien con quien no se juega y a quien no se debe traicionar, escuché a mi padre decirle eso a mi madre decenas de veces, es increíble la de recuerdos que te pueden venir a la cabeza con tan solo escuchar una palabra “Calabrés”.

Finalmente, el hombre se marcha por donde ha venido y Giovanni se reacomoda en su silla tras acariciarse la barbilla.

—Te pido disculpas Candy, estos jodidos palurdos no saben comportarse ante una dama. ¿Por dónde íbamos? Ah sí, te estaba contando que conozco bien los problemas en los que te

encuentras, cómo lo he llegado a saber no es importante, lo que sí es importante es que con un sueldo mileurista nunca acabarás de pagar tus deudas, los intereses crecen y crecen hasta devorarte y es casi imposible que te puedas acoger a la Ley de Segunda Oportunidad, e incluso corres el riesgo de acabar en la cárcel según tengo entendido. Eres una mujer dura, pero la cárcel... Umm—dice pensativo—la cárcel es una experiencia que no te recomiendo, como sabrás por tus padres, mira en que se convirtieron después de salir, a tu padre solo le quedaron agallas para robarle a su propia hija, y tu madre, *ay bella* tu madre, a saber por dónde anda. ¿Eso es lo que quieres de tu vida? Yo creo que no, eres una chica lista, lo veo en tu mirada.

Me sorprende la naturalidad con la que habla de todo esto, como si para él fuese lo más normal del mundo, quizá en su mundo sí, pero para mí, escucharle hablar con esa naturalidad de lo que hicieron mis padres tras salir de la cárcel, hace que ese puñal que siento que me clavaron en el corazón se hunda cada vez más.

—Parece que lo sabes todo, ¿qué me propones? ¿Cuál es según tú, la clave para solucionar mi problema? —pregunto ahora cada vez más interesada.

—Para ti será muy fácil. Digamos que existe un cierto señor muy malo que pronto tendrá una cantidad indecente de dinero en su casa. Nosotros entramos y nos lo llevamos—asegura encogiéndose de hombros como si fuera lo más fácil del mundo—y tú por ese trabajo te llevarás medio millón de euros—asegura dejándome con la boca abierta—a partir de ahí puedes hacer lo que quieras; pagar tus deudas y empezar una nueva vida, o bien empezar de nuevo en otro país sin pagar las deudas y ahorrarte cincuenta mil euros más los intereses, que a estas alturas ya deben rondar otros veinte mil con las sanciones que te habrán puesto ¿Cierto? Aunque la verdad es que lo que hagas después me importa una mierda, lo que me interesa es lo que puedes hacer ahora.

—Sigo sin ver dónde encajo yo en todo esto, porque supongo que no me vas a regalar medio millón de euros solo porque en el pasado conocías a mis padres—le digo intrigada, esperando sacar algún detalle más de lo que pretende hacer—¿qué es lo que esperas que haga? Porque te aseguro que no soy capaz ni de robar una canica.

—Digamos que este cierto señor tiene el dinero en una casa con un sistema de alarma perimetral de lo mejorcito. Un tercer activo, que resulta que es un genio de la informática, desactivaría el mecanismo de seguridad tanto interior como exterior, el problema es que el dinero se encuentra en una caja fuerte en el piso superior y solamente podemos acceder a través de una ventana, ya que la puerta de entrada solo puede abrirse con un escáner de retina y sacarle un ojo a ese imbécil no es algo que me apetezca hacer, además llamaría demasiado la atención y eso es justo lo último que necesito. Tu misión consiste en escalar una pared de unos ocho metros hasta esa ventana, una vez la alcances tiene una pequeña repisa en la que podrás apoyarte para utilizar un cortador de vidrio circular, accederás al despacho por la ventana y yo te daré una contraseña para que abras la caja fuerte y saques el dinero.

—¿Así que me necesitas para escalar como un mono? —le digo todavía sorprendida.

—Sé que eres una excelente escaladora Candy, esa pared no será un problema para ti.

—¿Sabes también que si llueve no podré escalar y tendrás que cambiar de fecha? —afirmo mordaz.

Su rostro se vuelve mucho más serio de golpe, es como si su mente intentase encontrar una solución a un contratiempo que no ha previsto. Sabe tan bien como yo que si la pared está mojada no podré escalarla y su plan dejará de funcionar. Intento contener la sonrisa de satisfacción que me produce haberle provocado un dolor de cabeza.

—No es factible buscar otra fecha, tiene que ser esa noche. Tenemos un margen de seis horas entre que se deposita el dinero en la caja fuerte y el momento en el que el abogado de este

hombre entre en el despacho para llevarse el dinero e iniciar el pitufo.

—¿El qué? —pregunto con cara de no entender nada.

—No tiene importancia, es como lavarán el dinero. Lo que realmente debe preocuparte es que tenemos seis horas y tiene que ser necesariamente en esa fecha.

—Bueno, yo solamente quería que supieses lo de la lluvia. Resumiendo y para que me quede claro, seríamos tres; tú planificas el golpe, el genio de la informática desactiva las alarmas y yo escalo la pared y me llevo el dinero—le digo intentando tener claros todos los detalles.

—Habría una cuarta persona, la que nos proporcionará la clave de la caja fuerte, pero eso es un detalle del que ahora no debes preocuparte.

—No sé si lo sabes, pero suponiendo que acepte tu propuesta, puedo llegar allí y encontrarme con una pared que no puedo escalar. No soy una puta araña—joder, ya me estoy viendo allí intentando escalar una pared totalmente lisa.

—He preparado una réplica exacta de la pared con la que te vas a encontrar en un chalet a las afueras de la ciudad. Tendrás tres semanas para entrenar todo lo que necesites hasta que no suponga ninguna dificultad para ti escalarla.

—¡Joder! ¿Una réplica exacta de la pared? ¿Tres semanas en un chalet? ¿Cuánto dinero vas a robar? —ahora ya me empiezo a preocupar un poco más porque no sé a quién le estamos robando el dinero y eso es un dato importante, pero de momento prefiero no preguntar.

—Eso es un dato que no es relevante para ti, lo que te importa es que recibirías medio millón de euros en billetes, más este adelanto para ayudarte a decidir—le miro con cara sorprendida mientras me pasa un sobre blanco bastante abultado—hay cinco mil euros en efectivo, considéralo una motivación para aceptar el encargo.

Abrir el sobre y ver un fajo de billetes de cincuenta euros dentro de él, produce en mí un efecto desconocido. Odio tener que hacer algo ilegal, pero esto podría solucionarme la vida y no parece demasiado complicado a priori. Sobre todo, porque no tengo demasiadas alternativas para salir de mi situación económica, por no decir ninguna salvo que me toque la lotería.

—Escucha Giovanni, sin entrar en detalles—digo tras darle un par de vueltas a la bola de mi piercing—para mí sería muy importante saber a quién le pretendes robar ese dinero.

—Solo debes saber que en el fondo, robamos a otro ladrón, quizá de guante blanco, pero un ladrón al fin y al cabo. Es un canalla sin honor si eso es lo que te preocupa.

Es sorprendente que Giovanni pueda intuir que mi preocupación es robarle el dinero a una persona honesta. Tendré que fiarme y suponer que, efectivamente, estamos robando a un “canalla sin honor” como él dice. Imaginar que somos una especie de banda de Robin Hood, solo que el dinero nos lo quedamos nosotros, un dinero que puede solucionar mis problemas de un plumazo.

Siempre juré que no seguiría los pasos de mis padres por nada de este mundo, pero a veces las circunstancias te empujan a hacer cosas que desearías no tener que hacer, y ese medio millón de euros me permitiría empezar una nueva vida, una vida que ellos me han jodido.

—¿Sabes? Me recuerdas a tu madre, ella siempre giraba su anillo de casada cuando estaba preocupada, igual que tú haces con ese hierro que te atraviesa el labio.

Suelto la bola de mi piercing de inmediato y lo miro con la boca abierta.

—Tienes hasta mañana para pensarlo Candy—dice poniéndose en pie—si tomas la decisión correcta, dentro del sobre entre los billetes, encontrarás una dirección, te espero allí mañana por la tarde. Si por el contrario decides no aceptar, reconozco que me llevaré una enorme decepción y ese pobre hombre perderá un ojo, pero no voy a perseguirte por cinco mil euros, puedes quedártelos como muestra de mi buena fe. *Ciao bella*.

Giovanni desaparece por una puerta en el fondo del bar, yo cojo el sobre y lo guardo bien en

el bolsillo interior de mi chaqueta, le hago un gesto con la cabeza al gorila cuando salgo y en cuanto pongo un pie en la calle, mi decisión ya está tomada.

Capítulo 4

Alejandra

Siento que la cabeza está a punto de explotarme, es como si alguien me estuviera taladrando el cráneo de forma constante. Intento abrir los ojos, pero el dolor es insoportable. Tengo la boca seca y un extraño sabor metálico, por no hablar de que noto los labios adormecidos y puedo sentir cada pulsación del corazón en mi sien. Joder, como me duele.

Tras un rato de intenso dolor, consigo abrir los ojos. No sé dónde estoy, me llegan imágenes distorsionadas y es como si los objetos estuvieran danzando a mi alrededor. ¡Joder, mi cabeza! Estoy confusa y algo mareada, pero si de algo estoy segura es de que nunca he estado aquí.

Intento moverme, pero no puedo, las extremidades no me responden. De nuevo ese pinchazo en la cabeza que me corta la respiración, quiero y necesito que pare. Por momentos mi visión vuelve a la normalidad, es como si estuviese en un sueño, si no fuese por este terrible dolor de cabeza diría que estoy soñando. Parece que estoy bajo el agua, me muevo a cámara lenta o quizá no me muevo.

Poco a poco empiezo a reaccionar, estoy en una silla. ¡Mierda, joder! ¡Estoy atada a una silla! Por eso no puedo moverme. Intento tirar con fuerza y librarme de mis ataduras, pero estoy demasiado confusa y débil como para tener éxito.

Cada vez consigo ver con más claridad, creo que estoy en una especie de sótano, la luz se cuelga por una pequeña ventana en la parte más alta de la pared, aunque está acondicionado como una habitación, hay una cama y una mesa.

Empiezo a ponerme muy nerviosa. Joder, ¡mi cabeza va a estallar! No recuerdo nada, no sé cómo he llegado hasta aquí, me zumban los oídos y tengo náuseas. Mierda, cada vez estoy más histérica, debo salir de aquí, pero estoy demasiado débil como para intentar moverme.

—¡Socorro! —Solamente un hilo de voz escapa de mi garganta, lo que añade impotencia a mi situación. Espero que alguien pueda escucharme.

¡Qué sabor tan horrible! Es como si hubiese chupado un hierro oxidado. Miro hacia abajo y veo que estoy vestida, no me duele nada salvo la cabeza, no creo que hayan abusado de mí y no puedo describir con palabras el alivio que supone eso. De nuevo me empiezo a poner nerviosa. ¿Y si lo hicieron y no lo recuerdo? Imposible, estoy segura de que notaría algo así.

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude! —recupero un poco más de voz, pero no parezco yo misma hablando.

Se abre una puerta y mi corazón se acelera todavía más, una fuerte luz ciega mis ojos, noto otro pinchazo en la cabeza al girar el cuello para apartar la mirada de la luz. Poco a poco recupero la visión, pestañeo continuamente tratando de adaptarme a tanta luminosidad cuando la figura de un hombre entra por la puerta, al principio le veo distorsionado, es como si estuviese en un sueño, aunque sé que está ahí.

—Por favor, ayuda—suplico tratando de llamar su atención.

—Vaya, vaya, la bella durmiente se ha despertado—comenta feliz el muy cabrón.

—¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí? Necesito ayuda—susurro con la voz ahogada.

El hombre se mantiene quieto a unos dos metros de mí, de pie, mirándome fijamente. Mis ojos se han ajustado de nuevo a la luz y puedo ver con mayor claridad, las imágenes siguen distorsionadas por los laterales y cada movimiento hace que me estalle la cabeza, pero al menos

puedo verle con nitidez. Es un hombre corpulento, quizá de unos cincuenta años, con una cicatriz cruzando un lado de su cara. ¿Por qué no me ayuda? No sé porque me hago una pregunta tan estúpida, está claro que él es el culpable de mi situación actual.

—Quiero salir de aquí, por favor. ¡Suéltame!

Sigue sin moverse, sonrío pasando la mano por su barbilla, acariciando su cara mal afeitada mientras su mirada sigue clavada en mis ojos. Tiro de las ataduras con fuerza, pero un nuevo pinchazo en la cabeza hace que me detenga. Nuevas nauseas, tengo ganas de vomitar.

—Intenta no moverte tanto y estar tranquila—dice el desconocido con voz calmada—evita movimientos bruscos, recuperarás la normalidad en pocos minutos, aunque la cabeza te va a doler un buen rato—añade elevando una ceja con prepotencia—te he traído un vaso de agua y un Ibuprofeno, tómatelo—me ordena.

Se acerca a mí con el vaso de agua y mete la pastilla en mi boca. Por unos instantes se me pasa por la cabeza darle un mordisco, aunque no creo que sea lo más sensato en la situación en la que me encuentro. Tengo ya muy claro que si hubiese querido liberarme ya lo habría hecho, así que me debe tener retenida por algún motivo, quizá para pedir un rescate a mi padre. Solo espero que no aspiren a mucho, porque con el cariño que me tiene mi padre no creo que consigan mucho dinero, si es que consiguen algo.

Tras beber dos sorbos de agua para tragar la pastilla siento una arcada y vomito manchando mis pantalones, aunque creo que solamente es el agua que acabo de beber.

—Debes relajarte, cuanto más intente tu cuerpo luchar, más tardarás en volver a la normalidad. Es normal sentir nauseas dado tu estado, seguramente tendrás un sabor metálico en la boca, pero no te preocupes, se pasará en menos de una hora, te hemos tenido que dormir para traerte hasta aquí.

—¿Por qué me duele la cabeza? No recuerdo nada—le pregunto intentando completar alguna pieza del puzle y dar algo de sentido a lo que está pasando.

—El dolor de cabeza es por el golpe que has recibido, el Ibuprofeno hará efecto pronto, tranquila. Quizá estés algo desorientada, con visión borrosa o te zumben los oídos ¿verdad?

Me limito a asentir con la cabeza.

—Es normal, no debes preocuparte, se te pasará pronto. Y no, no soy médico si es lo que te estás preguntando, pero conozco todos estos síntomas porque digamos que los he causado más de una vez, así que sé buena y todo irá bien—asegura entornando los ojos.

Me llega algún recuerdo como si fuese un flash, creo que acababa de llegar a mi casa, había discutido con mi padre y no recuerdo nada más, ni siquiera algún detalle de la discusión.

—¿Quién coño eres? ¿Por qué me retienes? —le pregunto recuperando poco a poco mi capacidad de gritar.

—Lo importante es que no quiero hacerte daño. Estás atada por tu seguridad, para que no cometas ninguna tontería, ya sabes, del tipo intentar golpearme y salir corriendo, no saldría bien querida Alejandra, te lo aseguro. Te soltaré en cuanto tenga claro que vas a colaborar.

—¿Colaborar? ¡Yo no pienso colaborar contigo cabrón! Quiero salir de aquí, mi padre es un hombre muy influyente, hará que te pudras en la cárcel por retenerme en contra de mi voluntad. ¡Esto es un secuestro por si no lo sabes! —grito de nuevo, aun a riesgo de que mi cabeza estalle de dolor en cualquier momento.

Ni siquiera sé de dónde sale tanta valentía, quizá sea por el efecto del golpe que tengo en la cabeza, porque en otra situación no me atrevería ni a mirarle, la verdad es que su presencia es suficiente para asustar.

—Ya te he dicho que debes intentar calmarte Alejandra—sonrío con malicia—soy

consciente de que no es fácil en esta situación, pero te repito que mi intención no es hacerte ningún daño, de eso puedes estar segura, si quisiese hacerte daño ya te lo habría hecho.

En cuanto a eso decido creerle, sé que es cierto lo que dice, además, me ha dado un Ibuprofeno para calmar el dolor, cosa que no tenía por qué hacer, lo cual me relaja un poco.

—Sé bien que tu padre es un hombre influyente y con mucho dinero, por eso estás aquí—sonríe como si fuera obvio—y en cuanto a delitos, por mucho que hayas estudiado derecho estoy seguro de que conozco más sobre penas de cárcel que tú, no tienes que explicarme que esto es un secuestro. Al menos inicialmente, porque espero que te calmes y colabores conmigo de una vez, no tengo tiempo para tus amenazas inútiles.

Empiezo a tener muy claro que no estoy en las mejores condiciones para luchar, atada a una silla de pies y manos poco puedo hacer, y aunque estuviese libre, él es mucho más fuerte que yo y no se deja impresionar con facilidad. Quizá lo mejor sea seguirle la corriente y averiguar el verdadero motivo por el que me retienen en este sótano.

—Me parece bien, hablemos, pero antes de nada me gustaría que me quitases estas ataduras, tengo los brazos y las piernas adormecidos y me empieza a doler—le pido intentando sacar alguna ventaja de la situación.

El hombre se acerca a mí y saca una navaja de unas dimensiones más que considerables, me da un vuelco al corazón cuando la abre, por primera vez empiezo a temer por mi vida. Supongo que estoy recuperando plenamente la consciencia, pero por mucho que me diga que no quiere hacerme daño, la situación en la que me encuentro es muy preocupante.

No le lleva demasiado tiempo cortar las bridas de nylon que me sujetan a la silla. Siento un súbito cosquilleo en mis extremidades, como si me hubiesen cortado, no las siento, estoy entumecida. Llevo mis manos al frente y las extiendo para cerciorarme de que estoy bien, el único daño que observo es el roce que me ha causado la brida en las muñecas, que por cierto me escuece bastante.

—Bien, ahora no quiero que hagas ninguna tontería ¿está claro? Si intentas levantarte y echar a correr te caerás, y aun suponiendo que fueses capaz de correr no podrías escapar. Quiero que estés lo más tranquila posible y me escuches con atención, vamos a llevarnos bien.

Asiento con la cabeza intentando valorar si tengo alguna otra opción, pero si la hay no la encuentro.

—Mi nombre es Giovanni, aunque en ciertos ámbitos se me conoce más como el Calabrés, en fin, eso no importa. Como te he dicho, no pretendo hacerte ningún daño, si colaboras con nosotros nadie saldrá herido. ¿Lo tienes claro, Alejandra?

Me habla despacio, como intentando hacerme comprender algo que en el fondo es muy sencillo; o colaboro o me la juego.

—¿Qué quieres de mí?

—Algo muy sencillo querida, ya verás. Sé que no te llevas bien con tu padre y aborreces su manera de hacer negocios. Eres muy consciente de que su dinero no procede de fuentes honestas, ¿me equivoco? —pregunta, yo afirmo con un gesto de cabeza.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo? —Le pregunto sin poder comprender.

—He elaborado un maravilloso plan para robarle a tu padre algo de su dinero, le dolerá, no es una cantidad pequeña, pero no se quedará en la ruina no te preocupes. Te ofrezco la oportunidad de colaborar y devolverle a tu padre algo de su propia medicina.

—¿Y si no colaboro? —le pregunto desafiante.

—Colaborarás—afirma muy seguro—la pregunta es si lo harás por las buenas o por las malas. Si colaboras por las buenas, todo se terminará en tres semanas y como ya te he dicho, nadie

saldrá herido. Tu padre perderá una buena cantidad de dinero, cuatro millones de euros para ser exactos, estará muy enfadado durante un tiempo y tú tendrás una pequeña victoria moral.

Joder, ¿cuatro millones? ¿Hasta dónde llegan los tentáculos de mi padre para manejar esas cantidades?

—Insisto, ¿qué pasa si no te ayudo? —le pregunto, aun sabiendo que no me gustará la respuesta.

—Me ayudarás igualmente, solo que por las malas, y en ese caso alguien pagará tu falta de colaboración.

—No tengo miedo a lo que me puedas hacer—miento—y lo que le pase a mi padre me importa una mierda—aseguro elevando la voz para dejar clara mi postura.

—Oh, no os pasará nada ni a ti ni a tu padre, *bella mia*. Quizá quieras quedarte con esta foto de tu antigua niñera, sé que estáis muy unidas. De ti depende que pueda seguir acudiendo al colegio a recoger a sus nietos y que sigas quedando con ella para tomar el café todas las semanas.

Las manos me tiemblan al recoger la foto de mi antigua niñera. Celia es la persona que más quiero en el mundo, la quiero como a la madre que nunca he tenido. Mis ojos se llenan de lágrimas sin poder evitarlo, descubriendo sin quererlo mi debilidad, aunque tengo claro qué el tal Giovanni ya la conocía a la perfección.

—Como te he dicho, nadie tiene por qué salir herido. A ti te da igual que robamos a tu padre o no, solamente tienes que colaborar con algo muy sencillo que te explicaré más adelante. Pasarás aquí tres semanas, tu padre no te echará en falta porque apenas habláis. Si te estás calladita y no haces ninguna tontería, cuando acabe todo esto podrás irte y no me volverás a ver. Si no colaboras o intentas escapar, quizá la próxima vez que veas a tu antigua niñera no sea en una cafetería, sino en la UCI de algún hospital o en el cementerio. *¿Va bene?*

Asiento de nuevo con la cabeza sabiendo que no tengo ninguna otra opción.

—*Bene*, entonces tenemos un acuerdo. ¿Ves cómo no ha sido tan difícil? —Me dice triunfante, arqueando una ceja.

—Espera ¿cómo sé que puedo fiarme de ti? ¿Qué garantía tengo de que no harás daño a nadie?

—Me ofendes *ragazza*. A diferencia de tu padre yo soy un hombre de palabra, si cumples tu parte del trato yo cumpliré la mía. Dentro de tres semanas todo habrá quedado atrás y podrás volver a tu vida. Ahora descansa, dentro de una hora cenaremos y te presentaré al resto del equipo. Hemos recogido algo de ropa de tu casa para las tres semanas que pasarás aquí con nosotros, espero que sea suficiente. Por cierto, la cabeza, ¿ya bien?

—Sí, mucho mejor—le contesto en voz baja.

Cuando sale por la puerta me pongo en pie e inspecciono la que supongo que será mi habitación durante las próximas tres semanas. Sin ser lujosa, es cómoda, tiene todo lo que necesito, incluido un baño. Soy consciente de que estoy secuestrada y que me van a obligar a actuar en contra de mi voluntad, pero la idea de que el tal Giovanni le robe a mi padre me parece de lo más divertida, me gustará ver su cara de espanto cuando lo descubra.

Capítulo 5

Alejandra

A medida que me voy sintiendo mejor, mi mente se debate entre las distintas posibilidades, no puedo poner en peligro a Celia, sería incapaz de hacerlo y no me lo perdonaría en la vida. Ahora, que le roben a mi padre la verdad es que me importa una mierda, obviamente no le deseo ningún mal físico, ni a él ni a nadie, pero ha forjado su fortuna a base de trampas, corrupción y engaños, así que en el fondo, tiene bien merecido quedarse sin parte de su dinero.

Por otro lado, el Giovanni Cervini este no me ha dicho todavía cuál es mi función en todo esto, solo ha mencionado que sería fácil, pero nada más, y lo último que necesito es meterme en líos por un atraco a mano armada a mi padre o por pertenecer a una organización criminal, o peor, por ambas cosas. Aunque pueda argumentar ante la policía que yo estaba aquí obligada por ellos, la mala relación con mi padre puede hacer que no me crean o al menos que tengan dudas, quizá el primero en no crearme sea él.

Yo no sé si este hombre es consciente de las medidas de seguridad que mi padre ha instalado en su casa, pero si se piensa que van a llegar allí, dormir a los perros y entrar tranquilamente por la puerta lo tienen claro. El sistema de seguridad está desarrollado por los mejores especialistas.

La seguridad perimetral de la casa ha costado una auténtica fortuna, incluye no solo sensores de valla y cámaras de vídeo inteligente, también se van a encontrar con barreras infrarrojas que no podrán ver, pero que harán sonar la alarma mucho antes de que lleguen a la puerta de la vivienda.

Incluso en el caso improbable de que llegasen hasta la puerta, el sistema de seguridad interior es totalmente independiente, a prueba de cortes de luz, y todo el piso principal es infranqueable con sensores enterrados bajo el suelo cerca de las ventanas y de la puerta que detectarían la presencia de cualquier intruso.

Este hombre está loco, casi mejor le informo de todo esto antes de que nos pillen a todos, igual después me da las gracias y todo. Quizá consiga que entre en razón, desista de sus intenciones y podamos continuar cada uno con su vida, si hay algo que me ha parecido el puto italiano por encima de todo, es inteligente.

Escucho pasos por la escalera y al poco tiempo alguien llama a la puerta de la habitación.

—*Ragazza*, voy a entrar—anuncia desde el otro lado.

No es una pregunta, es una afirmación, nada de pedir permiso, según termina la frase abre la puerta y accede a la habitación. Menos mal que estaba vestida. Espero que esto no sea la tónica habitual durante las tres semanas que se supone que voy a estar aquí.

—Oh no, no te levantes querida Alejandra, vamos a tener una pequeña conversación, es muy interesante, ya verás—sonríe mientras se sienta a mi lado en la cama.

Estira la pierna para acceder al bolsillo de su pantalón con más facilidad, el pulso se me acelera al recordar la navaja de antes, pero el corazón casi se me detiene cuando veo que lo que saca del interior es mi móvil. Me lo muestra con una sonrisa que me gustaría borrarle y después lo desbloquea ante mi cara de asombro.

—¿Cómo sabes mi contraseña? —pregunto molesta.

Giovanni eleva una ceja y me doy cuenta de lo estúpida que ha sido mi pregunta, está claro que este hombre tiene recursos para todo.

—He estado pensando—comenta mirando al techo un segundo—que aunque papaíto no vaya a echarte de menos, hay tres personas que sí que lo harán, así que ahora mismo vas a escribirles un mensaje a cada una de ellas explicándoles que te vas un mes de vacaciones a la casa de Malta porque necesitas pensar. Sí, Alejandra, sé lo de la casa de Malta, entre otras muchas cosas—dice encogiéndose de hombros.

Puto italiano.

—Perfecto, tu silencio me indica que estás comprendiendo. Ahora te entregaré el móvil y tú no harás nada sin que yo pueda verlo, porque si intentas algo te romperé un dedo, y cuando grites de dolor te romperé otro por irritar mis oídos *¿capisce?*

Su afirmación me provoca un escalofrío, me limito a asentir con la cabeza y a guardar silencio, tengo claro que este hombre no habla por hablar.

—Bien, quiero que primero empieces por Celia y después por tu amiga Aroa. Quizá necesites mirar la foto que te he dado antes para encontrar la inspiración necesaria para escribir—dice entornando los ojos.

Resoplo vencida y escribo a ambas algo muy breve para anunciarles mi ausencia, pero con las palabras que uso siempre para que no sospechen nada. Que conozca mi relación con Celia me ha sorprendido hasta cierto punto, pero que sepa quién es mi mejor amiga, Aroa, significa que este tío no deja ni un cabo suelto.

—Ya está.

—*Brava* Alejandra—dice clamando al cielo—ahora viene la mejor parte, tu amigo Sergio. ¿Qué? ¿Crees que no sé con quién te acuestas? —pregunta ante mi cara de sorpresa—es una lástima que tengas tan mal gusto ragazza, pero para que veas que voy de buena fe, he decidido traerte un regalo.

—¿Ah sí? —pregunto torciendo el gesto.

—Sí, verás, resulta que el tito Giovanni ha descubierto que ese rollete tuyo es un auténtico gilipollas que en lugar de esforzarse por conquistar a una bella dama como tú, se dedica a engañar a su novia contigo.

—Mientes—lo acuso.

—Jamás, *io non mento mai*—dice ofendido—pero por si lo dudabas, te he traído una prueba.

Esta vez mete un par de dedos en el bolsillo de su camisa y saca otra fotografía que me entrega con una mirada expectante. Cuando la miro, me esfuerzo enormemente para que el italiano no note que la sangre me hierve, en ella veo a Sergio en actitud excesivamente cariñosa con otra chica.

—Lo suponía—dice sonriendo—ahora ya puedes escribirle.

Cojo de nuevo el móvil y escribo algo bastante más largo que lo que le he puesto a Celia o Aroa.

—*Bravissimo!* —exclama feliz cuando termino—me encantan las frases que acaban en cabrón. ¿Sabes ragazza? Creo que te hubiese salido más a cuenta liarte con ella en lugar de con él, se da un aire a tu antigua novia ¿a que sí?

—Estás disfrutando ¿verdad?

Lo cierto es que hago la pregunta porque es lo primero que se me ha pasado por la cabeza para disimular el miedo que me da saber que incluso conoce la relación que tuve con Ingrid, de eso hace cuatro años, me pregunto cuántas cosas más sabrá sobre mí.

—Al contrario, querida Alejandra, odio ver sufrir a una mujer, y más por un imbécil que no la merece, en fin, ahora dame el teléfono y levántate, te llevaré a tu habitación definitiva—me dice

haciendo una seña con la mano.

—Ya estoy bastante mejor, gracias por interesarte, por cierto—le informo irónicamente, aprovechando también para cambiar de tema antes de que empiece a romper algo.

Sergio y yo no tenemos nada serio, solo pasamos buenos ratos juntos, ratos que nunca hubiesen sucedido de haber sabido que el muy cabrón tenía novia.

—Ya sé que estás mejor. Te he dicho que no soy médico, pero conozco a la perfección cómo reacciona el cuerpo ante una situación así; he provocado unas cuantas, ¿lo recuerdas?

Decido que es mejor no contestarle y le sigo escaleras arriba hasta la planta principal de la casa, sorprendida de que no me haya dejado en el sótano, estaba convencida de que pasaría los días ahí.

El italiano este no ha escatimado en gastos. Nos hemos instalado en lo que parece un chalet de lujo, a juzgar por la decoración y el tamaño del salón. Fuera se ve un jardín bien cuidado, seguramente habremos ocupado la casa vacía de alguna familia, un cargo más que añadir a mi lista de posibles delitos si nos pillan. Perfecto Alejandra.

Mientras atravesamos el salón de la casa, escucho a una persona toser a unos metros de nosotros. Instintivamente, llevo la vista hacia allí y veo a un chico algo mayor que yo, muy delgado, con gafas de pasta y un aspecto muy poco amenazante. Nada que ver con la corpulencia de Giovanni ni con la imagen peligrosa que refleja.

—¿Este es el que te va a ayudar a robar a mi padre? ¿Es tu equipo? Perdona que te diga, pero no parece muy amenazador—le suelto con un poco de chulería, porque cada vez veo menos posibilidades de que su plan obtenga resultados y me voy a meter en un lío sin comerlo ni beberlo.

—Te presento a Aníbal Montoya, ya os iréis conociendo. Y contestando a tu pregunta, Aníbal no está aquí para amenazar a nadie, tiene otros cometidos para los que es muy bueno. Y no seremos nosotros dos solos, también estás tú y otra persona que llegará más tarde, pronto entrará por esa puerta—me dice señalando una magnífica puerta de entrada de madera.

Me fijo un poco más en el chico de las gafas, está rodeado de ordenadores y cables, dos de ellos tienen la carcasa desmontada y de sus puertos salen varios discos duros externos y otros dispositivos. Tiene unos cuantos bolígrafos en la mesa perfectamente colocados por colores, y si se repite el color, por tamaño.

Desde que Giovanni le ha mencionado no me quita ojo, aunque intenta disimularlo. Las dos o tres veces que nuestras miradas se han encontrado ha bajado sus ojos colocándose las gafas de pasta con el dedo corazón en un gesto muy gracioso. En otros momentos balancea su cuerpo de adelante a atrás poniéndome un poco nerviosa.

Decido saludarle, ya que en el peor de los casos tendré que compartir con ellos tres semanas.

—Hola Aníbal—le saludo forzando una sonrisa.

Me mira sorprendido, como si no estuviese acostumbrado a que la gente le hable.

—Bu..buenos días, días—me responde nervioso, colocándose de nuevo las gafas de pasta con varios golpecitos de su dedo medio.

Tengo que retirar la mirada para evitar sonreír, al hacerlo, puedo ver por el rabillo del ojo que Giovanni mueve la cabeza en gesto de desaprobación. Si este es el refuerzo que tiene para robar en el chalet de mi padre lo tienen bastante mal, porque a este chico le veo más inofensivo que a un corderito recién nacido.

Tras la breve conversación con Aníbal, Giovanni me conduce a una zona de la casa donde se encuentran tres habitaciones, todas con las puertas abiertas. Se deduce rápidamente cuál es la de Aníbal, más ordenadores, algunos desmontados y todo en un orden perfecto. Preferiría no haber

echado un vistazo en la habitación que debe de pertenecer a Giovanni, porque sobre la cama tiene una pistola. Retiro la mirada y hago como que no he visto nada, prefiero no tener líos con este hombre.

Con un gesto, Giovanni me indica cuál será mi habitación durante estas semanas, dejándome sola y volviendo a la zona del salón. En cuanto se da la vuelta, cierro la puerta y me fijo un poco más. Es un dormitorio bastante amplio y bien iluminado. Cada vez tengo más claro que nos encontramos en un chalet de lujo, no se escucha tráfico, por lo que nos debemos encontrar muy a las afueras, en una zona bastante aislada. Eso, o las ventanas tienen una excelente insonorización.

Al igual que el salón, el dormitorio está bien decorado, con muebles caros y elegantes. Tiene dos camas y un baño con ducha, lo cual me alivia al pensar que al menos no tendré que compartir baño con esta gente. En el armario han dejado colocada parte de la ropa que cogieron de mi casa el día en que me secuestraron. Instintivamente, me fijo en la ventana, tengo muy claro que no voy a intentar escapar con lo que me han dicho de Celia, pero parece que se han asegurado de bloquear la ventana de momento.

La postura en la que me tuvieron atada a la silla me ha generado algo de dolor en las cervicales, así que decido darme una ducha caliente y pensar en cómo le voy a plantear al italiano lo difícil que lo van a tener para robarle a mi padre. No quiero muchos problemas con él tras ver la pistola en su habitación.

El baño es amplio y han tenido el detalle de dejarme un juego limpio de toallas. Dudo si llenar de agua la bañera y aprovechar para intentar relajarme un poco, pero opto por una ducha rápida y quitar de en medio mi conversación con Giovanni cuanto antes.

Tras la ducha y todavía con el pelo mojado, me pongo una camiseta blanca y unos vaqueros y salgo de la habitación decidida a dejarle claro al italiano que su plan tiene más agujeros que un queso suizo.

—Escucha...Giovanni te llamabas ¿no? —le digo arqueando las cejas. El chico de los ordenadores se gira y me observa con cara de susto.

—*Certo*, Giovanni, dime.

—Mira, me parece que es mejor que lo sepas, porque nos vamos a acabar metiendo todos en un lío y a mí me va a pillar en medio de rebote, y la verdad—digo con cierta chulería—no me apetece. Lo de robar la casa de mi padre no es tan fácil como te piensas, si crees que vas a llegar allí y a cortar la electricidad para que no salte la alarma estás muy equivocado.

Giovanni arquea una ceja con ese gesto tan característico suyo que no sabes si te está vacilando y se pasa la mano por la barba.

—¿Conoces algo del sistema de seguridad de tu padre? —pregunta entre curioso y sorprendido.

—Digamos que conozco bastante—le digo con aire de suficiencia, aunque en realidad su presencia me impone tanto que tengo que hacer enormes esfuerzos para que no note el nerviosismo que me produce estar aquí.

—Cuéntame Alejandra—me pide expectante—estamos en el mismo equipo, ¿recuerdas? Si caemos, lo hacemos todos.

—Para la policía yo estaría aquí obligada bajo amenazas—me hago la dura, aunque yo misma tengo dudas de que llegasen a crearme.

—Quizá te funcione o quizá no. Mejor que no llegue ese momento. En cualquier caso, al ser tu padre, estarías exenta de responsabilidad penal por el robo, parece que alguien no ha prestado atención en las clases de derecho penal. Claro que si la policía no te cree, te sigue quedando la minucia de pertenecer a una organización criminal.

Joder, me acaba de dejar con la boca abierta. Empiezo a darme cuenta de que el tal Giovanni debe tener un buen historial delictivo, además de una puta respuesta para todo.

—Vale, pues si pensáis que vais a entrar en la casa por las buenas estáis locos. Lo primero que os encontraréis son varios perros que sueltan por la noche para proteger la finca, son perros...

No me deja ni terminar la frase sobre lo peligrosos que son los perros y ya la está refutando.

—Los perros estarán dormidos en cuestión de segundos, sin ruidos y sin peligro, puedo hacer daño a las personas ¿sabes? Pero a los animales... Eso nunca—dice otra vez arqueando una de las cejas. No puedo con ese gesto de condescendencia como si estuviese muy por encima de mí.

—Los perros no están ahí para que te muerdan el culo—me tengo que contener para no llamarle imbécil, lo que complicaría la convivencia—están ahí para activar las cámaras de vídeo inteligente.

—Cuando los perros lleguen ya no habrá conexión en las cámaras de vídeo. ¿Qué más?

—Vaaale, no sé muy bien cómo quieres hacer eso, pero todo el muro que rodea la casa cuenta con sensores, cualquier intento de escalarlo o abrir un hueco cortando la valla dispararía las alarmas—le informo, a ver si ahora ya no lo ve todo tan claro el listo este.

—Cuando entremos los sensores de la valla estarán desconectados, al igual que las barreras infrarrojas, si es lo que me vas a decir a continuación. No te voy a dar detalles de cómo lo haremos, pero ya te he dicho que la labor de Aníbal no es la de dar miedo a la gente, para eso tengo a otras personas si lo necesito. Aníbal está aquí para hacer su trabajo, y te garantizo que es muy bueno en lo que hace.

¡Joder! Me acaba de dejar desarmada otra vez. Parece conocer el sistema perimetral mejor que yo misma, y por la seguridad con la que habla debe tenerlo todo bastante bien previsto.

—De acuerdo Giovanni, vamos a suponer que efectivamente, desactives de alguna manera todo el sistema perimetral de seguridad y que no nos pille la policía. Voy a concederte el beneficio de la duda, pero eso es solamente el primer paso de lo que te vas a encontrar a continuación. El problema no es el exterior de la casa, sino el interior. La planta principal es inexpugnable, no solo encontrarás más alarmas dentro de la casa con un sistema de alimentación independiente, sino que bajo el suelo de las puertas y las ventanas, mi padre mandó colocar unos sensores enterrados en el pavimento.

Creo que ahora le he sorprendido, porque me mira con atención.

—No sé si conoces cómo funciona eso, pero mi padre se gastó una auténtica fortuna, así que tiene que ser bueno. Tiene unos sensores geosísmicos que detectarían el peso de una persona mucho antes de que pudieseis acceder a desconectar las alarmas, por no hablar del escáner de retina. Ahí estáis jodidos—no puedo evitar una pequeña sonrisa de triunfo al decir esa frase.

—Por eso entraremos por la ventana del despacho—resuelve sin inmutarse ni lo más mínimo, como si fuese lo más normal del mundo.

—¿La ventana del despacho? ¿Estás pirado? —pregunto con los ojos muy abiertos—en cuanto pongas una escalera los sensores lo detectarán, además de que hará mucho ruido.

—*Niente* de escalera. Escalaremos la pared.

Tardo en contestarle porque me quedo casi en estado de shock. No consigo decidir si este hombre es un genio o un auténtico loco.

—¿Vas a escalar una pared vertical de cuánto, ocho o diez metros de altura? —Le miro poniendo los ojos en blanco. Mi cara dubitativa lo dice todo en este momento.

—Ocho metros y cincuenta y dos centímetros casi sin agarres, pero yo no lo haré, será Candy—me dice esbozando una sonrisa casi de orgullo.

—¿Candy? ¿Quién es Candy? —pregunto sorprendida.

—La que acaba de llamar al timbre.

Giovanni sonrío con satisfacción y se dirige hacia la puerta mientras yo espero con intriga a descubrir quién es la tal Candy, porque si se cree que puede escalar esa pared, es que está igual de chalada que Giovanni.

Capítulo 6

Candy

El aire frío que golpea mi cara mientras conduzco la vieja scooter me ayuda a pensar y me mantiene despierta. Desde que he abandonado la ciudad, los olores han cambiado por completo, atrás quedan los humos de los coches, los ruidos de las bocinas y el tráfico infernal del centro de Barcelona. Ahora percibo una mezcla de aromas mucho más agradables, flores, árboles y hierba.

La dirección que me ha dado Giovanni está situada en las afueras de la ciudad, en una zona bastante aislada que no sabía ni que existía. Tampoco esperaba otra cosa, me he criado en ese jodido ambiente y sé que no es muy práctico preparar un golpe importante en un piso en pleno centro de la ciudad.

He tenido que buscar por Internet cómo llegar, porque en mi vida había estado en esa zona. Mi destartalada moto me responde con un zumbido casi al límite de su capacidad, solo espero que sea capaz de llevarme hasta donde debo ir.

Desde mi extraña reunión con el Calabrés, mi mente ha pasado cada segundo buscando una excusa para no unirme a él, para no entrar en el mismo mundo delictivo que acabó con mi familia. Quiero pensar que si existiese una sola excusa válida para salirme ya la habría encontrado, pero no creo que exista.

Los cinco mil euros de adelanto que me entregó volaron parcheando los múltiples gastos pendientes que tengo, y no todos. Lo peor es que tiene toda la razón en que no podré pagar las putas deudas que me dejó el desgraciado de mi padre ni aunque viviera dos vidas. Por mucho que me joda meterme en esto, es la solución para acabar de una vez con la pesadilla que estoy viviendo y empezar una nueva vida libre de unas deudas que me estoy comiendo de forma injusta y con un dinero extra que consideraré una compensación por daños y perjuicios.

Giovanni tenía fama de ser un excelente planificador, una especie de genio dentro del mundillo en el que mis padres se movían. Espero que no haya perdido facultades o estaré más jodida de lo que ya estoy. Siempre hay una primera vez en la que te confías y dejas algo al azar, confiemos en que no sea esta.

Quizá sea una tontería, pero robar un dinero que no procede de negocios lícitos ayuda bastante a que mi conciencia esté más tranquila, creo que no podría hacerlo si supiese que vamos a robar a una persona honesta. Será un golpe rápido y fácil y luego se acabó para siempre, primera y última vez. Eso es lo que me repito continuamente desde hace horas, primera y última vez. Nunca más lo volveré a hacer, solo espero que mis padres no piensen lo mismo.

Mientras retuerzo la muñeca para exprimir el gas al máximo por una carretera secundaria, veo a lo lejos el camino empedrado que da acceso al chalet en el que he quedado con el Calabrés, aunque no veo el chalet porque hay decenas de árboles que tapan el lugar en el que supuestamente está.

Si lo que buscaban era intimidación, desde luego aquí la tienen, hasta que no he llegado al camino de acceso y me he adentrado una veintena de metros no he visto el claro en el que se encuentra situado. Desde aquí se ve impresionante, claro que comparado con la ratonera en la que vivo cualquier cosa la mejora notablemente, me pregunto de dónde lo habrá sacado. Se encuentra en medio de una llanura extensa rodeado de árboles, no tiene valla ni nada que delimite el acceso, pero supongo que en una zona tan cara como esta no hace falta, antes del desvío me he cruzado con

un coche que pertenece a una empresa de vigilancia de seguridad.

No creo que Giovanni viva aquí, quizá sea el sitio donde planifica sus golpes o pertenezca a una organización criminal, no creo que lo haya alquilado y ocuparlo sería un riesgo. Joder, creo que prefiero no saberlo.

Al llegar, aparco la moto junto a un árbol enorme, la pobre no creo que hubiese aguantado muchos más kilómetros, tendré que hacerle algunos retoques si tengo oportunidad estas tres semanas. Al llamar al timbre de la casa, el Calabrés abre la puerta con una sonrisa triunfal en la boca, sabiendo que ha ganado esta partida.

—Candy, *buona sera*—me dice saludando con una sonrisa de oreja a oreja que resalta su cicatriz.

—Hola—le respondo haciendo un gesto con la cabeza.

—Precisamente le estaba comentando a nuestra nueva amiga Alejandra que vendrías pronto —afirma con aire de suficiencia.

Por unos instantes medito si aclararle que ni yo misma estaba segura de que iba a venir hasta hace apenas una hora. Estoy tentada a decirle que si tuviese otra jodida alternativa no habría venido, pero me callo y asiento con la cabeza aunque me cueste. Si voy a formar parte de su equipo es mejor empezar con buen pie.

—Deja que te presente al equipo y luego te enseñaré la que será tu habitación durante estas tres semanas—dice sonriente.

Asiento de nuevo con la cabeza sin decir palabra.

—*Ma come*, ¿has traído solo una pequeña bolsa? —Me dice extrañado por el tamaño de mi bolsa.

—Solo necesito algo de ropa cómoda, además, no me cabía en la moto—le respondo un poco borde.

—Enviaré a Aníbal a por ropa para ti mañana, quiero que te sientas a gusto con tu nueva familia, porque eso es lo que seremos estos días ¿verdad? —dice abriendo los brazos—aah, parece que es pronto para un abrazo—sonríe, mientras yo lo miro con los ojos muy abiertos, como se le ocurra abrazarme le clavo la rodilla en las pelotas.

—¿Decías de presentarme al equipo? —le respondo de manera seca. No tengo demasiadas ganas de estar aquí y eso se me nota.

—Sí, sí, *certo*. Este de aquí es Aníbal Montoya, alias “Datos”, nuestro informático, uno de los mejores en lo suyo—dice señalando a un chico de unos treinta años, delgado y con gafas de pasta.

—Qué hay, Aníbal—saludo por cortesía.

No puedo evitar sonreír al ver que nuestro flamante informático se pone nervioso al saludarme y tira al suelo una lata de bebida energética que tenía sobre la mesa. La recoge rápidamente y se incorpora dando golpecitos rápidos con los dedos a la montura de sus gafas. Joder, este ha conseguido que se me pase un poco la mala hostia.

A la chica que hay al otro lado del salón también le ha parecido divertido, pero a Giovanni no parece haberle hecho ni pizca de gracia a juzgar por la bronca que le echa.

—¡Aníbal! ¡Deja ya de moverte y céntrate en los ordenadores, que me estás poniendo nervioso! No sé qué te pasa esta tarde—le grita de malas maneras.

—Sssi, sí, jefe, jefe—responde el informático medio tartamudeando.

Si un día nos coge la policía no va a hacer falta ni que le interroguen, se lo contará todo, así que ya puede ser bueno en su trabajo o estamos jodidos. Antes de que me dé cuenta ya se ha dado la vuelta y está enfrascado en sus cosas balanceándose sobre una silla gaming.

—Perdona *bella*, esta de aquí es Alejandra—dice señalando a la chica de su izquierda.

Le doy un vistazo rápido, y salvo que es jodidamente atractiva, no veo que utilidad puede tener aquí, está claro que esta tía nunca se ha manchado las manos con nada que no sea pintañas.

—¿Y su función es...? —pregunto en vista de que no especifica cuál será su trabajo.

—Eso lo iremos discutiendo, de momento te vale con saber que cada uno de nosotros tenemos un papel clave y que el plan no funcionará si alguno falla—me dice muy serio arqueando una ceja.

No me gusta demasiado tanto jodido secretismo, pero estaremos tres semanas encerrados en este chalet, así que tendremos tiempo más que de sobra para que me ponga al día con los detalles del plan y la función específica que tendrá la chica esta.

—Ahora te enseñaré tu habitación para que dejes tus cosas—me informa señalando con la mano para que le siga.

—Espera Giovanni, déjate de habitaciones, lo que de verdad quiero ver es la réplica de la puta pared que tengo que escalar. Ni siquiera sé si será posible hasta que la vea, si no se puede escalar se acabó el plan y ya no necesitaré que me enseñes la habitación—le digo con algo de impaciencia.

—*Va bene*, ¡qué carácter! Igualita que tu madre.

Me hace un poco de gracia que, aunque Giovanni ha aprendido a controlarse muy bien en casi todas las ocasiones, cuando le llevas la contraria o está incómodo se le escapan los típicos gestos de los italianos con las manos. No sé los años que lleva viviendo en España, pero no ha conseguido quitárselos, al igual que alguna palabra en su idioma de vez en cuando.

Nos hace un gesto para que le sigamos y abre una puerta que conduce a la parte de atrás de un jardín perfectamente cuidado, aquí sí que está todo delimitado por una cerca que imagino que será para evitar que algún animal haga una visita sorpresa, porque una persona puede saltarla perfectamente. El césped en perfecto estado, hay alguna palmera, una terracita con una mesa y varias sillas, una piscina con dos tumbonas y lo que más me importa, la réplica de la pared.

Me acerco a ella para inspeccionarla con mayor detalle mientras me desprendo de la cazadora que traía para protegerme del aire con la moto y la dejo en el césped al lado de uno de los árboles.

—¡Jo-der! Es igualita a la del despacho de mi padre—exclama la chica asombrada.

—¿En serio, Giovanni? ¿Vamos a robarle a su padre? ¡No me jodas! ¿Qué mierda de plan es este? —le pregunto con cara de asombro.

En vista de que no me responde y de que se ha quedado muy serio sigo inspeccionando la pared con detenimiento. A simple vista no parece nada fácil de escalar, debe tener unos ocho metros, es totalmente vertical y con muy pocos salientes en los que agarrarse. Como me dijo, la ventana tiene una repisa en la que podré sentarme para cortar el cristal y entrar en el despacho. Me alegra haber escuchado a la hija de nuestra víctima decir que es igualita a la pared a la que me enfrentaré, porque me da garantías adicionales al buen juicio y la meticulosa planificación del Calabrés.

Y hablando de meticulosa planificación, lo ha previsto todo. Veo que ha mandado instalar varias chapas en varios puntos de la pared a una distancia que me permitirá abrir una vía con relativa facilidad, así pasaré una cuerda y podré subir asegurada las primeras veces, hasta que me vea capaz de poder intentarlo sin ninguna medida de seguridad, que es lo que tendré que hacer cuando llegue el momento.

Mientras sigo inspeccionando la pared y palpando el que podría ser mi primer agarre, doy un pequeño giro y veo por el rabillo del ojo al tal Aníbal con la mirada fija en mi culo.

—¿Qué coño miras Aníbal el informático? —pregunto de mala hostia, viendo como Alejandra no consigue contener la risa.

—Lo siento, siento—se disculpa bajando la mirada de golpe.

Estoy a punto de contestarle una burrada cuando Giovanni le suelta un capón que por poco se le caen las gafas.

—*Mamma mia!* ¡Un poco de respeto a la familia! —exclama molesto—disculpa a Aníbal, a veces olvida sus modales, pero no lo volverá a hacer ¿verdad Datos?

—Verdad, verdad—susurra avergonzado.

¿Qué coño le pasa a este tío? Decido aceptar la disculpa de ambos y no darle más vueltas al tema, reconozco que me ha sabido mal el sopapo que se ha llevado.

—¿Está todo como tú querías? —me pregunta Giovanni mirando la pared.

—Aparentemente sí, aunque habrá que comprar bastante material para...

—Tienes una cuerda de treinta metros—me corta para variar—de nueve milímetros de diámetro ¿verdad Aníbal?

Aníbal asiente convencido y no articula palabra.

—¿Ves? No solo es un genio de la informática, es el mejor haciendo compras—dice dándole una palmada en la espalda en la que detecto cierta dosis de afecto—en fin, también hay un arnés, varias cintas, un ¿grigri? —pregunta de nuevo, Aníbal vuelve a asentir—bueno, la bolsa con el material está dentro, ya la mirarás, pero te aseguro que tienes todo lo que necesitas.

—Perfecto, te aseguro que le echaré un vistazo luego, pero ahora me gustaría que me explicases un poco más del jodido plan en algún momento, quiero saber a lo que me voy a enfrentar.

—Sí, *certo*, vamos a dejar las cosas en la habitación que compartiréis y te doy más detalles.

—¿La habitación que compartiremos? —pregunto casi al unísono con Alejandra.

—Sí, vosotras dos dormiréis en la misma habitación—nos dice casi sin mirarnos.

—Vamos a ver Giovanni, que yo me voy a estar machacando todo el puto día subiendo la jodida pared y necesito tranquilidad y descanso, no compartir una habitación con nadie, no te ofendas Alejandra, que no va contigo la cosa—le digo a modo de disculpa.

—Tranquila, a mí tampoco me apetece compartir la habitación con nadie—comenta mirando a Giovanni fijamente.

—*Niente* de habitaciones individuales—nos dice casi como una orden.

Las dos nos encogemos de hombros resignadas y le seguimos dentro de la casa. Antes de entrar echo otro vistazo al jardín, estamos en la primera semana de septiembre, con suerte todavía tendremos días de sol y la piscina me vendrá bastante bien para relajar los músculos después de las sesiones de escalada.

El sol empieza a ponerse en el horizonte dotando al jardín de un tono cálido casi mágico. Solitaria en uno de los costados, mi pared me mira desafiante con sus más de ocho metros, la verdad es que me muero de ganas de escalarla, aunque eso no se lo voy a decir a Giovanni. Sé que va a ser un reto muy duro, pero también soy consciente de que no tengo otra alternativa, al menos legal, en este país las leyes están hechas para los ricos.

Me va a costar acostumbrarme a la tranquilidad de este paraje, a el olor de las plantas o el sonido de los pájaros, eso no se ve donde yo vivo, si no fuese por las circunstancias estaría encantada de pasar aquí tres semanas.

Saco esos pensamientos de mi cabeza con rapidez, ahora solo quiero dejar mis cosas en la habitación y hablar con Giovanni sobre los detalles de nuestro golpe, o al menos de los que quiera compartir conmigo, porque parece que es como los grandes magos, cada persona de su equipo

debe conocer a la perfección su parte del plan, pero el plan completo solo lo conoce el Calabrés.

Alejandra entra conmigo en la habitación y me tranquilizo al ver que es un dormitorio amplio, por lo que no tendremos problemas de espacio. Incluso tiene su propio baño incorporado, el Giovanni este no ha reparado en gastos a la hora de preparar su plan.

—Escucha Candy, no sabía que iba a compartir habitación con alguien, he cogido la cama de la ventana, pero si la prefieres te la puedes quedar, son solo tres semanas—me dice encogiéndose de hombros como si le importase una mierda.

—Por mí puedes quedártela. Este dormitorio es más grande que todo mi puto apartamento—le digo observando con asombro las dimensiones de la bañera.

Se ríe sin saber que lo que le acabo de decir es cierto. Supongo que la niña pija esta estará acostumbrada a vivir en una mansión, me gustaría que pasase una semana en mi vecindario para que supiera cómo viven otras personas con peor suerte al nacer.

Giovanni abre la puerta y entra dándome un susto de muerte.

—¿Es que no sabes llamar? —pregunto de mal humor.

—Oh, lo siento—se disculpa sin sentirlo—lo tendré en cuenta para la próxima vez, ahora acompáñame un momento que hablaremos de algunas cosas para que dejes de hacer preguntas—dice muy serio.

—Yo también voy, te guste o no, formo parte de tu jodido plan—suelta la pija sorprendiéndome.

—Alejandra querida, te quedarás aquí y guardarás silencio, está siendo un encuentro muy bonito, no lo estropees...

Alejandra tuerce el gesto y obedece, no sé qué rollo se traen entre estos dos, pero está claro que ella no tiene ni voz ni voto.

Lo sigo hasta el comedor sin hacer ningún comentario.

—¿Quieres algo de beber? —pregunta mientras coge una cerveza de la nevera.

—Lo que quiero es que me expliques el puto plan, joder. Porque parece que somos cuatro, pero aquí la única que puede acabar con la cabeza reventada soy yo. Tú solamente piensas y planificas, el informático friki ese supongo que lo tienes para que anule las alarmas, y Alejandra, joder, es que no se me ocurre nada que la princesa pueda hacer y que resulte útil para el plan. Pero te repito que si algo sale mal, la que se abre la cabeza soy yo—le digo un poco alterada.

Giovanni me mira por unos momentos como meditando su contestación, pasando la mano por su barba mal recortada que parece ser su tic cuando está concentrado, al igual que yo doy vueltas a la bola de mi labio sin darme cuenta.

—*Bella*, en tres semanas dominarás esa pared a la perfección, te he visto escalar cosas mucho más difíciles, aunque tú no te dices cuenta. No corres ningún peligro, todo está controlado—me dice muy serio, intentando inspirar confianza.

—¿Qué sabrás tú de dificultad? —pregunto molesta.

—Tienes razón, *mea culpa*—dice elevando las manos en son de paz, yo pongo los ojos en blanco.

—Además de la pared, que es problema mío, el informático asumo que se encarga de anular todas las alarmas ¿no? Porque supongo que si a mí me das medio millón de euros tú vas a llevarte mucho más y el sitio al que vamos será igual que un jodido bunker.

—Así es, “Datos” es uno de los mejores en lo suyo y para tu tranquilidad, conocemos a la perfección todos los sistemas de seguridad que vamos a encontrar en la casa, así que estarán desconectados cuando tú llegues—contesta con seguridad.

—Y la niña pija ¿qué es lo que va a hacer? Porque tiene cojones robarle a su propio padre,

al menos podría abrirnos la puerta y así me ahorra la escalada...

Ni siquiera sé porque me sorprende de que Alejandra esté dispuesta a robarle a su padre, el mío lo hizo conmigo, quizá sea que no consigo acostumbrarme o tal vez asumirlo.

—La función de Alejandra la sabrás más adelante, pero es algo que solo puede hacer ella. Lo de la puerta no se puede—me dice muy serio.

—Ya me lo imagino, era una broma, es que tengo un humor difícil de pillar—le contesto con ironía.

—De momento Alejandra nos preparará las comidas para que los demás no perdamos tiempo en los preparativos, según tengo entendido es una cocinera magnífica, sería una pena desperdiciar tanto talento.

—Joder, pues ya puede cocinar bien si también le vas a soltar medio millón.

—Ya basta de preguntas y comentarios sobre Alejandra. Ella tiene otra función que sabrás más adelante, no ahora—sentencia—¿Tienes más dudas?

—¿Cómo que si tengo más dudas? Si no me has respondido ni a una pregunta, todo son evasivas—le digo ya cabreada, alzando un poco la voz.

—Sabes lo que debes saber en estos momentos para hacer bien tu trabajo, ni una cosa más ni una menos.

—Lo que tú digas. Una última cosa, Giovanni—le digo antes de irme a la habitación.

—Dime bella.

—Ya que la niña pija no hace nada, al menos podría ayudarme durante el entrenamiento, necesito a alguien que me asegure mientras estoy subiendo. Oh por favor, no me digas que a don previsor se le ha escapado este pequeño detalle—me jacto con una sonrisa victoriosa al ver su cara de incertidumbre.

—No me provoques *bella mia*—amenaza con un gesto que no sé cómo debo interpretar—está bien, Alejandra te ayudará.

La verdad es que no me fio ni un pelo de que Alejandra me asegure, tampoco del informático mirador de culos que repite palabras, del único en esta casa de quien me fiaría sin dudar es Giovanni, pero está claro que él tiene que ocuparse de otras cosas, así que tendré que apañarme con la princesa, la parte positiva es que me recrearé la vista, porque joder, cuanto más la miro más guapa me parece.

—Gracias. Otra cosa, si veo al flacucho mirándome el culo otra vez le reviento la cara, me da igual que le necesites.

—No tendrás problema con eso, por Aníbal no te preocupes—me asegura.

—Bien, voy a mi habitación compartida entonces.

—Espera un momento *bella*, una última cosa.

Ya sabía yo que esto no se terminaba tan fácilmente.

—Necesito que observes a Alejandra, simplemente eso, ya hablaremos, pero no la pierdas mucho de vista.

—Joder Giovanni, lo que me faltaba, yo no soy la niñera de nadie, y menos de la niña pija esa. ¿Por qué tengo que vigilarla? Si no te fías de ella debo saberlo, porque si su labor es tan importante como quieres hacerme creer, tengo que estar segura.

—No vigilar, *¿come lo chiamate?*, echar un ojo. Necesito que le eches un ojo y que observes su comportamiento por si ves algo raro, tú eres muy inteligente, ya hablaremos, pero si ves algo raro debes decírmelo subito—me dice arqueando una ceja y de nuevo pasando la mano por su barba.

Esa última parte de la conversación me deja aún más confusa de lo que estaba. No

solamente no he sacado detalles de importancia del plan, sino que no entiendo nada de lo que pasa con la tal Alejandra, ¿si es a su padre a quién robamos, porque parece que la muchacha es el último mono de esta casa? El italiano me ha pedido que la vigile, pero no me ha prohibido hablar con ella, así que mi misión número tres después de escalar y vigilarla, será la de sonsacarle qué coño pinta en todo esto.

Capítulo 7

Candy

—¡Arriba *bella!* —oigo que anuncia el italiano.

Abro los ojos con torpeza y me giro hacia un lado, si no fuera porque el Calabrés ha irrumpido en la habitación y ahora está subiendo la persiana del todo dejando que el sol me ciegue, creo que me hubiese costado horrores situarme y saber dónde estoy. Es la diferencia entre dormir en un lugar tranquilo a hacerlo en un bloque de pisos donde rara es la hora que no se escucha nada, además de los coches.

Me desperezo y me giro hacia la cama de Alejandra, no solo está vacía, sino que también está hecha ¿cuánto he dormido?

—Espero que lo de ser tan vaga no sea algo habitual, tu entrenamiento es muy importante y no permitiré que pierdas el día en la cama, así que a partir de ahora Alejandra tendrá un nuevo cometido, despertarte como muy tarde a las ocho.

Me entran ganas de decirle a este gilipollas que si hay alguien que madruga aquí soy yo, no necesito que nadie me despierte, es solo que este colchón es tan cómodo que debería estar prohibido.

—Yo espero que se te quite esa manía que tienes de entrar sin llamar, ahora haz el favor de salir de aquí, me gustaría tener intimidad para vestirme—digo de mal humor.

Minutos después salgo de la habitación y me dirijo a la cocina, le hago un gesto con la cabeza a Aníbal a modo de saludo cuando paso por su lado, me lo devuelve casi sin mirarme, está concentrado en su pantalla donde veo de refilón un plano en tres dimensiones que imagino que será de la casa en la que pretendemos robar. En el fondo me cae bien, me parece todo un logro por su parte soportar todo el día al italiano, pienso mientras entro en la cocina.

—Buenos días.

La voz de Alejandra me asusta al saludarme, pero se me pasa de golpe cuando la miro, se ha puesto unos vaqueros ajustados que le sientan como un guante, acompañados de una simple camiseta de manga corta y unas deportivas, vestida así ya no me parece una pija refinada, sino alguien más cercano a quien quizá he juzgado demasiado pronto, aunque eso no pienso decírselo.

—Hola.

—Parece que el puto italiano ha decidido que soy vuestra chef—dice mirándome fijamente —que te quede claro que no soy la esclava de nadie, si he accedido es porque me gusta cocinar y porque si no encuentro algo que hacer aquí me volveré loca, pero ni se te ocurra pedirme que te haga nada especial o que te lleve algo a la mesa, aquí todos tenéis manos y piernas—asegura muy seria.

Sonrío y alzo una ceja sorprendida, parece que la princesa no es tan princesa y además tiene carácter, sin duda va ganando puntos.

—Pues lamento decirte que tienes dos nuevas asignaciones en esta casa—comento mientras cojo una taza para servirme café.

—¿Ah sí? —pregunta cruzándose de brazos—¿y puedo saber cuáles son?

—Tendrás que ayudarme con el entrenamiento, necesito que alguien sujete la cuerda mientras subo, por si me caigo y eso, pero tranquila, te enseñaré como hacerlo, no me gustaría caerme.

Alejandra resopla y no dice nada, solo alza una ceja mientras espera a que termine de hablar.

—La segunda es que te asegures de despertarme cada mañana, pero eso no debe preocuparte, puedo hacerlo yo sola.

—¿En qué momento ibas a decirme que además de soportaros a todos tengo que ser la niñera de la lagartija esta? —pregunta con la mirada clavada por encima de mi hombro.

Me giro y veo a Giovanni con un hombro apoyado bajo el quicio de la puerta y una sonrisa divertida dibujada en los labios.

—Querida Alejandra, todos hemos de colaborar para que esto salga bien, al fin y al cabo, todos tenemos un objetivo común, así que, si tienes que ayudar a Candy con la escalada lo harás, y si la tienes que despertar con un cubo de agua fría también, los métodos me importan una mierda siempre que sean efectivos.

Parece que la idea de tirarme un cubo de agua fría le ha gustado a la princesa, porque al oírlo se le ha dibujado media sonrisa que no me ha gustado ni un pelo y parece que se le ha pasado hasta el enfado.

—Me alegra ver que os lleváis bien—dice el Calabrés con ironía—y ya que estamos, me gustaría dejaros claro algo que olvidé comentaros ayer, nadie que no sea Aníbal o yo mismo sale de aquí durante estas tres semanas, ¿queda claro? si necesitáis algo, él os lo traerá, cuanto menos llamemos la atención mejor.

—No sabía que tenía el poder de decidir irme—comenta Alejandra elevando una ceja.

—Ay Alejandra—dice balanceando la cabeza como un auténtico chalado—eres una desagradecida, estoy esforzándome para que tu estancia aquí sea lo más agradable posible y tú solo sabes atacarme, quizá deba cambiarte de habitación unos días para que valores lo que tienes.

El gesto de la princesa se contrae y Giovanni sonrío con satisfacción.

—¿Ves? Sabía que lo entenderías—comenta el italiano antes de salir por la puerta y desaparecer.

—¿De qué coño va eso? ¿A qué habitación se refiere? —pregunto muerta de curiosidad.

—A ninguna, tú ocúpate de tus cosas y yo me ocuparé de las mías—responde tajante.

Parece bastante agobiada, así que decido no contestarle, al fin y al cabo, tiene razón, a mí sus motivos para estar en esta casa no me importan, lo que me importa es que el golpe salga bien para coger el dinero y largarme de aquí.

Dedico el resto de la mañana a revisar todo el material que Giovanni y Aníbal me han comprado para entrenar, la verdad es que no han escatimado en gastos, todo es de las mejores marcas y hay incluso más de lo que necesito, salvo algo que ahora mismo me parece crucial.

Voy directa al salón y veo a Giovanni sentado al lado de Aníbal mientras este teclea en un portátil de forma magistral, el italiano no deja de cuchichearle cosas mientras señala la pantalla una y otra vez, el informático se limita a asentir sin despegar la mirada de la pantalla, si no fuera por su extraña forma de hablar me parecería un genio.

—¿Quieres algo? —pregunta Giovanni sin mirarme.

—Sí, necesito una colchoneta de escalada, no tengo intención de caerme, pero si lo hago y me rompo una pierna tu plan se irá a la mierda, así que...

—*Certo*, la tendrás esta misma tarde—asegura.

—No he terminado de hablar—digo molesta—también necesitamos un arnés para la princesa.

El Calabrés asiente y hace un gesto con la mano como si espantara una mosca, más vale que haya prestado atención a mi segunda petición, porque sin otro arnés, Alejandra no podrá

asegurarme y yo no pienso escalar esa pared sin cierta seguridad.

Está claro que está muy ocupado con lo que sea que hacen, así que me doy media vuelta y salgo al jardín para estudiar la pared cuando veo a Alejandra corriendo alrededor de todo el perímetro.

—¿Te persigue alguien? —pregunto cuando pasa por mi lado.

—Muy graciosa—grita mientras se aleja—no eres la única que hace deporte lagartija.

Joder, como vuelva a llamarme lagartija le hago una zancadilla cuando pase de nuevo.

Paso de ella y me acerco a la pared, sin colchoneta no pienso arriesgarme a subir, pero sí que puedo empezar a buscar los primeros agarres y estudiar con detenimiento cada palmo de esta réplica para decidir por donde puede ser más viable llegar a la ventana.

Después de bastante rato palpando y estudiando la parte baja, me aparto y resoplo, los posibles agarres son mínimos y apenas me entra la punta de los dedos, si toda la pared es así, y es lo que parece, el reto va a ser mucho mayor de lo que esperaba.

Alejandra pasa por mi lado y vuelve a desconcentrarme por enésima vez.

—¿Quieres irte a correr a otro sitio joder?!—le grito nerviosa.

Su respuesta es mostrarme una sonrisa chulesca acompañada por el dedo central de su mano derecha elevado hacia arriba.

Me muerdo el labio y suspiro, tengo ganas de estrangularla, pero a la vez reconozco que su carácter comienza a atraerme como un puto imán. Decido acercarme a la piscina a comprobar la temperatura del agua, ya que no puedo escalar, unos cuantos largos me ayudarán a quemar energía y mantener mi rutina de ejercicio diario, podría correr con la princesa, pero nunca le he encontrado la gracia, me parece un deporte mortalmente aburrido.

—No me lo digas, vas tan sobrada que ya has memorizado la pared.

Su voz suena justo a mi lado, cuando ladeo la cabeza la veo acercarse caminando. La observo entornando los ojos y espero a que llegue justo a donde estoy, cuando lo hace, la rodeo con rapidez y la empujo hacia la piscina sin darle tiempo a reaccionar. Alejandra forcejea en un intento inútil para no caerse, pero finalmente pierde el equilibrio y acaba en el agua mientras yo me troncho.

—¡Eres una gilipollas! —grita en cuanto saca la cabeza y se quita el agua de los ojos para enfocarme.

Me doy media vuelta y comienzo a caminar hacia el interior, pero no sin mostrarle antes mi dedo del medio levantado mientras me alejo. Dios, que placer habérsela devuelto.

Capítulo 8

Alejandra

Llevo diez minutos sentada en mi cama mirando el reloj, ninguna de las dos nos molestamos anoche en bajar la persiana del todo y entra la suficiente luz como para que la vea dormir plácidamente.

Vuelvo a mirar el reloj, un minuto más y serán las ocho, así que me levanto y me coloco de pie a su lado. Durante los cuarenta segundos que faltan me dedico a observarla embobada, en cuanto entró por la puerta y crucé la primera mirada con ella sentí que algo se me removía por dentro, algo que no comprendo ni puedo explicar y que conforme van pasando las horas va creciendo de forma descontrolada, no lo soporto, salvo su evidente atractivo físico, no entiendo que puedo ver en ella si es la persona más borde y desagradable que he conocido en mi vida, por no hablar de que es una delincuente.

Tengo mis serias dudas de que haya tenido algo que ver con mi secuestro, parece que no tenía ni idea de quién soy, lo deduje cuando le preguntó al italiano por mi función aquí, pero dejando eso a un lado, está claro que ella participa en el plan de forma voluntaria.

Miro el reloj de nuevo y sonrío al ver que son las ocho y tres segundos, y tres segundos son los que tardo en coger su sábana bajera y pegar un fuerte tirón hacia arriba que la hace rodar por la cama hasta comerse la pared.

—¡Joder! —grita asustada, mientras mira a un lado y a otro e intenta orientarse.

No consigo contener la risa, la que suele ser su melena oscura recogida en una cola, ahora es montón de pelo revuelto y desordenado que le da un aspecto de lo más divertido. Cuando por fin se ubica y se centra, me mira enfurecida y se baja de la cama de un salto.

—Te voy a matar princesa de los cojones.

Con una amplia sonrisa y sin acobardarme ni un poco, me limito a colocar mis manos en sus hombros y empujarla hacia atrás, está tan atontada por el sueño que no me ha costado nada hacerla caer sobre la cama de nuevo.

—Candy uno, Alejandra uno, ahora estamos en paz lagartija. Vístete rápido que el italiano lleva media hora dando vueltas por el salón.

—Eres una...

La dejo con la palabra en la boca y salgo de la habitación cerrando la puerta. Joder, si no fuera porque estoy aquí en contra de mi voluntad, creo que me lo pasaría jodidamente bien metiéndome con la borde esta que me tiene desconcertada.

Giovanni resopla cuando paso por su lado, supongo que ha oído los gritos de la pequeña lagartija, pero lo cierto es que contentar al italiano es lo que menos me preocupa, lo único que quiero es pasar los días hasta el golpe lo mejor que pueda y después perder de vista a esta panda delincuentes para siempre, suponiendo que cumpla su palabra y me deje libre.

Hoy ya me he vestido directamente con ropa cómoda, ayer por la tarde, Aníbal trajo dos colchonetas plegables para Candy que colocaron bajo todo el ancho de la pared, así que hoy empezará con el verdadero entrenamiento, hago tiempo corriendo hasta que la lagartija sale.

Me dedica una simple mirada cuando pasa por mi lado cargada con la mochila del material. Yo sigo corriendo mientras ella extiende el material en el suelo, cuando lo tiene todo a su gusto, se coloca el arnés de escalada y los pies de gato, se cuelga varias cintas a cada lado y comienza a

hacer el nudo en el aro central del arnés.

Reduzco el ritmo poco a poco hasta que llego a ella caminando, me mira sin decir nada, coge otro arnés del suelo y me lo lanza.

—¿Sabrás ponértelo o tengo que enseñarte? —pregunta de mal humor.

—Que mal despertar tienes—digo mordaz.

—Vuelve a hacer lo de esta mañana y una de estas noches te meto un calcetín de Giovanni en la boca—amenaza muy seria.

La ignoro y me coloco el arnés mientras ella me observa de soslayo. Cuando termino de ajustar la correa de la cintura, se acerca a mí sin decir nada, la coge sin poder evitar que sus dedos rocen mi vientre, lo que me provoca un leve cosquilleo que me asusta y me deja sin aliento. De pronto da un fuerte tirón para asegurarse de que está bien ajustado y cuando se da por satisfecha, coge el grigri, el aparato que sirve para bloquear la cuerda en caso de caída y vuelve hacia mí, colocándolo con un mosquetón en el anillo central de mi arnés.

—Voy a pasar la cuerda y te enseño como funciona, es muy fácil—comenta sin apenas mirarme.

—Trae.

Le quito la cuerda y la paso por el bloqueador, después lo cierro y pruebo que corra y se frene cuando yo lo necesito. Candy me mira con la boca abierta.

—No es un deporte que me entusiasme, pero voy muchas veces con mi amiga. Así que tú lo único que tienes que hacer es procurar no caerte, porque como lo hagas te voy a tener colgada como un jamón el tiempo que me plazca—amenazo esforzándome por contener una sonrisa de satisfacción.

Durante varios minutos Candy tantea la pared, ha encontrado un par de apoyos para los pies en el inicio que parecen haberle gustado, hace varios intentos y se cae un par de veces sin que yo pueda hacer nada, porque todavía no ha podido llegar a ninguna chapa lo suficientemente alta como para que cuando coloque la cinta y pase la cuerda, yo pueda sujetarla, pero como tenemos las colchonetas, ahora mismo no es preocupante.

Minutos después y tras probar varios agarres para las manos, ha conseguido pasar la cuerda por un par de chapas. Parece un gran avance, pero no lo es, la segunda chapa estará a unos tres metros del suelo, a esa altura y teniendo colchoneta debajo te la juegas sin miedo porque sabes que la caída no te hará daño, pero a partir de esa altura la cosa empieza a cambiar.

Llevamos más de una hora en la que no deja de repetir ciertos pasos, Giovanni ha salido un par de veces a observar, la última con una botella de agua que he agradecido, porque hoy hace un día muy despejado y el sol comienza a ser abrasador.

—¡Cuerda! —grita de pronto.

Me he distraído un segundo para beber agua y cuando miro hacia arriba la veo en una posición imposible mientras intenta alcanzar la tercera chapa. Rápidamente le doy cuerda y respiro aliviada cuando veo que consigue pasarla, después se cuelga para descansar y me dedica una mirada de desaprobación que sin duda merezco, un despiste así en una vía normal le podría haber costado una caída que hubiese pesado sobre mi conciencia.

—Lo siento—digo con sinceridad.

—Dame cuerda anda, que voy a seguir.

Hago lo que dice sorprendida de que no me haya gruñido cuando veo que mira hacia la casa como si pasara algo, yo también miro sin lograr entender que es lo que llama tanto su atención cuando de pronto noto un fuerte tirón que me coge con el pie cambiado y me lanza contra la pared estampándome contra ella. Por suerte, el bloqueador funciona de manera que si lo sueltas bloquea

la cuerda automáticamente. En cuanto consigo recomponerme del susto, miro rápidamente hacia arriba, porque está claro que lo único que puede provocar lo que ha pasado es que Candy se haya caído y el peso de su cuerpo al quedar suspendido en el aire y cogirme de nuevo desprevenida, es el que me ha lanzado contra la pared.

—¿Estás bien? —pregunto mientras me masajeo el brazo izquierdo, que hostia me he dado joder.

—Perfectamente—dice con una amplia sonrisa mientras se agarra a la cuerda como si estuviese sentada en un columpio.

Me retiro levemente, la distancia que yo he volado hasta la pared han sido unos dos metros, que es lo que ella ha caído, ahora se encuentra a otros dos metros de mí y no deja de mirarme con una sonrisa chulesca que me cabrea profundamente.

—No me jodas que te has tirado a propósito—digo muy seria.

—Así aprenderás a estar más atenta—murmura elevando una ceja.

—¡¿Tú eres tonta o qué te pasa?! Me has hecho daño imbécil, y tú también te podrías haber hecho, aunque claro, ya sabías que a ti no te iba a pasar nada porque la caída ha sido controlada—me contesto a mí misma—eres una jodida tarada.

Aflojo el bloqueador y la bajo, me quito el arnés lo más rápido que puedo y se lo lanzo a los pies.

—Espabilate tú sola—le digo sin mirarla mientras me doy la vuelta y me dirijo a la piscina.

—De todas maneras, ahora pensaba practicar sin cuerda...

—A mí como si te cuelgas con ella, lagartija.

Cuando llego al borde comienzo a quitarme la ropa sin ningún tipo de pudor, lo único que deseo es meterme en el agua y refrescarme, Giovanni olvidó el pequeño detalle de traerme un bikini cuando recogió mi ropa, así que me toca bañarme en ropa interior. Lo dejo caer todo en el suelo y cuando me preparo para lanzarme de cabeza descubro a Candy mirándome fijamente, no puedo evitar ruborizarme, sobre todo cuando veo que ella baja la mirada abochornada al sentirse descubierta. ¿Me estaba dando un repaso o me lo ha parecido a mí?

Rápidamente me lanzo al agua para intentar sacar esos pensamientos de mi cabeza, pero no lo consigo, puedo parecer una paranoica, pero su forma de mirarme me ha parecido que escondía algo más que curiosidad, y una cosa es que yo empiece a sentir sensaciones inexplicablemente agradables cuando estoy a su lado pese a que está claro que es idiota, pero otra muy seria es que ella también las sienta, eso solo complica las cosas porque acaba de hacer que mi curiosidad hacia ella se doble joder.

Cuando saco la cabeza del agua, descubro al italiano agachado junto al borde de la piscina, en una situación normal me sentiría incómoda, pero Giovanni se ha encargado de mirarme fijamente a los ojos y no a ninguna otra parte, lo que me demuestra que, aunque sea un ladrón, no es un baboso y tiene respeto.

—Deberías controlar tu mal humor Alejandra, recuerda que tu tarea es ayudarla con esa pared—dice sin apartar la vista de ella.

—¿Tú has visto lo que ha hecho? —pregunto histérica.

—Sí, provocarte, y lo seguiré haciendo porque le gusta cabrearte.

Vaya, pensaba que el idiota este me iba a echar la bronca, pero al menos se ha dado cuenta de que la pequeña lagartija está mal de la cabeza.

—No entres en su juego, recuerda que para que puedas irte feliz de aquí, yo tengo que conseguir robarle a tu padre, así que ignórala y céntrate en ayudarla a escalar esa pared.

Dicho eso se pone en pie y veo que se dirige hacia donde está Candy, que por cierto se

acaba de dar un tortazo importante, no puedo evitar reírme, pero también me apresuro a salir del agua y sentarme en el borde de la piscina con disimulo, mientras los observo e intento escuchar lo que le dice el italiano.

Candy se ha quedado sentada sobre la colchoneta tras el tortazo y Giovanni se ha agachado frente a ella, solo entiendo palabras sueltas, que resumiendo es que no quiere más gilipolleces como la de la caída, pero lo que más me sorprende es su modo de mirarla, es incapaz de disimular que en el fondo siente algún tipo de debilidad por ella, lo que me deja claro que en caso de conflicto entre las dos, él se posicionará a su favor.

Capítulo 9

Candy

Abro los ojos, el sonido de los pájaros en el jardín y la ausencia de gritos me indica que no me he despertado en mi ratonera. Desde que estoy en este jodido chalet duermo a pierna suelta. Hago nota mental de que en cuanto Giovanni me pague el medio millón de euros que me ha prometido me voy a comprar un colchón como este, es una auténtica maravilla.

Miro el reloj con disimulo, las siete y cuarenta y ocho. La princesa ya se ha levantado, ¡cómo no! Supongo que estará esperando a que lleguen las ocho para despertarme con alguna de sus chiquilladas, pero esta vez soy yo la que se ha adelantado y se va a llevar una sorpresa. Con cuidado, miro alrededor y observo que está en el baño duchándose, sobre su cama veo que está la ropa que ha utilizado para dormir. La cojo intentando no hacer ruido y la enrollo haciéndola una bola, después vuelvo a mi cama y la mantengo junto a mi cuerpo mientras me hago la dormida.

El agua de la ducha se detiene y al poco rato veo por el rabillo del ojo que la princesa sale del baño con una toalla envuelta en su cuerpo y otra en el pelo, qué mierda tener que fingir que estoy durmiendo. Parece que ya son las ocho. Cuando se acerca a la cama para despertarme me incorporo de golpe y le tiro el pijama a la cabeza pegando un grito, la ropa se esparce sobre la princesa, que comienza a hacer aspavientos para quitársela como si fuera un bicho, del susto, acaba perdiendo el equilibrio y cae sobre su cama intentando torpemente sujetar el nudo de su toalla.

—¡Joder! Vaya susto que me has dado, lagartija—me grita intentando recuperar la compostura.

—Lo siento princesa, hoy ya estaba despierta. ¿Cómo llevamos el marcador? Creo que voy por delante ¿no? —le digo intentando provocarla.

—Por lo menos sería ropa limpia.

—No lo sé, es tuya—respondo encogiéndome de hombros.

—Que sepas que hoy solo tenía pensado despertarte, pero ya que están así las cosas veremos lo que pasa mañana—chilla fulminándome con la mirada—voy a preparar los desayunos antes de que el capullo del italiano me diga algo, tienes libre la ducha.

Mientras busca en el armario algo de ropa para ponerse, me desvisto para entrar en el aseo.

—¿No puedes cambiarte en el baño? —pregunta casi sin mirar.

—Suelo ducharme desnuda—le respondo sin inmutarme.

Lo cierto es que no me había dado ni cuenta, pero el hecho de que se haya fijado me provoca unas mariposas en el estómago que no tendrían que estar ahí.

Tras la ducha, me acerco a la cocina para desayunar. En el salón, Giovanni y Aníbal ya están trabajando sobre un plano en una de las pantallas.

—*Buon giorno, Bella.* Veo que ya os lleváis mucho mejor—me saluda con sarcasmo, seguramente haciendo referencia a los gritos de hace un rato.

Solamente sonrío y entro en la cocina donde Alejandra está recogiendo unos platos.

—¿Te ayudo?

—No hace falta, tú desayuna que te espera una mañana dura en la pared esa. No se vaya a enfadar el italiano de los cojones porque te distraigo—me responde un poco borde.

Una de las cosas buenas que tiene el informático flacucho es que puede conseguir lo que sea

por Internet, aparentemente sin importarles el dinero que gastan, porque me han traído todo lo que les he pedido para estar a tope, incluido algún suplemento muy caro que nunca me había podido permitir. Tengo la impresión de que no les importa el dinero que gastan por Internet porque se lo estarán cargando a alguna víctima que se llevará un buen susto preguntándose quién ha comprado material de escalada con su tarjeta de crédito. Pero eso no es asunto mío, lo que sí me pregunto es a que dirección envían las cosas, porque no he visto a ningún repartidor por aquí.

La sesión de escalada matutina ha sido mucho mejor que las de los días anteriores. Le voy pillando el truco a la jodida pared y, aunque no se lo diga, la ayuda de la princesa me sirve de mucho. Después de tres horas escalando con pequeños descansos, decido parar y recuperar fuerzas para hacer otra sesión por la tarde.

Al bajar, las gotas de sudor ruedan por mi espalda y agradezco la botella de agua que Giovanni nos ha traído. Hoy hace un día especialmente bueno y la idea de pegarme un chapuzón en la piscina como hizo ayer la princesa resuena con fuerza en mi cabeza.

—Voy a darme un baño en la piscina, ¿te apetece? —le pregunto señalando con la cabeza.

La princesa solo asiente y me sigue hasta la zona de las hamacas sin articular palabra. Nos quitamos la ropa hasta quedarnos las dos en ropa interior antes de entrar en el agua y de nuevo aparece ese cosquilleo en mi vientre que no debería estar ahí, pero es que está jodidamente guapa en bragas y sujetador, y yo no soy de piedra.

El contraste con el agua fría de la piscina ayuda a que esos pensamientos se me vayan de la cabeza, al menos en parte. Dentro de poco tiempo no la volveré a ver, la princesa y yo pertenecemos a mundos muy diferentes, además, cada vez tengo más claro que me quiero ir lejos de aquí, al menos una temporada.

No sé el tiempo que hemos pasado en el agua, pero ha sido de lo más agradable, hemos hecho juntas algunos largos, lo que me ha ayudado a descargar los músculos. También nos hemos relajado y hablado bastante, aunque haya sido de cosas banales. Ha sido la primera vez que me he sentido realmente cómoda con la princesa, también la primera vez que me he sentido realmente cómoda en esta casa, aunque esto último creo que es gracias a ella.

Tras salir de la piscina me tumbo en una de las tumbonas mientras ella se seca sentada en la otra. El sol del mediodía baña nuestros cuerpos y le da un color precioso a su pelo, incluso sus ojos parecen cambiar de color con la luz del sol.

—¿Sabes que se te transparenta todo? —me dice interrumpiendo mis pensamientos mientras me observa a través de unas gafas de sol que diría que son del Calabrés.

—El agua estaba fría, no puedo evitarlo—respondo con la excusa perfecta para la dureza de mis pezones.

—No solo ahí arriba, también por abajo, al menos cierra un poco las piernas—aclara señalando con su dedo.

—Si me regalas unas bragas como las tuyas no se notaría tanto—contesto descubriendo sin querer que había estado echando más de una mirada.

—A mí me da igual, pero si le da un infarto al informático, Giovanni te mata, no hace más que mirar hacia aquí y balancearse en la silla.

Las dos nos reímos con su comentario y mientras cierro los ojos y dejo que mi piel se seque bajo los rayos del sol, me pregunto si podríamos haber sido buenas amigas de no haber venido de mundos tan distantes.

Tras la comida, hago un pequeño descanso antes de la sesión de entrenamiento de la tarde. Giovanni tenía razón al decir que la princesa es una excelente cocinera, si no fuese por todo el ejercicio que hago en esta casa estoy segura de que acabaría engordando.

De nuevo una buena sesión de escalada, más corta que la de por la mañana, pero por fin he conseguido abrir una vía hasta llegar a la ventana y a partir de ahora, con la seguridad de que Alejandra me tendrá sujeta en todo momento, puedo empezar a buscar los agarres y los apoyos más adecuados para subir el día del robo. Una vez elegidos voy a tener que practicar mucho y memorizarlos a la perfección, porque allí no tendré a la princesa para sujetarme, si me caigo estaré jodida, por no hablar de que el plan se irá a la mierda en cuestión de segundos.

Cuando estoy saliendo de la ducha tras la sesión vespertina, me quedo de repente totalmente a oscuras y escucho un fuerte grito de Alejandra en el dormitorio. A tientas, busco con torpeza la puerta y abro.

—¿Qué pasa? —pregunto preocupada mientras salgo a toda prisa descalza, pegando un resbalón que por poco me mato.

—Se ha ido la luz—responde con la cara todavía pálida.

La verdad es que no entiendo el porqué de tanto drama por un simple apagón.

—¿La princesa tiene miedo de la oscuridad? —bromeo para provocarla—aún entra luz por la ventana.

—No tengo miedo a la oscuridad—responde con la mirada perdida.

—¿Entonces? —pregunto empezando a preocuparme de verdad.

—No es nada, solo me ha recordado algo que me pasó hace unos días, olvídalos. Y haz el favor de ponerte algo y no andar desnuda por la habitación joder—replica un poco borde.

—Encima que salgo para ayudarte. Pensé que te pasaba algo, lo que no me imaginaba era que te ibas a poner histérica porque se fuese la luz, ni que tuvieras cinco años—le recrimino aún más borde.

—¡Qué coño sabrás tú! —contesta alzando la voz y apartando la mirada de mi cuerpo.

—Está claro que nada en lo que concierne a ti, y relájate princesa—digo alzando las manos en son de paz.

Joder que estúpida, no sé qué coño ha recordado, pero está claro que no ha sido nada agradable porque parece realmente agobiada.

Me giro y entro en el baño para secarme y ponerme algo, dejando la puerta un poco abierta para tener algo de luz.

Nada más meterme en el baño y como viene siendo costumbre en él, Giovanni abre la puerta de la habitación sin previo aviso para informarnos de que se ha ido la luz en toda la casa. Puta manía que tiene el italiano de abrir las puertas sin llamar, un poco antes y me pillaría en pelotas en medio de la habitación.

—*¿Tutto bene* por aquí?

—Sí—responde la princesa sin mucho entusiasmo.

—He pensado que quizá la oscuridad te traía malos recuerdos querida Alejandra, mi *scusi*—dice realmente serio—acompañame al salón, hay mucha más luz que aquí.

Para mi sorpresa, Alejandra accede y abandona la habitación junto al Calabrés. Quizá deba cambiar de táctica con ella y ser algo más amable, bueno solo un poco, porque joder, me encanta la cara que pone cuando me meto con ella, pero quizá si me muestro más como realmente soy, me acabe contando qué coño pasa. No me considero una cotilla, pero por algún motivo todo lo que tiene que ver con la princesa me interesa soberanamente.

Tras vestirme, salgo al salón donde el informático flacucho se afana por salvar a toda prisa la información de los ordenadores antes de que se agote la batería del pequeño SAI al que están conectados. En el sofá, la princesa y Giovanni hablan animadamente de algo, al verles cualquiera podría pensar hasta que son amigos, lo que me deja alucinada porque hace apenas unos minutos

ella tenía el rostro descompuesto y además tengo clarísimo que aunque esté aquí, Giovanni no es santo de su devoción.

Una vez que los datos de los ordenadores están a salvo, el italiano me informa de que se ha producido una avería en una subestación eléctrica cercana y el apagón durará varias horas. De momento todavía llega algo de luz natural a través de las ventanas del salón, pero pronto nos quedaremos sin ella, suerte que Aníbal tiene preparadas varias linternas. Al verlas, me viene a la cabeza cuando era pequeña en casa de mis padres, mis amigos siempre se asombraban de las muchas linternas que teníamos, sin darse cuenta de que en ciertos trabajos, una linterna es una herramienta indispensable.

—¿Qué os parece si jugamos a las cartas para pasar el rato? —comenta la princesa—¿os gusta el Blackjack?

—*Niente* Blackjack—responde sin pensarlo Giovanni—Datos ganaría siempre, hace trampas, cuenta las cartas.

Las dos miramos con cara de asombro al flacucho, que empieza a ponerse nervioso, pestañeando sin cesar y dando pequeños golpecitos con los dedos a sus gafas de pasta.

—To...todos los juegos de cartas se basan en la probabilidad, probabilidad—responde titubeando.

—¡Juguemos al póker! —propongo.

—El póker va *benissimo*—contesta Giovanni, se diría que entusiasmado.

—Espera, ¿el póker no estaría también basado en probabilidades? —pregunta Alejandra dubitativa.

—Con él sabremos siempre si va de farol o tiene una buena mano—le respondo pensando en los tics del informático y provocando una carcajada en el resto.

—No, no tiene ninguna gracia, gracia—contesta Aníbal un poco molesto.

—Texas hold'em ¿os va bien? —propongo adueñándome de las cartas y empezando a barajarlas con soltura—¿con límite o sin él?

—Con límite, no jugaremos con dinero real, lo haremos con fichas—apunta el italiano.

—¡No me jodas Giovanni! Yo que esperaba mejorar mi situación económica esta misma tarde—bromeo mientras Alejandra me dedica una mirada de no entender nada.

Vaya, parece que yo también he generado cierto interés en ella, pues se va a quedar con las ganas de saber a qué me refiero, así sabrá lo que se siente cuando te dan evasivas.

Como era de esperar, el informático es como un libro abierto, nunca va de farol y calcula siempre todas las probabilidades sobre la mesa, solamente va o sube en las manos en las que sabe que estadísticamente pueden ser ganadoras. En poco tiempo va perdiendo todas sus fichas.

Alejandra me sorprende, después de unos comienzos un poco inciertos acomodándose a las reglas, consigue reponerse y ganar varias manos que estaba convencida de que ganaría yo. En cualquier caso, el que es un auténtico fenómeno es el Calabrés, tras poco más de una hora y media jugando, consigue desplumarnos a todos, menos mal que no jugamos por dinero.

—Se nota que has jugado bastante a esto Giovanni—le digo impresionada—y tú, princesa, vaya suerte que tienes, me has ganado alguna mano que pensaba que ya la tenía.

—No es suerte lagartija, te fijas en los tics de los demás y no ves los tuyos—responde sonriendo.

—¿Eh?

—Pues que te vas a arrancar el labio de tanto dar vueltas al piercing cada vez que tienes una buena mano.

¡Joder! No sé ni qué contestarle, la princesa no solo tiene carácter, encima es observadora.

Nuevo cosquilleo en mi vientre que es interrumpido por el italiano.

—Todo el mundo tiene algún tic si sabes observarlo bien *ragazza*. Has hecho bien al notar que Candy da vueltas a su piercing, pero tú juegas con el pelo cada vez que tienes dudas, los tics de Aníbal son demasiados como para comentarlos—dice arrancando de nuevo nuestras risas y el enfado del informático.

Tras la partida de póker, llevamos las linternas a la cocina para hacer la cena con lo que vamos encontrando que no necesite ser cocinado. La obligatoria tarde libre nos ha relajado a todos, incluso ha conseguido crear algo de buen ambiente entre la princesa y el italiano, que hasta hoy parecía que se iban a matar cada vez que hablaban.

Animada por la calma reinante, decido preguntar por algo que me tiene intrigada desde la primera vez que lo vi.

—Eh, Giovanni, ¿cómo te has hecho esa cicatriz, si puede saberse? —señalo con curiosidad.

Su rostro cambia, se torna muy serio y casi me arrepiento de haberlo preguntado. De repente reina el silencio entre nosotros, todos expectantes de sus palabras.

—Tiene gracia que seas precisamente tú quien me lo pregunte *bella*, porque fue salvándote a ti cuando eras muy pequeña. Pero eso te lo contaré otro día cuando estemos solos—responde muy serio.

Su contestación y el tono serio de la respuesta nos pilla a todos por sorpresa, sobre todo a mí, que durante unos segundos me quedo paralizada pensando que es una broma, pero el Calabrés sigue con el gesto imperturbable hasta que se gira y uno a uno, nos vamos retirando a nuestras habitaciones. Me cuesta contener las ganas de insistirle en que me lo cuente ahora, ¿de verdad me salvó la vida? ¿De qué o de quién? Y lo más importante ¿por qué? Me detengo decidida a exigir que me lo cuente, pero cuando me giro el Calabrés ya se ha metido en su habitación y ha cerrado la puerta.

Antes de ir a dormir me disculpo con la princesa por haberle gritado cuando se fue la luz. Pedir disculpas no forma parte de mi naturaleza, antes me arranco una jodida muela, pero por algún motivo que no acierto a comprender, creo que se lo debo.

La poca luz que ilumina la noche deja ver su sonrisa al aceptar mis disculpas, por primera vez me percató de que tiene una sonrisa preciosa, o quizá es que no ha sonreído de manera sincera hasta ahora. Sea como sea, el cosquilleo es ahora generalizado y empieza a despertar sentimientos que es mejor que permanezcan dormidos, lo último que me falta ahora es enamorarme.

—¿Me puedes contar lo que te pasó hace unos días para que te asustes de un corte de luz? —le pregunto tratando de estirar el tiempo entre nosotras antes de quedarnos dormidas.

—Al igual que Giovanni, te lo contaré otro día cuando estemos solas, hoy no quiero hablar de eso.

¿Es que hoy es el día oficial de los secretos o qué?

Me rindo al ver que Alejandra se da la vuelta y se acomoda para dormir, yo hago lo mismo, solo que me va a costar la vida conciliar el sueño porque no puedo quitarme de la cabeza lo que ha dicho Giovanni.

Capítulo 10

Candy

Las comidas y las cenas son algunos de mis momentos favoritos desde que estoy en la casa. No es solo que Alejandra sea una excelente cocinera, sino que todos estamos mucho más relajados que en cualquier otro instante del día.

En realidad, con Giovanni y con el informático casi no hay otro momento para hablar que no sea alrededor de la mesa. Tampoco es que intente hacerme amiga de ellos ni mucho menos, pero he de reconocer que el italiano es una fuente de sabiduría cuando se pone a contar historias; sabiduría delictiva, pero sabiduría, al fin y al cabo.

Aníbal dentro de sus rarezas tiene de vez en cuando algún golpe de humor de lo más original que nos sorprende a todos y parece tener algún tipo de conexión especial con Giovanni. En una ocasión, nos comentó que llevaban mucho tiempo juntos, pero no quiso dar detalles. Creo que el italiano se había hecho cargo de él cuando era muy joven por algún motivo, aunque para los temas personales son muy herméticos, me incluyo en esa afirmación yo también, salvo Giovanni que parece saber casi todo de cada uno de nosotros, el resto damos cualquier información personal con cuentagotas.

En la cena de hoy todo el mundo parece estar especialmente relajado. Seguramente contribuye la demostración práctica de las habilidades de Aníbal hackeando en un minuto y cincuenta y dos segundos el móvil de Giovanni y accediendo a toda su información personal, lo que causa un enfado monumental en el italiano y el asombro de la princesa y mía.

Menos mal que más tarde se compromete a instalarle no sé qué medidas de seguridad que harán mucho más difícil un eventual hackeo. Ayer Aníbal trajo dos cajas de un vino riquísimo y me imagino que muy caro, que también contribuyen a que la cena sea más agradable. Seguramente cortesía de algún pobre incauto al que habrán robado los datos por Internet o quizá procedentes de los “asuntos” de Giovanni en el puerto.

—Giovanni, tienes todavía pendiente lo de explicarme qué te pasó con lo de la cicatriz, a ver si después de la cena hablamos—le comento aprovechando lo relajado del ambiente.

—*Cazzo*, estoy muy ocupado, ya te lo contaré otro día—responde malhumorado.

Se ve que todavía sigue un poco enfadado por lo del móvil, aunque sus ojos están clavados en la sonrisa de Alejandra.

—Entonces cuéntame qué es la mierda esa del pitufeo que mencionaste en el bar—le pido desviando de nuevo su atención.

—El pitufeo es una manera de lavar el dinero negro—responde la princesa de pronto—un montón de personas a las que llaman “pitufos” depositan cantidades pequeñas de dinero en varias cuentas para que no llame la atención y no salte ninguna alarma.

—*Brava, ragazza!* —exclama Giovanni—has dejado a Candy con la boca abierta.

¡Joder con la princesa! A juzgar por el comentario de Giovanni se me debe notar mucho la cara de asombro.

—En mi opinión es un poco lento, me gusta más la opción de comprar billetes de lotería premiados o montar algún negocio como tapadera—añade de nuevo la princesa viniéndose arriba.

Pero ¿esta tía me está vacilando? A ver, ahora se las da de malota ¿o qué? Y el italiano riéndole las gracias como un baboso, por favor, que podría ser su padre. Con lo bien que iba la

cena y estos dos ya me la están jodiendo.

—Alguna tapadera como tu bar ¿no Giovanni? Porque no vi por allí muchos clientes cuando nos reunimos—le digo atacando, intentando de nuevo desviar su atención de la princesa.

Giovanni me fulmina con la mirada y con razón, porque la verdad es que no sé por qué he reaccionado así, me importa una mierda si ese bar es una tapadera para blanquear dinero o si tiene otros cincuenta bares en donde lo hace. Pero ¿qué coño me pasa? Joder, que si a Giovanni le gusta la princesa no es asunto mío, por mí como si follan todos los días quince veces de aquí a que demos el golpe. Bastante tengo ya con todo lo que rodea mi vida y con escalar la puta pared como para preocuparme por esas cosas.

Ni tengo nada con la princesa, ni lo quiero. ¿O sí y por eso me molesta tanto que Giovanni la mire? Quizá en otras circunstancias podría estar muy bien, pero ahora mismo solo sería una distracción, un pasatiempo que podría costarme medio millón de euros o quizá la vida, porque dentro de dos semanas no volveré a ver a nadie de esta mesa. Lo que tengo que hacer es estar concentrada y dejarme de gilipolleces de adolescente salida.

—Venga, un dato interesante para levantar el ánimo—interrumpe la princesa al ver que el ambiente empieza a ponerse tenso—¿a que nadie sabe por qué se llama lavar dinero o blanquear dinero?

—Es dinero negro y luego pa...pasa a ser legal, legal—responde Aníbal.

—Eso es una respuesta muy incompleta Aníbal—le responde—Candy, ¿lo sabes tú?

—No, pero ya me imagino que te mueres de ganas de explicármelo—le respondo con todo el borderío del que soy capaz.

—Cuéntanos *ragazza*, cuéntenos—la anima el italiano.

—Pues es una historia interesante, resulta que durante la Ley Seca, el famoso Al Capone y los gánsteres de Chicago compraban lavanderías como empresas tapadera para convertir el dinero negro en dinero legal, y de ahí le viene el nombre. A mí siempre me encantó esa anécdota—comenta emocionada.

La verdad es que ya me empieza a tocar los ovarios toda esta tontería. La cena ha empezado súper bien con el hackeo del móvil, pero entre las miraditas de Giovanni y la princesa haciéndose la lista para que el italiano le ría las gracias, todavía acabaré vomitando la comida, así que decido irme a la habitación.

Entre el vino, el cabreo y el cansancio me duermo pronto, y es una pena porque le estaba cogiendo el gusto a eso de observar a la princesa cuando se queda dormida. Ha sido una soberana estupidez ponerme así, tengo que intentar quitarme a Alejandra de la cabeza. Es cierto que está jodidamente buena y que hay momentos en los que parece que conectamos, instantes que incluso parece que le gusto, pero lo nuestro no tendría mucho futuro. Eso es lo que me repito mentalmente como un mantra, aunque la realidad es que creo que me estoy pillando por ella, por muy princesa que sea, Alejandra despierta cosas en mí que cada vez me cuesta más controlar.

Es ridículo pensar que pueda haber algo, puede que una explicación a lo que me pasa con ella sea que llevo mucho tiempo sin un buen polvo, y eso influye.

A diferencia de las noches anteriores, por primera vez no duermo a pierna suelta. Toda la noche un duermevela continuo hasta que, poco antes de las tres de la madrugada y bastante agobiada por no poder dormir, me levanto, cojo uno de los cigarros que le he ido robando a Giovanni y salgo al jardín intentando no hacer ruido.

Minutos después, mi tranquilidad es interrumpida por unos pasos que se dirigen hacia la zona donde estoy sentada. Instintivamente escondo el cigarro detrás de la espalda como si estuviese haciendo algo malo, el pulso se me acelera cuando veo que es Alejandra, y no

precisamente porque tema que me descubra fumando.

—Hace una noche muy bonita—comenta distraída mientras se acerca a mí.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sorprendida de ver a la princesa a estas horas de la noche.

—No podía dormir, ¿y tú?

—Ya ves—le digo señalando el cigarro.

—No sabía que fumases—comenta sorprendida.

—Normalmente no suelo fumar, algún cigarro ocasionalmente, pero en esta casa a veces me apetece echar alguna calada de vez en cuando y como no necesito muchos, he ido robándole alguno al italiano—respondo encogiéndome de hombros.

Alejandra se sienta a mi lado, pegada a mi cuerpo, despertando otra vez esos jodidos sentimientos que no quiero que aparezcan.

—Has estado un poco rara en la cena, ¿te pasa algo?

Joder, lo que me faltaba, que saque ahora la cena con lo que me ha costado aceptar mi escena de celos.

—No sé, ¿quizá es que has estado toda la cena dándotelas de listilla y el puto Giovanni riéndote todas las gracias? —contesto sin pensarlo, incapaz de medir mis palabras.

—¿Dándomelas de listilla? —pregunta elevando una ceja sorprendida—tan solo intentaba cortar el mal rollo que se estaba creando entre vosotros dos cuando le preguntaste por la cicatriz. Mira, está claro que no le gusta ese tema, así que a ver si eliges mejor el momento para preguntarle. Y ya sé que me mira mucho, no estoy ciega, pero ¿qué quieres que le haga? Bastante acojonada estoy ya que intento no estar con él a solas en ningún momento—responde muy enfadada por mi comentario.

Me quedo mirando a Alejandra pensativa. De ser así, ella solamente trataba de echarme una mano y yo he reaccionado como una niña muerta de celos, porque está claro que ese es mi problema, estoy jodidamente celosa porque la princesa me gusta, y mucho. De todos modos, decido permanecer en silencio, pedir disculpas no es lo mío y no voy a empezar ahora, ya me disculpé el otro día con ella y no quiero que se acostumbre.

—Escucha lagartija, tú te piensas que yo he vivido siempre en un cuento de hadas, pero no es así. Quitando el hecho de que he crecido rodeada de dinero, mi vida es una mierda, mi madre murió cuando nací, y para mi padre no soy más que un estorbo, jamás me ha dado muestras de cariño y nunca se ha sentido orgulloso de mí, así que ¿tú qué sabrás de mi vida? —exclama un poco excitada.

—¡Qué pena! La princesa está triste porque su papá no la quiere—le digo en tono de burla —yo nací en una familia de delincuentes, mis padres fueron a la cárcel cuando tenía doce años y cuando por fin salieron, mi querida madre decidió desaparecer y mi padre montó un negocio que puso a mi nombre, según él, porque quería asegurarme un futuro, hace dos años desapareció llevándose el dinero de los clientes y me dejó con una deuda de cincuenta mil euros que no deja de crecer con los intereses y que no puedo pagar salvo que escale una puta pared imposiblemente lisa de ocho metros y pico para robarle a ese padre tan malote que tienes. Eso si no nos pilla antes la policía y acabo en la cárcel, o me caigo y me abro la cabeza. Así que ¡ya ves! ¡Bienvenida al mundo real, su majestad!

—¿Qué es, una competición para ver quién tiene una vida más chunga? Ya me imagino que no te has criado entre algodones guapa, pero al menos tú estás aquí de manera voluntaria, a mí me habéis secuestrado joder, y encima el primer día que estoy aquí me entero de que el tío con el que estaba enrollada tiene novia—responde con la respiración agitada.

—¿Qué coño has dicho? —pregunto atónita.

—Que soy la culpable de que una chica tenga más cuernos que un saco de caracoles.

—No joder, antes de eso, a quien te folles no me importa, bueno sí, me lo cuentas luego, me refiero a lo que has dicho antes de lo de tu folla-amigo—le digo intentando encontrar algún sentido a lo que acaba de decir.

—Que me habéis secuestrado joder, encima no te hagas la tonta—asegura enfadada.

Durante unos segundos la miro perpleja, sabía que había algo en lo que concierne a la princesa que no acababa de encajar, pero de ahí a que el puto Calabrés la haya traído aquí obligada va un mundo. Ahora entiendo que me pidiera que la vigilara, será hijo de puta.

—Yo no tengo nada que ver con tu secuestro, es la primera noticia que tengo, te lo juro—afirmo agitada—Giovanni vino a verme el día antes de entrar aquí, el cabrón sabía de mis problemas económicos casi mejor que yo misma, me ofreció medio millón por escalar esa pared y cortar el vidrio de la ventana para robarle la pasta a tu padre. De verdad, tienes que creerme, no tengo nada que ver con lo tuyo—le explico de forma sincera.

Alejandra me mira sorprendida y, sin decir nada, se levanta y entra en la casa. Al poco rato vuelve con una botella de vino casi entera y dos copas.

—Es la que ha sobrado de la cena—me dice con naturalidad, yo aguanto las copas para que ella las sirva y después deja la botella en el suelo.

—Escucha Alejandra, tienes que creerme con lo del secuestro, yo no sabía nada de nada, eso es cosa de Giovanni—insisto un poco agobiada.

—Imaginaba que podrías no tener nada que ver, pero no estaba segura—dice sin más.

—No lo entiendo, podrías haber escapado más de una vez, yo duermo como un tronco ya lo sabes, y ya has visto que llevamos rato aquí fuera y ninguno de esos dos se ha enterado, con un poco de cuidado podrías intentar escapar—le digo abriendo la posibilidad, aun sabiendo que si lo hace me va a joder la única oportunidad que tengo de acabar con mis deudas, pero es que un secuestro, joder, eso ya son palabras mayores.

—Amenazó con hacerle daño a mi antigua niñera y para mí es como si fuese mi madre—me responde con tristeza en los ojos—no pienso arriesgar su vida. De todos modos, que le roben dinero a mi padre tampoco es que me importe demasiado y el italiano parece un tipo muy peligroso como para contrariarlo.

—Ahí te doy la razón.

A fin de cuentas, estoy segura de que Giovanni no le hará daño mientras no cometa ninguna estupidez y la soltará en cuanto demos el golpe. Será un hijo de puta, pero tiene palabra. Además, no es un secuestro muy normal que digamos, Alejandra puede campar por la casa a sus anchas y es una más, salvo por el pequeño detalle de que no puede irse, pero si lo miro de otro modo yo tampoco puedo, Giovanni también me ha prohibido salir de aquí hasta que termine todo, quizá la única diferencia entre ambas es que cuando esto acabe, yo me llevaré una buena pasta y ella no.

Hacemos un largo silencio mientras damos buena cuenta de la botella de vino, ambas sorprendidas de haber compartido sentimientos tan profundos sobre nuestras vidas. Respiro hondo, y quizá por culpa del vino, cuando me quiero dar cuenta he cogido su mano entre las mías, el pulso se me acelera y pienso en soltarla de inmediato, pero al ver que no ha intentado retirarla la miro a los ojos, ella baja ligeramente la mirada para beber un trago de su copa de vino y sonrío poniéndome todavía más nerviosa. Esa sonrisa a la que empiezo a engancharme como una droga. ¡Mierda, Candy!

Mi corazón se acelera al sentir su mano apretar la mía y ver el deseo en su mirada cuando por fin me enfoca.

Perdida en esos ojos que me miran con interés, me concentro en el tacto de su mano para

intentar controlar las ganas de besarla que tengo. Me encanta la suavidad de su piel, nuestros dedos se acarician casi sin que podamos evitarlo.

Ambas dejamos las copas en el suelo y lentamente me acerco a ella, tan cerca que puedo oler el vino en sus labios. Joder, tengo que olvidarme de Alejandra, pero sus dedos siguen acariciando los míos y nuestras manos entrelazadas, lo cual me indica que ella se siente igual de bien que yo, y si ella no se aparta, no seré yo la que busque la voluntad de hacerlo. Alejandra coloca su mano libre sobre mi cuello y lo acaricia con suavidad haciendo que una corriente eléctrica recorra todo mi cuerpo.

Nos miramos y el tiempo parece detenerse por completo, me olvido de todo, desaparecen la pared, las deudas y las preocupaciones, solo existen Alejandra y las jodidas ganas que tengo de besarla. Acaricio con el reverso de mi mano su mejilla y cierra los ojos ladeando la cabeza. Mierda al cuadrado; me acaba de derretir.

Retiro un mechón de pelo de su frente mientras me acerco un poco más a ella, acaricio su cuello y ella suspira ladeando la cabeza un poco más, nuestras bocas están a escasos milímetros una de otra, sus ojos todavía cerrados esperando mis labios y su respiración ligeramente agitada. Ya no hay vuelta atrás, mi boca recorre los últimos milímetros para encontrarse con la suya y un tremendo deseo cosquilleante se instala en mi vientre cuando siento el calor de sus labios sobre los míos.

Al intentar abrazarme para intensificar el beso, Alejandra tropieza con la botella de vino, que cae sobre las copas haciendo un ruido estrepitoso y nada oportuno. La luz de la habitación de Giovanni se enciende y observo su silueta asomarse a la ventana.

—*¿Tutto bene?* —pregunta el italiano.

—Sí, tranquilo—le contesto intentando mantener la calma con mi corazón todavía desbocado—he salido a beber una copa y se me ha caído, ahora lo recojo todo.

Alejandra corre a toda prisa hacia la casa intentando no ser vista mientras yo sigo maldiciendo el momento en que ha golpeado la jodida botella con el pie.

Capítulo 11

Alejandra

Como ya es habitual en mí, me despierto con los primeros rayos de sol que se cuelan por la ventana, por algún motivo nos hemos acostumbrado a dormir con la persiana subida y eso me facilita las cosas, así puedo levantarme sin necesidad de encender la luz.

Miro un segundo hacia la cama de Candy y siento un pinchazo oprimir mi pecho por dentro, un pinchazo agradable que me recuerda el beso de anoche y me pone nerviosa, realmente no sé lo que hubiese sucedido si no le hubiese dado con el pie a la dichosa botella de vino, cuando sentí los labios de la lagartija sobre los míos pensé que iba a desmayarme, nunca había sentido nada tan intenso y no me lo explico, fue quizá el beso más corto que me han dado, y aun así no puedo quitármelo de la cabeza.

Suspiro para intentar calmarme y me encierro en el baño intentando no hacer ruido para no despertarla, aunque si lo hiciera estoy segura de que tampoco pasaría nada, la escaladora tiene un sueño tan profundo que podría explotar una bomba a su lado y ella solo se daría la vuelta soltando algún gruñido.

Tras la ducha, salgo del baño y miro la hora, ya son las ocho. Creo que ese beso me ha vuelto débil, porque si pudiese la dejaría dormir todo lo que quisiera. Cuando duerme se le ve feliz, hasta parece que no ha roto un plato en su vida, pero si no la despierto el italiano se va a enfadar mucho, sobre todo teniendo en cuenta que anoche la pilló despierta a una hora en la que debería estar en el cuarto sueño. Me siento a su lado para observarla una vez más antes de traerla de vuelta al mundo real. Tiene una boca muy bonita, nunca me había fijado hasta ahora.

—Hora de despertarse lagartija—le digo acariciando su antebrazo y zarandeándola con suavidad.

Abre los ojos con pereza, como queriendo averiguar dónde se encuentra, después me enfoca, estira los brazos para desperezarse y sonrío.

—¿Hoy no me tienes preparada ninguna sorpresa para despertarme? —pregunta con mirada incrédula.

—No me apetecía, dormías muy relajada—le respondo.

—También los otros días y no te importó mucho—indica mirando mi mano, que sigue reposando sobre su antebrazo.

—No hagas que me arrepienta—contesto retirándola un poco avergonzada.

Es increíble lo que un simple beso puede hacer, ahora me siento extrañamente unida a ella, quiero acabar con esto cuanto antes y olvidarme para siempre de Aníbal y Giovanni, pero no de Candy. Estoy convencida de que a ella no la olvidaré tan fácilmente, de hecho, a estas alturas ya sé que no lo haré, la pregunta es ¿qué siente ella?

—Tienes el baño libre si quieres ducharte—le digo señalando la puerta—y desnúdate dentro por favor, yo voy a preparar los desayunos.

Candy sonrío y asiente mirándome fijamente, es la segunda vez que me dedica una sonrisa esta mañana y como me dedique una tercera no sé cómo voy a responder, pero ¿qué coño me pasa con ella?

Cuando me voy a levantar de su cama para irme noto su mano agarrar mi mano derecha, el

hormigueo que me provoca me corta la respiración y tengo que hacer auténticos esfuerzos para que ella no lo note.

—¿Sabes lo bien que quedaría que me dieras un beso ahora? —pregunta socarrona.

—Vaya, pensé que no lo recordabas—comento entornando los ojos.

—Es lo único que tengo en la cabeza ahora mismo.

Su afirmación es tan seria que no me queda más remedio que creerla y ceder cuando se incorpora, y colocando una mano en mi cuello que no me espero, me atrae hacia ella y me besa. Noto mi corazón latiendo con fuerza en el lugar en el que se encuentra su mano, Candy exhala un suspiro cuando sin poder contenerme, saco la lengua con timidez y rozo su labio inferior, ahora el corazón me late entre las piernas.

—Tienes que levantarte—digo separándome con rapidez.

—Claro—responde aturdida.

Esta vez no me impide ponerme en pie, me giro hacia ella antes de salir de la habitación y descubro en sus ojos una mirada de incertidumbre que me confirma que ella tampoco sabe si lo que empieza a suceder entre nosotras es bueno o malo.

En el salón, Aníbal ya está enfrascado en sus ordenadores para variar, intuyo que tiene que recuperar trabajo después de perder varias horas por el apagón de ayer. El timbre de la puerta suena y como me pilla de paso me desvío de mi camino.

—Ya le abro yo a Giovanni, Aníbal, tú sigue con lo tuyo—le digo decidida.

Cuando me quiero dar cuenta de que el informático me está haciendo gestos con la cabeza para que no abra la puerta ya es demasiado tarde. Me encuentro frente a frente con un vigilante de seguridad, supongo que de la empresa que vigila la urbanización en la que nos encontramos. Se me forma un nudo en la garganta al verle, por un momento veo mi vía de escape abierta, solo tengo que decirle que estoy aquí en contra de mi voluntad y todo habrá acabado, pero por algún motivo no lo hago y contra todo pronóstico me giro hacia Aníbal, que me hace una seña disimulada para que mantenga la calma.

—Buenos días—saluda con educación en vista de que yo no abro la boca.

—Buenos días, ¿desea algo? —le respondo con sequedad.

—Estoy realizando una comprobación rutinaria dentro de nuestro protocolo de seguridad, porque en esta casa no debería haber nadie estos días—me informa muy serio.

—Claro ¿cómo puedo ayudarle? —contesto bastante nerviosa, sin saber muy bien qué decir.

—¿Podría tomar nota de su DNI y el de su compañero, por favor? Debo enviarlos a la central para que realicen algunas comprobaciones—expone como si se supiese la frase de memoria.

Miro de reojo al informático quien, de nuevo, me indica con la mano que mantenga la calma. Quizá si Candy estuviese aquí sabría manejar la situación, al fin y al cabo, ella se ha criado entre delincuentes, pero está en la ducha, ajena a lo que está sucediendo. No sé qué demonios hacer, aunque quisiera colaborar no le puedo entregar mi documentación porque mi cartera la tiene Giovanni.

—Señorita por favor, su identificación y la de su compañero—señala con gesto serio.

Cuando más nerviosa empiezo a ponerme, el italiano aparece por la espalda del vigilante con la pistola en la mano, casi se me para el corazón al ver cómo le coloca el cañón en la nuca, el hombre palidece de golpe.

—Vaya, parece que tenemos un invitado sorpresa, sé amable Nuria—dice cambiándome el nombre—hazte a un lado para que mi nuevo amigo y yo podamos pasar a charlar un rato—me pide con expresión divertida.

Tiemblo mientras me aparto a un lado, lo último que necesito es que cometan un crimen en mi presencia, y veo a Giovanni muy capaz de ello. Una cosa es robarle a mi padre, que casi empezaba a hacerme cierta gracia, y otra muy distinta disparar a alguien inocente.

No puedo evitar maravillarme de la calma con la que el italiano maneja la difícil situación. Hace entrar al vigilante de seguridad con una tranquilidad pasmosa sin dejar de apuntarle con la pistola en ningún momento.

—Nuria, querida, ¿porque no vas a la cocina y nos preparas un café? —me pide elevando las cejas mientras caminan hasta el sofá.

Le hago caso hasta cierto punto, porque me meto en la cocina, pero en lugar de preparar café, me quedo junto a la puerta sin poder apartar la vista del vigilante de seguridad y de Giovanni, que acaba de acercarse a la mesilla auxiliar y la ha utilizado para sentarse frente a él. Aníbal se levanta de su sitio con una calma que me deja de piedra, le entrega algunas cosas al Calabrés y viene hasta la cocina para quedarse a mi lado.

—Veamos—dice Giovanni dejando el arma a su lado y cogiendo unas hojas grapadas de las que Aníbal le ha entregado.

El italiano se chupa un dedo y empieza a pasar las hojas una a una mientras el vigilante lo mira con expresión de terror, la verdad es que parece un auténtico loco capaz de cualquier cosa.

—Ah sí, aquí estás. Miguel Ojeda ¿verdad? Claro que sí—se contesta él solo—fíjate.

El italiano gira la hoja hacia el vigilante, que todavía permanece con expresión de asombro al ver que Giovanni sabe su nombre, cuando mira la hoja que le muestra, de nuevo palidece.

—No les haga nada, se lo suplico, haré lo que me pida.

Miro a Aníbal aterrada exigiendo una explicación.

—No hay nada que el Calabrés no tenga previsto, previsto—dice encogiéndose de hombros.

Joder, la única vez que comprendería que Aníbal pareciera nervioso es esta, en cambio parece estar más tranquilo que nunca, ni siquiera ha tartamudeado, aunque lo de repetir la última palabra de cada frase no hay manera de quitárselo, imagino que será algún TOC.

—Que les haga daño o no depende de ti Miguel, tienes unas hijas muy guapas, imagino que habrán salido a su madre. En fin, te lo voy a explicar porque es muy fácil y estoy seguro de que lo entenderás. ¿Me prestas atención Miguel?

—Sí, le escucho—responde angustiado.

—¡*Bravissimo!* —exclama con los brazos en alto.

Joder, está más loco de lo que pensaba, no puedo dejar de mirar la pistola con el corazón encogido, temo que en cualquier momento la coja y decida pegarle un tiro al pobre hombre.

—Como ves Miguel, tengo información tuya y también de tus cuatro compañeros, así que lo mejor es que te olvides de que has estado aquí. Nosotros en algo menos de dos semanas nos habremos marchado, te doy mi palabra de que no provocaremos ningún desperfecto en la casa, sus propietarios la encontrarán tal y como la dejaron.

—Entiendo...—dice el hombre aturdido.

—Estoy seguro de que lo entiendes, pero para facilitarte esa labor, te voy a hacer una pequeña aportación por las molestias.

Giovanni le entrega un sobre bastante abultado, el hombre lo abre con los dedos temblorosos y cuando ve lo que hay dentro, podría jurar que hasta ha sonreído ligeramente.

—Ya sabía yo que llegaríamos a un acuerdo, porque sería una lástima que estás dos niñas tan bonitas sufrieran un accidente, ¿estamos?

—Estamos, daré parte a la central de que he venido y todo estaba en orden, me ocuparé personalmente de que ninguno de mis compañeros de los otros turnos se acerque por aquí.

Giovanni se gira hacia nosotros y abre los brazos con una enorme sonrisa.

—¿Lo veis? —nos pregunta—todo es cuestión de elegir las palabras adecuadas y una cantidad de dinero que no resulte insultante.

Tras eso, se pone en pie guardándose la pistola en la parte trasera de los pantalones y acompaña al vigilante hasta la puerta.

—¿Crees que cumplirá su palabra? —le pregunto a Aníbal mientras intento calmarme.

—Lo que había en ese sobre es más de lo que ese hombre cobra en medio año, por no hablar de que ante todo quiere proteger a su familia, no hablará, hablará—dice muy seguro, de nuevo sin tartamudear.

Es entonces cuando descubro que Candy está observándolo todo desde el pasillo.

Capítulo 12

Candy

Desde el pasillo, observo con asombro la facilidad con la que ha manejado el Calabrés la situación. Puto Giovanni, no esperaba menos de él, fiel a su leyenda lo tiene todo controlado, hasta el último detalle. Será un cabronazo, pero ya veo que es la persona ideal para planificar un golpe como este.

La pobre princesa está escondida detrás de la puerta de la cocina casi temblando, no me extraña ni un pelo, porque cuando he visto la pistola yo también me he acojonado. Si el vigilante de seguridad hubiese intentado algo estoy segura de que la hubiese usado. Menos mal que ha sido listo y ha hecho lo correcto, no tenía otra opción. El italiano es un tío muy peligroso, de fiar si estás a su lado, pero muy peligroso si estás contra él.

Cuando por fin cierra la puerta, cruzo el salón y voy directa hacia la cocina, cojo a Alejandra de la mano y tiro de ella con decisión, la pobre me sigue sin articular palabra, todavía sobrecogida por la intensidad de la situación.

Tiene la mano fría y todavía tiembla un poco de la impresión. Mientras salimos, instintivamente acaricio con mi dedo pulgar la palma de su mano para transmitirle una calma que sin duda le hace falta.

—Vaya situación ¿eh? —le digo una vez que estamos en un lugar seguro, lejos de sus oídos.

Sus ojos todavía reflejan el miedo, tiene la cara pálida y la respiración algo agitada.

—¿Crees que le hubiese disparado? —pregunta preocupada.

—Estoy casi segura de que sí—respondo encogiéndome de hombros—el Calabrés es un tipo bastante peligroso si te cruzas en su camino.

—Lo he pasado fatal joder, creo que nunca me ha bombeado el corazón tan rápido.

—No me extraña, lo de que saquen una pistola acojona bastante—le digo intentando quitar hierro—de todos modos, debes tener en cuenta que Giovanni ya parecía que tenía esto previsto.

—¿Tú crees? —pregunta algo aturdida.

—Estoy segura, tiene fama de ser un gran estratega, como si fuese un experto jugador de ajedrez capaz de ver más movimientos que su contrario. A ver, no sabría si iba a venir este vigilante de seguridad en concreto o alguno de sus compañeros, pero sabía que tarde o temprano, al ver movimiento en la casa se acabaría presentando alguno. No me extrañaría hasta que tuviese una copia de su protocolo de seguridad, Datos parece ser capaz de conseguir cualquier cosa que tenga un formato electrónico. Ya has visto que le dije que les había investigado a todos y sabía dónde tocar a cada uno para conseguir su propósito—le digo convencida.

—¿Cuánto hace que le conoces? —pregunta algo más tranquila, aunque dejándome descolocada.

—Le conocí un día antes de venir aquí...—comento desconcertada.

No entiendo el motivo de esa pregunta, precisamente ayer hablamos de esto.

—No me mientas justo cuando comienzo a fiarme de ti por favor, el otro día dijo que esa cicatriz se la hizo salvándote la vida, y tú hablas de él como si le conocieras de antes—dice molesta.

—No te miento, sé quién es de oídas, mis padres habían trabajado con él y puede que yo le viese alguna vez de pequeña, pero no lo recuerdo—digo nerviosa, no puedo quitarme de la cabeza

todo lo que ha pasado entre nosotras en las últimas veinticuatro horas y lo último que necesito ahora es que deje de confiar en mí y se aparte.

—¿Y esa confianza que parece que tienes con él?

—Yo que sé Alejandra, aunque te parezca increíble, estar con él me hace sentir en casa, él conocía a mis padres, a veces los nombra y por algún motivo eso hace que lo vea como a alguien familiar—digo nerviosa al darme cuenta de ese detalle.

—Vale perdona, me fío de ti Candy, es solo que estoy un poco agobiada con lo que acaba de pasar.

—Tranquila, aunque no te lo parezca todavía tengo el corazón laténdome en la garganta, cuando he visto el sobre he rezado para que el vigilante aceptara el soborno—confieso.

—Yo también, suerte que lo aceptó—replica Alejandra.

—Hizo muy bien, yo hubiese hecho lo mismo, no merece la pena jugarte la vida o la de tu familia por esto, y menos sabiendo que nos marchamos en menos de dos semanas. Tengo ganas de que esto se acabe—le confieso sin darme cuenta.

—Me alegra saber que tú solo estás con ellos de manera puntual, había momentos en los que estaba segura de que llevabas tiempo con ellos—dice mirándome fijamente.

—¡Ni de coña! ¿Tan mala me ves? —pregunto sonriendo.

—Un poco macarra sí que eres—responde más relajada.

—Puede que tú y yo nos criásemos en ambientes muy distintos princesa, pero no somos tan diferentes, yo solo busco poder vivir mi propia vida en paz, y creo que tú también buscas algo parecido. Si quiero empezar mi vida de cero tengo que ayudarles con esto, y cuando se acabe espero no volver a verlos nunca más—afirmo muy seria.

—Entonces ya somos dos, yo también quiero empezar de cero—me contesta sonriendo.

Se hace un pequeño silencio entre nosotras, uno que sin duda me encantaría romper con un beso, pero no es el momento ni el lugar, Giovanni podría vernos y una cosa es que me haya pedido que la mantenga vigilada y otra que me vea en actitud cariñosa con ella.

—¿Te ves en condiciones de ayudarme a practicar un rato? A ti te vendrá bien para quitarte el susto de encima, y yo necesito seguir memorizando esa pared—le digo señalándola con la cabeza.

—Todavía me tiemblan un poco las manos, pero no lo suficiente como para que no pueda asegurarte.

A pesar de la falta de desayuno me siento muy bien, como si me hubiese quitado un peso de encima al dejarle claro a la princesa que no tengo nada que ver con Giovanni. Mientras hago un pequeño descanso pienso sobre ello, es una tontería, me tendría que dar igual lo que crea de mí, pero me importa, en el fondo me importa mucho.

Al terminar la sesión de escalada estoy eufórica. Estoy haciendo grandes progresos, ya tengo claros los agarres y apoyos que voy a utilizar para subir, ahora solo tengo que memorizarlos y practicar como una condenada, ya que, pese a que ahora subo asegurada por Alejandra, son pasos muy difíciles, a algunos apenas llego y me tengo que impulsar, si en alguno de esos saltos no logro cogerme estaré jodida, lo estaremos todos.

Cuando Alejandra me baja, se acerca a mí con una amplia sonrisa y una botella de agua que el Calabrés ha traído mientras yo estaba en la pared.

—Hoy has estado increíble lagartija—me dice contenta—te movías a una velocidad alucinante, ya casi lo tienes.

—Vaya, gracias, lo de lagartija te lo estoy perdonando, pero a cualquier otra persona le reventaría los morros—le digo sonriendo.

—Lo mismo puedo decir de lo de llamarme princesa, pero si quieres no te lo llamo más— responde clavando sus ojos en los míos.

—No seas tonta, empieza a gustarme—digo como una boba, madre mía, Alejandra me está volviendo gilipollas, ahora solo me falta decir cursiladas para ser una enamorada de manual. No me jodas, ¿estoy enamorada?

—Deja que te ayude a quitarte el arnés, estarás agotada.

Apenas me da tiempo a abrir la boca para decirle que no hace falta cuando siento su mano rozar mi costado provocando que se me erice el pelo de la nuca. Creo que ella también se ha dado cuenta del efecto que ha provocado, porque la retira un poco avergonzada. Es un momento intenso, han sido solo unos segundos, pero suficientes para acelerar mi corazón.

Las dos nos quedamos mirándonos sin hablar. En otras circunstancias sabría muy bien lo que hacer, pero de nuevo me contengo porque estamos a la vista del italiano.

Muertas de calor, decidimos buscar la sombra del otro lado de la pared de escalada para sentarnos un rato y beber un poco de agua. La princesa sigue muy callada, pero cada vez que su mirada se cruza con la mía se me forma un nudo en la garganta. Este sería un buen lugar para besarla ya que la pared nos oculta por completo, pero ella parece pensativa y no sé si es un buen momento, puede que incluso no quiera, o que esté pensando en cómo decirme que no quiere que vuelva a suceder. Joder, no sabía que esa posibilidad me iba a provocar un pinchazo de ansiedad en el pecho.

—No pareces muy contenta con la sesión de hoy—dice de pronto.

—¿Eh?

—Cuando has bajado de la pared, has hecho la vía cuatro veces sin cometer un solo error, y aun así no parece alegrarte.

Bueno, me alivia pensar que lo que rondaba su cabeza sea esto y no la idea de mandarme a la mierda, que en el fondo tampoco sería muy descabellado teniendo en cuenta que ayer mismo todavía nos tirábamos de los pelos.

—Estoy contenta, pero subía asegurada Alejandra, tener la cuerda me da seguridad, cuando lo intente sin ella la cosa cambiará bastante te lo aseguro, es una vía muy difícil, los apoyos de los pies son mínimos y los agarres de las manos lo justo para hacer pinza con los dedos, no me podré permitir descansar ni un segundo, tendré que subir del tirón y sin cometer errores, por no hablar de la presión de que si no lo consigo todo el plan se irá a la mierda y tú habrás pasado por un secuestro para nada—digo del tirón.

—Si te sirve de algo, yo confío en ti y en tus posibilidades, además, ya has visto que Giovanni lo tiene todo planificado al milímetro, no te hubiese escogido si no creyese que eres capaz de hacerlo. Y en cuando a mi secuestro, bueno, no está siendo tan malo Candy—dice con esa sonrisa que tanto me gusta.

—¿Sabes que es la primera vez que me llamas Candy?

No responde, solamente sonrío con más ganas y me mira a los ojos.

—¿Sonrías porque te he llamado por tu nombre? —pregunta curiosa.

—Bueno, técnicamente tampoco es mi nombre, Candy viene de candado, es mi alias. A mis padres se les conocía como los Candado, se dedicaban a reventar cajas fuertes—confieso haciendo una mueca ante su cara de asombro—mi verdadero nombre es Carla.

—Vaya, ¿y cómo prefieres que te llame con tanto nombre?

—Tú, lagartija—le respondo tras pensarlo unos instantes.

De nuevo un silencio que me parece una eternidad, hasta que Alejandra se acerca un poco más, su pecho se eleva con cada respiración y mi corazón empieza a latir con fuerza mientras todo

parece transcurrir a cámara lenta entre nosotras.

—¿Quieres que te bese lagartija? —susurra casi en mi boca.

—Aha—asiento, a la vez que ella coloca las manos a ambos lados de mi cara y me besa con una profundidad que me marea.

Esta vez su lengua entra en mi boca y explora con calma cada uno de sus rincones mientras yo me dejo hacer, completamente atontada por el efecto que me produce y por todas esas sensaciones que mayoritariamente desconozco y que no sé cómo controlar. Mis manos se posan sin permiso en su cintura y acaricio sus costados con intensidad a la vez que también profundizo el beso y dejo que mi lengua se encuentre con la suya en un baile ardiente que nos deja sin aliento.

—¿Alejandra? ¿Candy? —oímos de pronto al italiano.

Ambas nos separamos como si nos hubiésemos electrocutado y nos quedamos sentadas intentando controlar la respiración.

—¡Aquí detrás! —le grito.

Al momento aparece a nuestro lado con cara de circunstancias.

—¿Qué hacéis aquí?

—Buscábamos algo de sombra—contesta Alejandra.

—*Bene, bene*—dice como si espantara una mosca—solo quería decirte que la próxima vez que suene el timbre no abras la puerta ¿caspicie?

—Pensaba que era tú—dice algo nerviosa.

—No es una reprimenda Alejandra, te agradezco el detalle, pero no vuelvas a hacerlo, es por tu seguridad y la de todos—asegura, y tras eso se marcha.

—Creo que deberíamos entrar lagartija—comenta más calmada mientras se pone en pie y me tiende una mano.

—Estoy de acuerdo, pero antes quiero preguntarte algo—digo aceptando su mano y poniéndome en pie frente a ella.

—Dime.

—Antes, cuando has abierto y te has encontrado al vigilante de seguridad, esa sí que era una buena oportunidad para escapar Alejandra, podrías haberle dicho que estabas secuestrada y después acudir a la policía para que protegieran a tu niñera, pero no has hecho nada y necesito saber el motivo.

—¿Te digo la verdad?

Yo afirmo con la cabeza impaciente.

—He pensado en pedirle ayuda, pero ni yo misma sé porque no lo he hecho lagartija, quizá sea porque en el fondo deseo que le robéis a mi padre, que tenga un poco de su propia medicina, y tal vez, no sé, puede que tú también hayas tenido algo que ver—confiesa elevando la mirada al cielo en el último momento.

—¿Yo? —pregunto perpleja, con el corazón danzando por mi cuerpo.

—He dicho tal vez, no te emociones—comenta como si no fuese importante.

—Vente conmigo.

—¿Cómo? —pregunta mirándome con atención.

—Cuando esto acabe, vente conmigo, tendremos medio millón de euros por cortesía de tu padre, es justo que tú disfrutes de ellos. Con esa cantidad podemos empezar de cero en cualquier sitio, piénsatelo.

Alejandra se queda paralizada ante mi propuesta, sé que no me ha dicho que sí, pero tampoco me ha dicho que no.

Capítulo 13

Candy

Me levanto con una extraña idea rondando por la cabeza, no sé de dónde ha salido, pero desde que he abierto los ojos no dejo de pensar en la opción de que la princesa no sienta lo mismo por mí, y eso me empieza a acojonar bastante, porque yo estoy bastante pillada.

Ayer me acosté flotando en las nubes, joder, hasta he soñado con ella. Estábamos solas en una playa solitaria, caminábamos por la arena a orillas del mar, la brisa marina en mi cara parecía tan real que casi pensé que era verdad. En cambio, al despertarme, me han asaltado un millón de dudas. Mierda, es que me dijo que ella estaba enrollándose con un tío, ni siquiera sé si le gustan las mujeres. ¿Y si tiene el Síndrome de Estocolmo y por eso está conmigo?

Joder, es que me paro a pensarlo y nada cuadra. ¿Dónde encajaría yo con sus amigas de la alta sociedad? En sus mansiones con sus coches caros, yo que solo tengo una vieja scooter a punto de romperse para siempre y vivo en una ratonera. ¿Y si no tiene la mierda esa del Síndrome de Estocolmo y soy un capricho para ella? Quizá un entretenimiento para pasar la semana y media que nos queda en esta jodida casa, algo que la ayude a llevar mejor los días.

Me paso toda la mañana con la misma cantinela, con las putas dudas taladrándome el cerebro. Quiero pensar que no es así, en el fondo sé que ella también siente algo, pero después de lo que me contó del secuestro no puedo dejar de darle vueltas, quizá haya desarrollado hacia mí el síndrome de Estocolmo, ese en el que la víctima se siente agradecida a su secuestrador por no haberla matado.

Y encima cojo y le digo que se venga conmigo cuando le robemos el dinero a su padre, que tendremos medio millón de euros para las dos. ¡Qué ingenua soy, joder! En el caso de que no sufra ese síndrome, la princesa es una tía que lo tiene todo, que está acostumbrada a todo tipo de lujos, ¿en qué momento se me ha ocurrido pensar que se va a escapar con alguien como yo? seguro que ese dinero se lo gasta en viajes y ropa cada vez que se le antoja.

Candy, céntrate un poco joder. Escala la jodida pared, coge el dinero y corre lo más lejos que puedas, ya habrá otras mujeres esperando donde vayas. De nuevo, su cara de sorpresa junto a sus ojos iluminados mientras se lo proponía vuelven a mi mente, también su sonrisa, los besos...

Pierdo el agarre otra vez y me caigo dando una fuerte sacudida que Alejandra controla de inmediato.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —pregunta mirándome con incertidumbre.

—Sí, tranquila, no ha sido nada.

No sé cuántas caídas llevo ya, ayer lo tenía todo controlado y hoy no doy una, tengo que concentrarme y quitarme esta estúpida idea de la cabeza o me acabaré matando.

—Lo dejamos por hoy, voy a bajar—le digo a la princesa, que me sigue mirando desconcertada.

—Apenas has entrenado, no pasa nada por tener algún fallo lagartija, hay días mejores y otros peores—afirma intentando animarme.

Me limito a negar con la cabeza dando por finalizada la sesión definitivamente. Recogemos el material sin mediar palabra, cada una con sus pensamientos.

—¿Te apetece un poco de piscina? —pregunta mientras acabo de meter el material en la bolsa.

—Hoy no—respondo tajante.

A continuación, entro en la casa directamente a la habitación y me encierro en el baño un buen rato para darme una larga ducha mientras la princesa se queda en la piscina haciendo unos largos.

El resto del día intento poner todas las excusas que puedo para no estar a su lado. Le comento a Giovanni que tengo una ligera molestia en la muñeca izquierda y que me convendría descansar esta tarde. Como era de esperar, no me pone pegas preocupado en que la hipotética lesión pueda ir a más y le pide a Aníbal que se encargue de conseguir una buena muñequera y crema antiinflamatoria.

Inexorable, el tiempo pasa y llega la noche, y con ella la obligación de compartir habitación con la princesa. A falta de una excusa mejor, le digo que estoy muy cansada y me meto en la cama con los cascos de música puestos, también por cortesía de Aníbal.

—Candy, ¿puedo hablar contigo? —pregunta unos minutos después, quitándose un auricular del oído e interrumpiendo la canción.

Mierda, esto ya me lo veía venir, aunque de todos modos es mejor coger el toro por los cuernos y enfrentarme a ello. Cuanto antes dejemos las cosas claras mucho mejor.

—Me has llamado Candy, debe de ser algo muy importante—respondo con gesto algo cínico.

—Si es importante o no me lo tendrás que decir tú—afirma muy seria, sentándose en el borde de su cama.

—¿Y eso?

—No te hagas la tonta que no te va nada, llevas todo el día tratando de evitarme y me gustaría saber qué es lo que pasa—insiste elevando una ceja.

—Es que no pasa nada—aclaro tratando de quitarle importancia.

—No me vengas con gilipolleces a estas alturas, por favor. Si es algo del italiano me gustaría que me lo contases, y si es por mí con más motivo. Si tienes algún problema no quiero que me excluyas—aclara con preocupación en su mirada.

—No creo que quieras ser parte de mis problemas—respondo cortante.

—Pues a lo mejor sí que quiero.

—¿Por qué no empiezas tú por tus secretos? Como por ejemplo lo del miedo a quedarte a oscuras, porque lo del apagón no me pareció una reacción muy lógica, y que entrase Giovanni a preguntar si estabas bien mucho menos—pregunto intentando desviar la conversación a un terreno que me favorezca.

—Pues mira, ya que lo preguntas te lo voy a contar, para que veas que yo sí que estoy dispuesta a sincerarme contigo—suelta como un dardo que no tengo más remedio que tragarme—cuando esos dos idiotas me secuestraron, lo primero que recuerdo es que se había quedado todo sin luz, luego me dieron un fuerte golpe en la cabeza y, una vez aturdida me hicieron inhalar algún producto que me dejó inconsciente, o quizá ya estaba inconsciente del golpe y luego ese producto lo agravó, no lo sé, el caso es que solamente tengo recuerdos vagos de ese día, y al apagarse la luz de repente la otra tarde, sentí que regresaba a aquel momento y me asusté—responde agitada.

Durante unos segundos la miro sintiéndome mal, a veces soy realmente gilipollas y egoísta, no me había parado a pensar en cómo debió sentirse y el miedo que le tuvo que producir aquella situación hasta ahora.

—Perdona princesa, no era mi intención hacer que lo recordaras todo de nuevo—me disculpo de forma sincera.

—No pasa nada lagartija, tampoco yo me imaginaba que a partir de ahora iba a relacionar la

oscuridad repentina con ese hecho.

Asiento y hago una mueca, no sé qué más decir al respecto.

—No sé por qué estás tan distante conmigo Candy—dice volviendo al tema inicial de la conversación—ayer, detrás de la pared de escalada, empecé a ser consciente de que lo que siento por ti es muy real, con eso no quiero decir que el día en el que tiré la botella de vino no sintiese nada, porque te aseguro que sí, pero lo de ayer fue mucho más profundo. Tú parecías estar igual que yo, te molestó tanto como a mí que nos interrumpiese el italiano, ¿me equivoco?

Me limito a negar con la cabeza, esta confesión sí que no me la esperaba.

—Me pasé toda la noche pensando en lo que me dijiste de marcharme contigo tras el golpe, sé que es una locura, pero el simple hecho de que me lo propusieses me ha tenido toda la noche en vela. Me demostraste que te importo de verdad, y de repente hoy me evitas y no sé por qué, y eso me está volviendo jodidamente loca, quiero saber qué coño te pasa.

Mierda, me da la impresión de que estamos los dos iguales, y esto hay que aclararlo porque no puedo pasarme la semana y media que nos falta huyendo de una mujer a la que sin duda deseo, sería absurdo.

—No sé muy bien qué contestarte la verdad, lo que te dije ayer de escaparte conmigo era en serio, lo sentí de verdad y lo sigo sintiendo—respondo sin encontrar las palabras adecuadas.

—Y entonces, ¿qué es lo que ha cambiado hoy? ¿por qué estás tan distante? —me pregunta intentando comprender.

—Hay algo que no puedo quitarme de la cabeza Alejandra, algo que me ronda desde que me he levantado y que me preocupa mucho.

—¿Respecto a mí?

—Sí.

—Pues dime lo que es y te diré si realmente debes preocuparte o no—exige muy seria.

—Vas a pensar que soy imbécil—digo aturrida.

—Joder Candy, pensaré que eres imbécil si no me lo cuentas.

—Verás—empiezo a decir algo nerviosa—tú sabes lo que es el síndrome de Estocolmo ¿verdad?

—Claro, ¿qué tiene eso que ver...? Oh joder, ¿en serio Candy? ¿De verdad piensas que estoy contigo porque tengo el síndrome de Estocolmo? —adivina con sorpresa.

—Yo que sé Alejandra, podría pasar dada tú situación—digo encogiéndome de hombros.

Alejandra se coloca ambas manos cubriendo la nariz y la boca y me mira mientras niega con la cabeza.

—A ver lagartija, vamos a dejar una cosa muy clara ¿de acuerdo? Tú no me has secuestrado, lo hicieron ellos dos—dice señalando la puerta como si estuviesen al otro lado—y debes reconocer que lo mío tampoco es un secuestro muy normal, fue secuestro cuando me sacaron de mi casa y me trajeron aquí, pero después, se podría decir que Giovanni y yo llegamos a una especie de pacto, bajo amenazas, pero un pacto.

—De acuerdo—digo abochornada.

—De acuerdo nada, quiero que tengas claro que todo lo que ha pasado entre tú y yo es porque me gustas, porque empiezo a sentir cosas por ti que cada vez son más intensas ¿lo entiendes?

—Sí—afirmo sin poder borrar de mi cara una expresión de infinita felicidad.

—Bien, entonces aclarado, así que deja de evitarme de una vez.

—Prometido—digo alzando una mano—te repito lo que te dije ayer de escaparte conmigo, siento cada una de las palabras que pronuncié, me gustaría mucho. Yo podría trabajar de guía de

escalada y tú de lo que hayas estudiado, que ni siquiera me lo has dicho—le digo a modo de pregunta.

—Estudié derecho, pero nunca he ejercido, lo que de verdad me gustaría es ser escritora. Tengo una novela a medias que me gustaría terminar—responde con un destello de ilusión en los ojos.

—Joder, eso es una pasada Alejandra, siempre me ha parecido difícilísimo escribir un libro. Y más a mi favor para que te vengas conmigo, no tienes un trabajo que te ate—me sorprende a mí misma exclamando emocionada.

—Es una idea descabellada lagartija—afirma negando con la cabeza.

—Ven, siéntate aquí a mi lado—le pido dando unos pequeños golpes con la palma de la mano sobre el colchón.

Para mi sorpresa, Alejandra no se sienta en la cama, sino que se mete dentro de ella recostándose a mi lado, un cosquilleo recorre todo mi vientre al sentirla tan cerca, pero cuando su pie se cuela entre los míos siento que se me escapa el corazón.

—Tienes los pies fríos lagartija—susurra mientras acaricia la piel de uno de ellos con el suyo.

—Los pies, las manos y el culo, no lo puedo evitar—le respondo.

Alejandra sonrío. ¿Puedes enamorarte de una sonrisa? Debo de estar haciéndome mayor porque esa sonrisa me derrite y consigue que baje las barreras de manera inmediata. No soy precisamente enamoradiza, pero su sonrisa es tan sincera que me convierte en plastilina, transmite tanta paz y tanta serenidad, que querría pasar toda la vida junto a ella solo para verla sonreír.

—Parece que ya estás menos tensa—afirma al tiempo que retira un mechón de pelo de mi frente.

No le respondo, mi mente se concentra en el reverso de su mano mientras acaricia mi mejilla con una suavidad infinita. Sin hablar, pega su frente a la mía y cuando sus dedos empiezan a recorrer mi cuello sé que tengo que escaparme con ella en cuanto se termine todo esto.

—Alejandra, lo que te dije ayer de...

—Shhh—susurra tapando mi boca con su dedo índice sin dejarme terminar la frase—no hables.

Una de sus manos juega con mi pelo mientras la mía acaricia su costado arrancando un pequeño suspiro de su boca. Se retira ligeramente y, sonriendo, me lanza un beso antes de subirse sobre mí y cubrir mi cuerpo con el suyo. Mi corazón está a punto de detenerse cuando siento nuestros pechos rozarse bajo la tela del pijama, a continuación, cubre mi cuello de pequeños besos que van desde la clavícula hasta detrás del lóbulo de mi oreja, al sentir su aliento dejo escapar un pequeño gemido.

—Shhh—vuelve a repetirme, cubriendo mi boca de nuevo con su dedo índice.

Con el dedo todavía en mi boca y provocándome un hormigueo incesante, recorre mis labios y dibuja su contorno, retirándolo con suavidad cada vez que intento besarlo. Me está volviendo loca de deseo, muevo las caderas sintiendo su peso sobre mi cuerpo, haciendo que la cama chirrié al movernos. Alejandra se queda muy quieta, indicándome con la cabeza que no haga ningún movimiento para evitar el ruido.

Mi respiración se acelera cuando desabrocha dos botones de mi pijama descubriendo la parte superior de mi pecho. Sus suaves manos recorren el lateral de mi cuello y mi clavícula con tanta sensualidad que parece que me acaricia con el alma.

Muevo de nuevo las caderas, levantando su cuerpo y provocando otro crujido de la cama. Las dos nos mantenemos quietas por unos momentos hasta que Alejandra se ríe y sale de encima

de mi cuerpo para quedarse pegada a mi lado.

—Tenemos que buscar una solución a los crujidos estos de la cama—me dice susurrando al oído y haciendo que se me ericen los pelos de la nuca.

Tras recorrer mi cuello con la punta de la lengua se incorpora de nuevo y uno a uno desbrocha cada botón de mi pijama.

Muerde su labio inferior en un gesto de deseo, su respiración se intensifica mientras sus manos recorren mis costados hasta llegar a los hombros. Coge mi mano derecha y la besa, su cálida lengua sobre mi muñeca arranca un nuevo gemido de mi boca. Esta vez no se detiene y sigue cubriendo el interior de mi brazo de pequeños besos, deleitándose en la parte de atrás del codo.

Suspiro al sentir sus labios rozando la delicada piel, mis manos recorren sus muslos mientras ella sigue besando mi brazo hasta llegar a la axila. Creo morir cuando se desprende de la parte de arriba de su pijama y deja al descubierto unos senos perfectos.

Mis manos buscan sus nalgas cuando la jodida cama emite un nuevo crujido. Alejandra se tumba a mi lado, su piel abandonando la mía, dejando un vacío que me desconsuela.

—Hay que parar, nos van a terminar pillando—me dice contrariada, justo cuando escuchamos a Giovanni gritar que dejemos de hacer el tonto.

Con un suspiro de rendición, la princesa apoya su cabeza sobre mi pecho tras un pequeño beso sobre mi pezón derecho que hace que una corriente eléctrica recorra mi cuerpo hasta los dedos de los pies.

—Escápate conmigo Alejandra—susurro mientras acaricio su melena.

—¿Dónde iríamos y de qué viviríamos? —responde sin levantar su cabeza de mi pecho.

—A cualquier sitio, donde tú quieras. Yo trabajaría como guía de escalada y tú podrías terminar tu novela. Tendríamos medio millón de euros para empezar de cero, cortesía de tu padre —afirmo segura.

—Estás loca lagartija—contesta en tono divertido.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un “estás loca” pero no es un “no” lagartija.

—¿Y quedarte esta noche en mi cama?

—Eso es un sí—responde con un nuevo beso sobre mi pezón—pero solo dormir, el Calabrés ya nos ha dado el toque una vez y conociéndole sabes que a la siguiente entra sin llamar.

—Que tortura—me quejo haciendo una mueca.

—Si quieres me voy—propone elevando una ceja desafiante.

—Si te vas me romperás el corazón—bromeo.

—Serás dramática—sonríe robándome un beso.

Capítulo 14

Candy

Una mano cálida recorre mi espalda desnuda, es una caricia leve y sutil, un roce lento con la yema de los dedos, tan maravilloso que no me atrevo a abrir los ojos y descubrir si es real o sigo soñando. Se desliza por la curva de mi espalda recorriendo la columna vertebral hasta detenerse en mi coxis antes de realizar de nuevo el mismo movimiento a cámara lenta.

—Umm—es todo lo que soy capaz de decir mientras abro los ojos con pereza.

—Buenos días lagartija, son las ocho de la mañana—susurra la princesa cerca de mi oído, para a continuación besar mi nuca.

—No me importaría que me despertases así todos los días de mi vida—le digo estirando los músculos.

—Por las mañanas te estiras como un gato, nunca te lo había dicho, pero me vuelve loca—vuelve a susurrar sin dejar de acariciar mis hombros.

—¿No podría saltarme el desayuno? —pregunto aun conociendo la respuesta.

—Ya sabes que no lagartija. Por mí te dejaría dormir todo el día, pero no puede ser, el italiano quiere verte en pie a las ocho. Lo que les dicen a los niños es verdad; el desayuno es la comida más importante del día, así que arriba dormilona—exclama tras darme una palmada cariñosa en el hombro.

—Jodido italiano, qué más le dará empezar un poco más tarde—protesto mientras me estiro de nuevo.

—Es por el calor, ya lo sabes, a las doce habrás terminado y podemos darnos un baño juntas.

—¿En la bañera? —pregunto con picardía.

—En la piscina, idiota—responde con un nuevo beso en la nuca y levantándose de la cama.

Me giro y me detengo a observarla mientras se quita el pantalón del pijama para ponerse unos vaqueros. Es jodidamente preciosa.

—¿Te vas a quedar ahí mirando mientras me visto? —Pregunta ladeando la cabeza.

—Preferiría mirarte mientras te desnudas, pero no está nada mal de todos modos—le respondo guiñando un ojo.

Alejandra se acerca muy despacio y besa mi frente mientras desliza sus dedos desde mi mejilla hasta el escote y cubre con su mano uno de mis pechos. Suspiro al sentir mi pezón endurecerse bajo el tacto y el calor de su piel.

—No veas cómo me dejaste ayer—sonríe retirándose de nuevo.

—¿Yo a ti?

—Se lo decía a la cama—responde mientras me lanza un beso—espabila lagartija, que se hace tarde.

Mientras me lavo la cara con agua fría para intentar despertarme del todo, pienso en lo mucho que puede cambiar mi vida si esto sale bien y en que cada vez me parece mejor idea escaparme con la princesa a algún país lejano.

A pesar de haber dormido menos que el resto de los días, parezco tener alas sobre la pared, nada que ver con la sesión del día anterior, hoy no pierdo ni un agarre, veo cada paso con una claridad asombrosa, tanto, que antes de finalizar el entrenamiento consigo llegar relativamente

fácil a la repisa de la ventana y sentarme sobre ella.

—Síííí—exclama la princesa desde abajo.

Me quedo un buen rato sentada intentando recuperar fuerzas pero, sobre todo, disfrutando del logro. Desde aquí arriba la finca parece diferente, me fijo por primera vez en los grandes árboles cerca de la zona de hamacas de la piscina y en los pájaros que revolotean a su alrededor. Es casi mediodía y el sol me abrasa sin compasión, noto las gotas de sudor resbalando por mi espalda y mi frente.

Alejandra me baja relativamente rápido y cuando ambas nos quitamos los arneses, viene hacia mí y me da un abrazo llena de alegría, como si ya hubiésemos conseguido dar el golpe, desconociendo que esto es solamente el principio y que la verdadera dificultad y, sobre todo el peligro, empieza a partir de ahora.

Decido cortar un poco antes de tiempo el entrenamiento para quedarme con una imagen positiva en mi mente y aceptar la propuesta de la princesa de un baño refrescante en la piscina, me vendrá bien para descargar los músculos de cara al entrenamiento de esta tarde, además de darme la oportunidad de disfrutar del chapuzón con ella. Sin embargo, nuestros planes no coinciden con los del italiano.

—*Niente* piscina—dice caminando hacia nosotras cuando nos estamos quitando la ropa—tenemos todavía mucho trabajo que hacer.

Le miro con cara contrariada mientras observo por el rabillo del ojo a la princesa recoger sus cosas y dirigirse muy seria hacia la casa.

—Tú puedes bañarte si quieres, *ragazza*, es Candy la que tiene trabajo que hacer—exclama el italiano dirigiéndose a Alejandra.

—No importa, se me han quitado las ganas—contesta ella sin dignarse a dirigirle una mirada.

Llena de impotencia, la observo caminar hacia la casa en sujetador con la camiseta enrollada en su mano.

—*Vieni qui*—me dice haciendo una seña con la mano para que le siga.

Me lleva hasta una zona del jardín cubierta de grandes árboles donde, para mi sorpresa, Aníbal ha dispuesto cinco ventanas. Los miro sin saber muy bien qué decir mientras vuelvo a ponerme la camiseta ante la mirada indiscreta que me dedica informático.

—¿Y esto? —pregunto con curiosidad.

—¿Has cortado vidrio alguna vez? —inquire el italiano.

—No, nunca—respondo sorprendida.

—Pues hoy vas a aprender, esto es un cortador circular de vidrio, justo el que tendrás que utilizar el día del golpe—dice sacando un extraño aparato de una bolsa y entregándomelo.

Lo cojo entre mis manos y lo observo antes de ser sobresaltada por la bronca que le cae al informático.

—¡Aníbal, a tus ordenadores! Y deja de mirar a Candy—le reprocha.

—Sí, jefe, jefe—contesta el informático bajando la cabeza y dirigiéndose hacia la casa.

Lo cierto es que ya ni me ofende que Aníbal me mire, sé que no lo puede evitar y que no voy a tener ningún problema con él. No es como al principio cuando llegamos a esta casa, que no sabía lo que podía esperar de cada uno. De todos modos, no le volveré a ver nunca más en cuanto todo esto se acabe, lo que no me esperaba es que la bronca siguiese conmigo.

—Y lo de las miradas va también por ti, Candy. *¡Ma che cazzo!* No sé lo que pasa en esta casa, Aníbal te mira a ti, tú no quitas los ojos de Alejandra, questo sembra una reunión de adolescentes. Estamos preparando un golpe importante y no quiero distracciones. No me gusta

nada como se te van los ojos cada vez que ves a la *ragazza*—alega en tono muy enfadado.

Me muerdo la lengua para no echarle en cara su forma de mirarla durante las comidas.

—No la miro de ninguna manera—le miento.

—¡No ves que solo puede traerte problemas! Tu labor es muy peligrosa, no puedes permitirte ni el más mínimo fallo o todo el golpe se irá al traste—me dice gesticulando con las manos.

—Por no hablar de que yo podría morir en la caída—le respondo cansada de que pongan siempre el golpe por encima de mi vida.

—*¡Santa Madonna!* Vamos a centrarnos todos en nuestro trabajo el tiempo que queda, no quiero ninguna distracción.

—Giovanni aclárate, me pediste que le echara un ojo a Alejandra y cuando lo hago te enfadas por ello—respondo mordaz ante su mirada atónita—puedes quedarte tranquilo, entre ella y yo no hay nada, pero tengo ojos en la cara, no es culpa mía que la princesa esté buena—digo encogiéndome de hombros para quitarle importancia.

—*Va bene*, pero te advierto que no quiero tonterías entre los miembros del equipo. Esto es muy importante, no será fácil y todos debemos estar al cien por cien.

—Por mí sin problema—respondo con cara seria.

Tras la pequeña bronca, el italiano pasa a explicarme lo que tendré que hacer para cortar el cristal de la ventana una vez que escale la pared. El funcionamiento del cortador de vidrio no parece demasiado complicado, pero es algo con lo que tendré que cargar cuando esté escalando, y aunque no pesa mucho, cualquier elemento extra teniendo en cuenta que subiré a pelo, aumenta el riesgo de caída.

El aparato me recuerda a un compás de cuando iba al colegio, solo que en vez de tener una punta de acero tiene una ventosa circular que debo fijar al cristal. Esa ventosa estará en el centro del círculo a cortar, desde ahí, sale una varilla metálica de color dorado que hace de guía para la rueda de diamante que corta el vidrio. Esa rueda se puede mover a lo largo de la varilla dependiendo de si queremos un mayor o menor diámetro de corte.

Acuerdo con Giovanni que lo mejor es llevar ya fijado el diámetro para no perder el tiempo ajustando la tuerca de la rueda.

—Bueno, no parece tan difícil—comento mientras lo observo detenidamente.

—No te dejes engañar por lo que ves en las películas *bella*, no es tan fácil, para que la rueda de diamante se vaya lubricando durante el corte, tendrás que echar parafina líquida en el cristal.

—¿Tengo que subir más cosas? —pregunto torciendo el gesto.

—Es muy poca la cantidad que te hace falta, la meteremos en un bote muy pequeño, esto no te supondrá nada, no te preocupes—resuelve para variar.

Llega el momento de hacer la primera prueba sobre una ventana. De pie sobre el césped del jardín y a la luz del día debería ser fácil, pero cuando demos el golpe la cosa se complicará bastante más, no solo porque habrá menos luz y estaré en una posición bastante incómoda que no me permitirá moverme como debo, sino porque sé que también estaré muy nerviosa, por mucho que me guste escalar, será la primera vez que cometo un delito.

—Podrás cortar todos los cristales que necesites hasta dominar la técnica con facilidad—comenta Giovanni al ver mi cara de preocupación mientras observo el cristal—adelante, prueba.

Coloco la ventosa en el cristal de manera que cuando retire el corte pueda llegar fácilmente con mi mano a la manilla que abre la ventana, echo la parafina en el cristal y empiezo a mover la rueda de diamante que cortará el círculo de vidrio. Al terminar, tiro de la ventosa y no pasa nada,

no me atrevo a tirar más fuerte porque el día del golpe, sentada sobre la ventana, podría caerme hacia atrás.

—Esto no funciona—digo mirando a Giovanni con desesperación.

—Presiona la rueda de diamante más fuerte, pero no tan fuerte como para romper la ventana con tu peso y que los cristales caigan en el despacho—responde sin inmutarse.

Observo el cristal antes de seguir cortando, puedo ver el círculo perfecto que la cuchilla ha dibujado sobre él, pero he debido cortar nada más que las capas superficiales. Lo vuelvo a intentar con más fuerza y veo una sonrisa en la cara del italiano.

—Fíjate bien ahora—me dice señalando el círculo—está casi todo bien cortado, pero hay zonas que no lo están por completo, ¿lo ves?

Me fijo un poco más y, efectivamente veo zonas con pequeños puntos sin cortar.

—Debes repararlo con un cortador Toyo—me dice acercándome una especie de lápiz gordo con una cuchilla en la punta.

—¿Vas a darme algo más? —pregunto sin apartar la vista del círculo.

—Deja de hablar y concéntrate.

Vuelvo a pasar ese cortador sobre el corte inicial, repasando mejor los puntos en los que observo que no ha cortado bien hasta que pienso que todo está correcto.

—¿Y ahora? —pregunto al italiano.

—Tira con fuerza, pero con cuidado—responde como si llevase haciéndolo toda la vida.

La ventosa tiene una especie de pomo para agarrarla que además, sirve para asegurarla al cristal haciendo vacío. Tal y como me acaba de decir el Calabrés, al tirar de ella sale el círculo de cristal que acabo de cortar, pero hago demasiado ruido como para no llamar la atención.

—Más suave—dice Giovanni—se enterará toda Barcelona si tiras así. Debes ir tanteando, tirando poco a poco, *molto atentamente*.

La segunda ventana que corto sale un poco mejor, y ya a partir de la tercera puedo observar la cara de satisfacción del italiano al ver que corto los vidrios en relativamente poco tiempo y sin hacer demasiado ruido.

—Montaremos otras cinco ventanas para esta tarde—señala Giovanni—cortarás cinco por la mañana y cinco por la tarde todos los días, más si lo necesitas, hasta que puedas hacerlo con los ojos cerrados.

Asiento con la cabeza al ver que incluso parece un poco emocionado.

—Has estado *bravissima* Candy, lo llevas en los genes—afirma con gesto de aprobación.

Al escuchar su comentario me quedo con ganas de preguntarle qué es lo que quiere decir, pero no soy capaz de decidir si quiero escuchar alguna historia de mi familia o no. Me apetece por un lado, aunque me han causado tanto daño que casi prefiero seguir viviendo en la ignorancia.

Lo que sí me parece un buen momento es para pedirle que me cuente la historia de su cicatriz. Desde que mencionó en aquella cena que había sido por mí me tiene totalmente intrigada.

—Giovanni, ¿tendrás ahora un rato para contarme lo de tu cicatriz? Me has dicho que me lo contarías cuando estuviésemos solos—le digo aprovechando su aparente buen humor en estos instantes.

—*Ma certo*, seguramente no lo recuerdes, eras muy pequeña, creo que acababas de cumplir cuatro años. Estaba en casa de tus padres cenando, tu madre era una cocinera excelente, por cierto. Habíamos dado un buen golpe juntos y era el momento de repartir el dinero, con nosotros estaba un hombre de origen albanés, Bashkim. Tenía un gran futuro en el gremio, pero se fue perdiendo por las drogas y el alcohol, en fin, una pena. El caso es que Bashkim tuvo que disparar a una persona en ese golpe, en nuestra defensa diré que era algo que no estaba previsto y no

necesitas saber los detalles.

Le escucho perpleja tratando de recordar si le había visto alguna vez por casa, pero era tan pequeña que soy incapaz de hacerlo.

—En esa cena el albanés bebió un poco más de la cuenta y reclamó una parte más grande por haber tenido que disparar, tu padre estaba en el baño en ese momento y tu madre en el lado opuesto de la mesa, te aclaro esto porque cuando se lo negamos, se puso algo violento con la mala suerte de que tú pasabas en ese momento por allí. Te cogió y te puso un cuchillo en el cuello amenazando con degollarte si no aumentaba su parte. Tu madre se levantó de un salto con el rostro desencajado por el miedo, pero yo estaba más cerca, así que acudí en tu ayuda, forcejeé con él ganando tiempo hasta que tu padre llegó y te arrancó de sus brazos, tú saliste ilesa y yo recibí este corte—dice señalando la tremenda cicatriz que recorre su cara.

—Supongo que tengo que darte las gracias—digo algo turbada.

—*Non ringraziarmi*, soy yo el que tiene que dártelas, esta cicatriz me hizo más temible de lo que ya era entonces, y eso en mi mundo querida Candy, es el mayor de los poderes—comenta orgulloso.

Ruedo los ojos, me parece increíble que algo así le parezca maravilloso.

—¿Qué pasó con el tal Bashkim? —pregunto sin poder apartar mis ojos de la cicatriz.

—Unos amigos de Palermo le hicieron una visita y nunca más he sabido de él—responde encogiéndose de hombros.

Decido no preguntar más porque no creo que Bashkim siga en el mundo de los vivos y necesito un tiempo para procesar que estuvieran a punto de degollarme con cuatro años.

—*Andiamo!* —me dice—es hora de comer.

—Ya sé que no quieres, pero me temo que sí que es necesario que te dé las gracias, con cuatro años no creo que me apeteciera mucho morir en manos de un albanés—aseguro encogiéndome de hombros.

—Yo solo estaba más cerca *bella*—dice quitándole importancia—te aseguro que si llega a ser tu madre la que llega a él primero, le habría arrancado los ojos allí mismo.

Capítulo 15

Candy

El buen humor de Giovanni se esfuma poco después de terminar la comida, parece que ha llegado la tormenta perfecta; primero el cielo se cubre de nubes y amenaza con dejar caer sobre nosotros un buen chaparrón, con mi típica mala elección del momento adecuado para decir las cosas, le recuerdo al italiano que si llueve no puedo escalar, lo que le deja muy serio y callado durante un buen rato, mirando al cielo sin cesar mientras intenta buscarle una solución a algo que está claro que no la tiene.

Sin embargo, lo que remata su humor es una llamada que recibe sobre las cuatro de la tarde. Habla con alguien en italiano y pronto empieza a ponerse muy agitado, mezclando tacos en español y en su idioma. Nada más colgar el teléfono señala a Aníbal con cara muy seria y le indica que quiere hablar con él, con otra seña nos envía a nuestra habitación como si fuésemos niñas pequeñas para que no escuchemos nada.

Como no parece que estén las cosas para andar jugando, ambas vamos sin rechistar, aunque nos quedamos pegadas a la puerta para ver si podemos sacar algo más de información. La princesa estuvo un año en Suiza, en un internado para niñas pijas y se defiende bastante bien en italiano.

—¿De qué iba la llamada esa para cabrearle tanto? ¿Has entendido algo? —pregunto con voz baja.

—Solo he podido pillar fragmentos de la conversación—responde abriendo las manos como en señal de disculpa.

—Joder, pensaba que hablabas italiano—comento en voz alta.

—Y lo hablo, pero Giovanni es del sur de Italia y allí hablan algo diferente, además mezclaba palabras en algún dialecto de la zona que no he podido entender—me responde seria.

—Dime lo que has pillado—le pido en un susurro.

—Es alguna movida con el sistema de seguridad de mi padre, la parte de la seguridad perimetral de la valla creo. Giovanni debe tener un contacto muy cercano a los que le montan el sistema porque está enterado de todo, parece que han cambiado algo en la valla—contesta haciendo un gesto para que me calle a ver si podemos escuchar algo más de la conversación entre el italiano y Aníbal.

Y vaya si se escucha, sobre todo al principio. Giovanni es una persona muy fría que pocas veces pierde el control, pero ahora está muy cabreado. Joder, como todos los preparativos se vayan al traste por un cambio de última hora a la que le va a dar algo es a mí. Nos quedamos las dos muy quietas intentando no hacer ningún ruido mientras escuchamos los primeros compases de la conversación.

—*¡Ma che cazzo, Aníbal!* —Grita el italiano contrariado—¿por qué tienen que cambiar las cosas a última hora? ¿Es que no puedo tener ningún día en el que no pase nada?

—Tranquilo, jefe, se puede arreglar, arreglar—responde Aníbal.

—¿Tú sabes algo de eso de cables microfónicos? *¡Santa Madonna!* ¡Este hombre tiene más medidas de seguridad que el Pentágono! —exclama preocupado.

—Sí, son cables que se ponen en toda la valla y cuando alguien intenta escalarla o cortar una parte, se convierten en una especie de micrófono que transmite el sonido a la central, central

—explica Aníbal con relativa calma.

—¿Y qué podemos hacer con eso? Quiero soluciones Aníbal, no explicaciones—recrimina Giovanni.

—Pu. puedo hackear la conexión con la central para que no les llegue el sonido, pero necesito tiempo. Lo más práctico sería acercarnos hasta allí para hacerlo mejor, mejor—indica el informático.

—¡Candy! —grita el italiano—*¡vieni qui!*

La princesa coge una de mis manos y la aprieta guiñándome un ojo como queriendo darme confianza, aunque en el fondo, por muy contrariado que esté el Calabrés, estoy tranquila porque sé que la cosa no va conmigo.

—Dime Giovanni—digo saliendo de la habitación y dirigiéndome a la zona de los ordenadores.

—*Questo stronzo* del padre de Alejandra ha cambiado algo del sistema de seguridad de la casa. Aníbal y yo tenemos que desplazarnos hasta allí para poder hackearlo, no le quites el ojo de encima a Alejandra, y no quiero ninguna tontería. ¿Puedo confiar en ti? —inquire con mirada severa.

—Sí, claro Giovanni, no hay problema ya lo sabes, ¿cuánto tiempo estaréis fuera? —pregunto intentando hacer cálculos.

—Imposible saberlo, depende de lo que nos encontremos allí, al menos dos o tres horas, quizá más. Cuando termines tu sesión de entrenamiento quiero que cortes las cinco ventanas que te he dejado preparadas, intentando no hacer ruido como te he enseñado esta mañana. ¿Entendido?

—Sí claro, tranquilo—respondo con seguridad, rogando que se ponga a llover para cancelar mi sesión de escalada.

—Nos vamos Aníbal, cuanto antes nos marchemos antes volveremos. *¡Andiamo!* —dice dirigiéndose al informático con un gesto para que se levante y le siga.

Me quedo junto a una de las ventanas del salón observando cómo se montan en la furgoneta de Giovanni y desaparecen de la finca mientras escucho acercarse a la princesa, que me abraza pegada a mi espalda y rodeando mi cintura con sus brazos.

—Va a llover—me dice pegando su mejilla a la mía.

—Eso espero—susurro mientras acaricio sus manos sobre mi vientre.

Nos pasamos un rato así, abrazadas en pie, sintiendo nuestros cuerpos con la mirada perdida en el horizonte a través de la ventana, todavía sin creer que nos hayan dejado solas. Con nuestros dedos entrelazados acaricio su mano con mi pulgar mientras ella aprieta mi cuerpo cariñosamente entre sus brazos. Cierro los ojos para concentrarme en el montón de sensaciones agradables que me produce su cercanía, en la suavidad de su piel en mi mejilla, en su olor.

—Ya está lloviendo, ¿qué te había dicho? —señala feliz mientras besa mi nuca.

Con un suspiro me giro hacia ella sonriendo, parece que todo se pone de nuestra parte para concedernos un momento de intimidad.

—Hoy no hay escalada—le anuncio apartando hacia atrás su melena.

—Pues tendremos que aprovechar la tarde—responde la princesa con un guiño—¿por qué no nos quitamos de encima lo de romper los cristales y así tenemos el resto del tiempo para nosotras?

—Me gusta la idea—le digo con un pequeño beso en los labios—vamos.

Salimos al jardín de la mano sin darle importancia a las gotas de lluvia que golpean nuestros rostros, hasta llegar a la zona donde Giovanni ha dejado dispuestas las cinco ventanas que debo cortar esta tarde.

Con impaciencia, saco el cortador de vidrio, pego la ventosa sin demasiado cuidado sobre el cristal, aplico la parafina y empiezo a cortar a una velocidad que me asombra. Una vez que la cuchilla de diamante dibuja su perfecto círculo, tiro del cristal todo lo fuerte que puedo con mi pie apoyado sobre la ventana para acabar lo antes posible, rompiendo parte de la ventana y causando un pequeño estruendo que asusta a una bandada de pájaros.

—¡Joder! —exclamo al ver el destrozo.

—Eres una crack cortando vidrios lagartija, con tu destreza acabamos todos en la cárcel seguro—se burla la princesa.

—Mierda, no te rías, ya verás el enfado de Giovanni cuando venga—le respondo mientras me preparo para cortar el siguiente cristal.

—Hazlo bien anda, que aunque tardes un poco más no pasa nada—insiste Alejandra.

Bajo la lluvia, corto las siguientes cuatro ventanas de manera correcta, al menos aparentemente, porque ruido hago un montón, pero Giovanni solamente notará los cortes perfectos, excepto en la primera ventana que está destrozada.

Entramos en la casa empapadas y también felices de haber terminado, notar el brazo derecho de Alejandra rodeando mi cintura hace que me estremezca y ya no pueda contenerme. Al llegar a la habitación nos deshacemos torpemente de la ropa mojada hasta quedar desnudas una frente a la otra observando nuestros cuerpos. Joder, es preciosa.

No me da tiempo ni a seguir mirando cuando Alejandra empuja mi cuerpo contra la pared de la habitación cubriéndolo con el suyo. El contraste entre el frío de la pared en mi espalda y el calor que ella desprende hace que cada músculo de mi cuerpo se tense de placer. Con sus manos en mis mejillas me besa con pasión, su lengua buscando la mía de un modo muy diferente a los besos exploratorios de la noche anterior.

Agarro sus nalgas atrayéndola más hacia mí, su sexo buscando mi cadera mientras libera una de sus manos para buscar mis pezones.

—No tienes ni idea de las ganas que tengo—responde excitada, metiendo uno de sus dedos en mi boca.

Joder, tampoco ella sabe las ganas que yo tengo, porque ayer no habría podido parar, menos mal que la princesa tuvo un poco de sentido común. Llegó un momento en el que me importaba una mierda si Giovanni nos escuchaba o no, necesitaba seguir.

Con mis manos dibujo el contorno de sus nalgas deslizando mis dedos entre ellas mientras ella, entre gemidos, besa mi cuello y lo recorre con la punta de la lengua hasta darme un pequeño mordisco cariñoso en el hombro.

—¡Ah! —Me quejo divertida y asombrada a partes iguales, mientras sus labios llegan hasta mis pechos.

—Siéntate en el borde de la cama, lagartija—me ordena señalando el colchón.

—Estás loca—respondo divertida.

—Vamos a ver esa flexibilidad de escaladora que tienes—anuncia cogiéndome por los tobillos y separando mis piernas.

Se muerde el labio inferior con deseo al observar mi sexo mientras cubre de pequeños besos la parte interna de mis muslos. Se me escapa un pequeño grito al sentir sus labios sobre él. Ella me mira a los ojos, me dedica una preciosa sonrisa y sigue besándolo, pequeños besos al principio, hasta que la punta de la lengua recorre el interior de mis labios.

No sé si es por las ganas que tenía desde ayer por la noche o porque la princesa es capaz de excitarme como nadie, pero no tardo mucho en notar un maravilloso orgasmo formarse en mi interior. Al sentir de nuevo sus labios, dejo escapar una explosión de placer como hacía mucho

tiempo que no sentía.

—¡Jo-der! Princesa, acabas conmigo—le digo entre suspiros.

Alejandra me dedica una nueva sonrisa y un suave beso en mi entrepierna.

Nos tumbamos en la cama mientras intento recuperar la respiración, empieza a atardecer y la luz que se cuele por la ventana da a su cuerpo un aspecto de una sensualidad maravillosa. Me quedo un rato solamente observándola, es preciosa, la marca del bikini tras el verano da a sus pechos un erotismo que hace que me vuelva loca sin ni siquiera tocarla.

Impaciente, la princesa mueve las caderas haciendo una seña con el dedo para que me tumbe sobre ella. Cubro su cuerpo con el mío sintiendo la calidez de su piel mientras dibujo el contorno de sus labios con mi dedo índice.

Recorro el lateral de su cuello con la punta de los dedos, Alejandra cierra los ojos y suspira mientras tensa ligeramente la espalda. Echa sus brazos hacia atrás y un pequeño gemido se escapa de su boca. Joder, podría morir por ese gemido.

Me siento a su lado e instintivamente intenta abrir las piernas para ofrecerme su sexo, pero las mantengo cerradas con mis manos, provocando que un pequeño suspiro de desesperación se escape de su boca. Acaricio su monte de Venus con la punta de los dedos, deslizando mis manos por sus muslos para luego recorrer su entrepierna.

—Joder lagartija, me estás matando, no puedo más—susurra casi suplicando con la mirada.

Sonrío y recorro lentamente el exterior de su sexo provocando nuevos gemidos apagados, ahora soy yo la que no puede más, esos labios tan perfectos, absolutamente simétricos, ejercen una atracción sobre mí como jamás había sentido antes.

Deslizo la lengua entre sus labios hipnotizada por el sabor de su excitación. Introduzco dos de mis dedos, pequeños gritos muy cortos escapan de su garganta hasta que eleva las caderas y se deja caer sobre la cama completamente relajada, con sus manos todavía acariciando mi melena, presionando mis dedos con pequeños espasmos de placer.

—Joder, ¡qué pasada, lagartija! Ha sido increíble, te lo juro, ven aquí—me dice indicándome que me tumbe junto a ella.

Tumbadas una al lado de la otra, pasamos un buen rato sin hablar, solamente besándonos, jugando con nuestro pelo mientras recorremos nuestros cuerpos con pequeñas caricias. Junto a ella siento tanta paz que ya no existe ningún problema que no pueda superar, solo sé que quiero estar a su lado para siempre.

—Esto compensa que el italiano nos cortase el rollo ayer, ¿no? —pregunta la princesa sonriendo.

—Puf, ya te digo, lo compensa con creces—le respondo sin dejar de jugar con su preciosa melena.

—¿Al final le has llegado a preguntar lo de la cicatriz?

—Sí, joder, es una historia súper rara—digo tras un hondo suspiro—me dijo que fue en casa de mis padres, habían dado un golpe y un albanés bebió más de la cuenta y quería más dinero. Total, que en medio de la discusión yo pasé por allí, me cogió y me puso un cuchillo en el cuello amenazando con degollarme. Al parecer el italiano salió en mi defensa y se llevó el corte en la cara—le respondo todavía asombrada.

—¿Y no recuerdas nada? —Me pregunta frunciendo el ceño.

—No, Giovanni dice que yo tenía solo cuatro años, y aunque hubiese sido mayor yo creo que lo habría bloqueado, imagina qué acojone—le respondo haciendo un gesto como si me estuviesen cortando el cuello.

—Prefiero no imaginarlo—dice arrugando las cejas—¿Y qué pasó con el albanés ese?

—Mejor que no lo sepas—le respondo muy seria.

—Vale—asiente la princesa.

—Hablemos de algo más interesante anda cuéntame que es eso de que quieres ser escritora, me parece una pasada.

—Siempre me ha gustado escribir y leer, desde muy pequeña. Supongo que he buscado en los libros el cariño que no tenía en mi casa y me he refugiado en ellos. Eso sí, libros tenía todos los del mundo. Estoy escribiendo una novela romántica, aunque llevo un tiempo algo bloqueada, pero creo que tú me vas a servir de inspiración para continuar—me contesta con brillo en los ojos.

—Me parece increíble y espero que cuando acabes me dejes leerla. Por cierto ¿has pensado en lo de escaparte conmigo? Podríamos irnos a cualquier país, el que más te guste—comento con mi mirada perdida en la suya.

—Ya hablaremos de eso lagartija—responde besándome de nuevo—lo que sí necesito es que me cuentes todos los detalles que puedas sobre cómo se generó esa deuda tan grande que tienes.

Capítulo 16

Alejandra

Me despierto abrazada al torso desnudo de la lagartija, todavía relajada tras la tarde de ayer y sintiéndome cada vez más unida a ella. Parece una locura, si alguien me hubiese dicho el día en que la conocí que podría llegar a haber algo entre nosotras, me hubiese echado a reír pensando que estaba loco. En cambio ahora, el vínculo entre nosotras se refuerza más y más cada día que pasa y me ayuda a ver con más optimismo el futuro, si es que logro convencerla de que su plan para abandonar el país es una idea descabellada y del todo innecesaria. Si todo sale bien, solo tendrá que desaparecer un tiempo o quizá nada, porque es imposible que mi padre pueda denunciar la desaparición del dinero que pretenden robar, es obvio que procede de algún soborno o un negocio ilegal.

Candy duerme relajada como de costumbre, cada día me gusta más observarla mientras está en ese estado, se la ve tan tranquila que me apetece comérmela a besos.

—Buenos días lagartija, son las ocho, hora de levantarse—le digo acariciando su mejilla.

—Buenos días—contesta estirándose mientras gira su cuerpo y sonrío—da un poco de miedo que me mires mientras duermo.

—Como entre el italiano y nos vea así, él sí que te va a dar un poco de miedo—bromeo mientras dibujo sus labios con el dedo índice.

Después me acerco a ella y la beso en los labios con suavidad.

—Hoy no llueve, ¿no? —pregunta haciendo una mueca de disgusto cuando abandono el calor de su boca.

—No, hoy te toca entrenar duro para recuperar la tarde de ayer, y también tendrás que explicarle a Giovanni lo de la ventana rota—le digo arqueando las cejas e incorporándome.

—No me lo recuerdes. De todos modos, lo de ayer por la tarde también cuenta como entrenamiento, yo al menos acabé cansada—bromea mientras tira de mi brazo e intenta atraerme de nuevo a la cama.

—¡Qué idiota eres! Espabila lagartija—le digo en tono cariñoso mientras salgo de la habitación para preparar el desayuno.

Al salir, Giovanni y el informático ya están repasando sus planos en los ordenadores. A veces me da la impresión de que el italiano nunca duerme, porque se levanta muy temprano y siempre se acuesta tarde. Quizá sea que su conciencia no está demasiado tranquila.

Al poco rato, Candy abandona también la habitación. En la cocina devora el desayuno mientras hablamos, parece haberse levantado de muy buen humor y cuando nos disponemos a salir al jardín para preparar la sesión de escalada, se para a charlar con Giovanni y el informático.

—¿Qué tal esos problemillas de ayer? —pregunta bromeando mientras les sonrío.

—*Nessun* problema—contesta el italiano con confianza—no hay nada que Aníbal no pueda hackear, ya no se podrán comunicar con la central.

—Es que este Aníbal es un fenómeno—responde Candy guiñándole un ojo.

La lagartija se gira y no lo ve, pero la reacción del informático es como para grabarla en vídeo; abre los ojos como platos y mantiene la mirada fija en cada movimiento del culo de Candy mientras abandona la casa. Cosa que no me extraña porque tiene un culo precioso, pero a Giovanni, por la cara que pone no le está haciendo ninguna gracia.

—Cazzo, Aníbal, ¡céntrate en los ordenadores! Te he dejado muy claro que te olvides de eso —le grita el italiano enfadado.

Yo salgo de la casa siguiendo a Candy mientras intento contener la risa. Ya en el jardín, fuera de las miradas de Giovanni y el informático, dejo escapar una pequeña carcajada ante el asombro de la lagartija.

—¿Y esas risitas? —pregunta ella sorprendida.

—Es que no has visto la cara de Aníbal después de que le guiñaras el ojo, ni cómo te miraba el culo luego, parecía que te estaba bajando los pantalones con la mente, sin contar con la bronca que le ha metido Giovanni —contesto entre risas.

—Ostras, es que ya lo ha pillado varias veces, pobrecillo, no le tenía que haber guiñado el ojo—comenta haciendo una mueca.

—El ojo solo quiero que me lo guiñes a mí—le susurro al oído acariciando su espalda.

Ella lo percibe como algo medio en broma, aunque en realidad estoy hablando jodidamente en serio. Candy me tiene alterado hasta el último de los sentidos.

—Puf, no me hagas esas cosas antes de escalar que todavía me caeré—bromea sonriendo.

—Y yo estaré aquí para sujetarte—le digo mientras le lanzo un pequeño beso.

Después de una mañana bastante intensa donde ha estado practicando los tres primeros metros sin cuerda una y otra vez hasta acabar agotada, nos hemos tumbado en el césped un rato para descansar, aunque hace sol, la temperatura no ha subido mucho y la piscina no es una opción. Tras la comida, Candy ha vuelto a cortar cinco cristales bajo la mirada inquisitiva de Giovanni, que no ha dejado de mascullar que aunque domina la técnica, sigue haciendo demasiado ruido.

El entrenamiento de la tarde ha comenzado muy bien, Candy ya tiene la vía para subir bastante controlada, así que decide añadirle dificultad y saca la cuerda para volver a abrir la vía, así que deberé estar muy pendiente de soltarle la cuerda conforme vaya avanzando.

A veces me sorprendo a mí misma observando con asombro cómo escala, Candy se impulsa con una agilidad que me resulta increíble, en ocasiones hace unos cambios con los pies tan rápidos, que me cuesta ver cuál de los dos ha movido primero. Me sorprende también de que sea capaz de elevar su cuerpo partiendo solamente de un pequeño agarre para sus dedos y un casi inexistente apoyo para sus pies, por no hablar de que me quedo embobada mirando cómo se tensan los músculos de sus hombros cuando hace fuerza en la pared.

Durante el entrenamiento hacemos algunos descansos en los que la lagartija me informa de que le va a comentar a Giovanni la posibilidad de empezar a entrenar sin cuerda hasta arriba del todo a partir de mañana, a mí no me hace ninguna gracia, no dudo de su agilidad ni de su estilo, ni de que sin duda es muy buena en lo que hace, pero joder, son ocho metros y si se cae, se me eriza el vello solo de pensarlo.

—Paso un par de chapas más y paramos, estoy muy cansada—comenta mientras observa la ventana desde su posición, como si le estuviera explicando mentalmente por donde va a subir para llegar hasta ella.

—Aquí mandas tú lagartija, paramos cuando lo necesites.

—¿Solo aquí? —pregunta traviesa, mirando hacia abajo para dedicarme media sonrisa que me vuelve loca.

—Solo aquí—contesto muy segura a la vez que le guiño un ojo.

Candy me dedica una sonrisa sincera, se da la vuelta y encara la pared de nuevo. Comienza a subir con una agilidad asombrosa pese al cansancio, los tres primeros metros los ha subido muy rápido, son los que más nerviosa me ponen porque apenas tengo tiempo para ir soltándole la cuerda, creo que los tiene tan memorizados que podría subirlos incluso con los ojos cerrados.

A partir del cuarto es cuando su ritmo se ralentiza, hay un par de pasos que la obligan a estirarse en exceso y que me hacen contener la respiración cada vez que se enfrenta a ellos. Por fin pasa la zona y consigue chapar con éxito, ya está a una altura de algo más de cinco metros cuando estando a punto de llegar a la siguiente chapa, en uno de los pasos que aparentemente son sencillos y que no le presentan dificultad alguna, su pie es escupido por la pared, pierde el agarre de una de las manos y cae algo más de dos metros hasta quedar bloqueada.

—¡Candy! —grito asustada, casi escupiéndolo por la boca.

Mi miedo crece mientras espero a que su cuerpo deje de balancearse levemente para poder bajarla, Candy no hace nada para detener ese movimiento porque sus brazos se ciernen sobre su costado derecho en un claro gesto de dolor, miro un segundo hacia arriba y deduzco con rapidez que justo donde se ha golpeado contra la pared, hay una de las chapas por las que pasa la cuerda a través de las cintas. Me entra un escalofrío al pensar en el dolor que ha podido sentir al clavársela.

—¡Candy, por favor, dime que estás bien! —le grito preocupada.

Es solo entonces cuando gira la cabeza hacia donde estoy y me enfoca.

—Tranquila, no es nada—me responde con la cara desencajada.

—Te voy a bajar poco a poco ¿vale? —le digo más para tranquilizarme a mí que a ella.

Mientras la estoy bajando, Giovanni llega corriendo con cierta cara de preocupación, algo que en él es bastante inusual, pero claro, su plan depende totalmente de la lagartija.

—¡*Santa Madonna!* ¿Qué son esos gritos? ¿Qué ha pasado? —pregunta acercándose a nosotras.

—Candy ha perdido un agarre y ha chocado muy fuerte contra la pared, tengo miedo de que se haya roto una costilla—le informo con preocupación.

—*Ma come* romperse una costilla, *non è possibile*, lo estropearía todo—responde ante mi sorpresa el italiano.

—Tranquilos, no tengo nada roto, es un rasguño, pero duele que te cagas—nos tranquiliza Candy ya casi en el suelo.

Cuando por fin toca el suelo con los pies, se sube la camiseta con las manos temblando y observamos que tiene un fuerte golpe en un costado, se ha raspado con una de las chapas y por sus gestos, tiene que estar doliéndole un montón. Se lleva la mano a la herida y sus rodillas ceden, no es capaz de mantenerse en pie debido a la desorientación que todavía tiene por el golpe.

—*Vieni qui*—le dice Giovanni, sujetándola justo antes de que caiga de rodillas.

Me acerco a ella, le quito el arnés lo más rápido que puedo y el italiano la coge en volandas con una facilidad pasmosa para su edad, como si Candy no pesase nada. Me quito el arnés y lo sigo mientras la lleva hasta la habitación.

Ya en nuestro dormitorio, tumba a Candy sobre la cama y observa la herida con cuidado.

—Tiene un buen rasguño y el golpe, pero no parece que tenga nada roto—comenta muy seguro, después de palparle las costillas y arrancarle un par de gemidos de dolor.

Se ve que este hombre, a fuerza de golpear a otras personas ha adquirido casi la pericia de un traumatólogo, porque parece un profesional examinando la lesión.

Giovanni sale de la habitación y me siento a su lado mirándola en silencio mientras intento que mi corazón empiece a latir a un ritmo normal. Un par de minutos después, el italiano entra con unas gasas y Betadine para limpiar y desinfectar la herida.

—Lo haré yo—digo quitándoselas de las manos con una seguridad que me asombra.

El italiano asiente y sale de la habitación cerrando la puerta tras de sí. Durante un buen rato la observo preocupada, acariciando su antebrazo sin atreverme a hacer nada.

—Se supone que tienes que curarme princesa—me dice escondiendo el dolor tras su preciosa sonrisa.

—Perdona.

Con cuidado, le quito la camiseta y el sujetador deportivo para poder acceder a toda la zona del golpe. Empiezo a curar la herida desinfectando bien toda la zona del costado que con el Betadine mezclado con algo de sangre, adquiere un aspecto que parece más grave que al principio.

—Si lo que querías era que te mirase las tetas, caerse me parece una excusa malísima lagartija—bromeo para intentar quitarle importancia.

Ella solamente sonríe, todavía con gestos de dolor más que evidentes cada vez que toco la herida con la gasa.

Una vez que termino de curarla, me tumbo junto a ella y nos pasamos un buen rato en silencio. Me pierdo en su mirada, acariciando su pelo y su mejilla, dejando pasar el tiempo hasta que por fin la noto más relajada y recupera el color en las mejillas que el susto le había arrebatado.

—Casi me matas del susto lagartija—le digo mientras acaricio su cuello con el reverso de la mano.

—Si siempre me vas a dar tantos mimos quizá me caiga más a menudo—bromea ella.

—Eres una idiota—afirmo mientras le doy una pequeña nalgada cariñosa.

—¡Ah! Que estoy convaleciente, bruta—dice sonriendo.

El momento de relajación y mimos se acaba de golpe cuando Giovanni abre la puerta de la habitación para interesarse por Candy, quien al sentir su entrada se cubre instintivamente los pechos con la mano.

—No son las primeras tetas que veo—señala el italiano gesticulando.

Después nos dedica una mirada que no sé muy bien como debo interpretar, supongo que no le hace mucha gracia que me haya tumbado junto a ella, se lo habría ahorrado si hubiese llamado antes de entrar.

—¿Cómo estás? ¿muy dolorida? —pregunta por fin, rompiendo un silencio que comenzaba a ser muy incómodo.

—Estoy mejor, al principio pensé que iba a ser más serio, pero solo es un rasguño—contesta ella, aunque yo no estoy muy de acuerdo.

—*Benissimo*, hoy descansa y mañana lo intentas de nuevo, pronto tienes que empezar a escalar la pared sin el arnés, y deberías colgarte ya la mochila con el cortador de vidrio, recuerda que deberás subirlo contigo y tienes que acostumbrarte a ese peso extra—le informa Giovanni con ese gesto suyo de levantar una ceja que me pone de los nervios.

—Giovanni...

Intento hablar para decirle que Candy no está en condiciones de escalar mañana, pero me corta antes de que pueda seguir.

—Tú quédate aquí con ella *ragazza*, ya nos ocupamos nosotros de preparar la cena—dice mientras abre la puerta y desaparece sin dar opción a réplica.

Nada más salir Giovanni de la habitación, Candy estalla.

—¡Qué puta manía tiene este hombre de abrir las puertas sin llamar antes! —exclama ofendida.

—¿Eso es lo único que te preocupa después de lo que ha pasado? —le recrimino muy enfadada sin escuchar lo que acaba de decir.

De repente soy consciente del peligro real que supone la labor de Candy en este golpe. Me

culpo a mí misma por no haberme dado cuenta antes, quizá debido a la gran habilidad que tiene la lagartija escalando he cometido el error de dar por hecho que era como una ventosa, pero ahora veo con claridad que el peligro es real y muy grande. Mientras que el resto, como mucho puede ir algo de tiempo a la cárcel, Candy puede perder la vida si sufre una caída, y visto lo de hoy, lo de caerse no parece tan complicado.

—No quiero que vuelvas a subir, y mucho menos mañana—sentencio casi dando una orden.

—Tengo que subir Alejandra, ahora no hay tiempo para buscar a otro escalador y necesito ese dinero—responde algo agitada.

—¡Ni de coña! ¿No te das cuenta de que si te caes puedes morir? —le pregunto intentando hacerle comprender.

—Vaya, muchas gracias por tus ánimos, y de eso ¿te das cuenta ahora? —responde ella.

—Hoy lo he visto mucho más claro lagartija, no quiero que te pase nada—añado nerviosa— es muy peligroso, ni siquiera tienes alguna garantía de que te vayas a encontrar con una pared exactamente igual a la que hay en el jardín. Podría haber pequeños detalles que se les hayan pasado, simplemente con que uno de los agarres sea algo diferente, solo unos milímetros, podrías caerte y perder la vida—le digo cada vez más preocupada.

—¿Crees que no lo sé? ¿Que no tengo miedo cuando paso de cierta altura? Joder, necesito el dinero Alejandra, tengo que hacerlo o no podré pagar nunca las deudas, pero claro ¿qué sabrás tú de problemas económicos? —responde con ironía.

—Joder Candy, no los he vivido, pero puedo entenderlos, y también puedo entender que no es normal jugarse la vida para pagar una deuda que ni siquiera has generado tú. Tiene que haber otras maneras.

—¿Se lo vamos a pedir a tu papá? —responde enfadada.

—Mira, no quiero seguir hablando. No quiero perderte lagartija, pero tampoco puedo plantearme estar con una persona capaz de poner su vida en riesgo de esta manera, no después de lo que he sentido hoy cuando te he visto caer, y mucho menos plantearme escapar a otro país con alguien que podría morir antes de conseguirlo. Deberías valorar más tu vida Candy—le recrimino con un enfado que va en aumento.

—Lo último que necesito ahora es que vengas tú ahora a decirme lo que puedo o lo que no puedo hacer a estas alturas. Sé muy bien el peligro que corro y tengo muy claro que me estoy jugando la vida. Para que lo sepas la valoro mucho, pero mi vida ahora mismo es una mierda, trabajo como una cabrona para pagar unas deudas que nunca consigo atrapar, no espero que lo entiendas, ni tú ni nadie, pero necesito empezar de cero joder, y esta es la única oportunidad que tengo. Lo siento por no tener un padre rico que me pueda sacar de los problemas, pero es lo que hay, y si no te gusta no tengo otra cosa que ofrecer—dice alzando la voz.

—Paso de seguir discutiendo contigo, haz lo que te dé la gana guapa, a mí no me importa si te abres la cabeza subiendo por los muros como una jodida lagartija. Es tu problema—respondo mientras le doy la espalda, antes de que vea como las lágrimas escapan rodando por mis mejillas.

Capítulo 17

Candy

Por primera vez en varios días no consigo pegar ojo, me paso toda la noche dando vueltas en la cama, no solo porque el dolor del costado no me permite estar en una posición cómoda, sino porque no me puedo sacar de la cabeza la absurda discusión de anoche con la princesa. Alejandra ha estado también muy inquieta, de espaldas a mi cama en todo momento. Mierda, lo de discutir ayer de esa manera fue una tontería, pero es que tiene que entender que esto es muy importante para mí.

No sé a qué viene a estas alturas, cuando ya está todo preparado, lo de preocuparse por mi seguridad. ¿Acaso piensa que no sé que es peligroso? Joder, no soy ninguna inconsciente, aunque reconozco que a veces lo parezco, tengo muy claro que no me apetece jugarme la vida, pero es la única tabla de salvación que veo, mi única salida para iniciar una nueva vida. Está muy bien que se preocupe por mí, pero si lo nuestro va a tirar hacia delante como espero, también lo tiene que entender.

Yo también me esfuerzo en comprenderla a ella, sé que la caída de ayer la asustó, pude verlo en sus ojos, pero aunque tuviera otra opción, una sola alternativa que evitara esa pared, ya es demasiado tarde. Si decido no escalar la pared mi vida correría aún más peligro, a estas alturas no le puedo decir a Giovanni de buenas a primeras y a punto de dar el golpe, que he decidido abandonar. El italiano no se anda con tonterías; ya es muy tarde para buscar a otro escalador que pueda hacerlo, y si le dejo sin cuatro millones de euros, entonces sí que mi vida y la de Alejandra corren peligro.

Debo escalar esa jodida pared y llevarme el dinero, después todo se habrá acabado. Ojalá encuentre una manera de hacer que la princesa lo comprenda, me vendría muy bien contar con su apoyo. Sé que soy capaz de hacerlo, pero también sé que cualquier pequeño fallo acarrea un peligro letal y eso me acojona un poco. Quizá si le expongo todo lo que pienso en una conversación calmada logre que lo comprenda.

Nos hemos dicho cosas que no queríamos decir, palabras que duelen, de esas que dejas escapar como dagas en un momento de tensión, pero de las que más tarde te arrepientes. Mierda, no sé por qué tengo que ser tan orgullosa, quizá todo se arregle con un simple “perdón”, pero nunca he sabido pedir disculpas, ni siquiera cuando era una niña e intentaban obligarme.

—Son las ocho de la mañana—me indica muy seca mientras se viste y sale de la habitación.

Para un día en el que no era necesario que me despertase, va y lo hace de malas maneras, está claro que no se le ha pasado el cabreo. Qué manera más absurda de pasar un mal rato, con lo bien que estábamos los últimos días.

Al salir de la cama y ponerme en pie, noto un fuerte dolor en el costado que me corta la respiración. Joder, el golpe de ayer no fue pequeño, me va a costar mucho hacer algunos movimientos sobre la pared y tengo que empezar a intentarlo ya sin el arnés y con la mochila al hombro. Al menos aquí tendré una colchoneta si me caigo, me llevaré un buen golpe y si caigo de mucha altura incluso acabaré rompiéndome algo, pero cuando escale la pared de verdad no habrá nada para protegerme.

La princesa sigue en la cocina cuando entro para desayunar, pero cualquier esperanza de tener una charla amistosa con ella que arregle el enfado se esfuma en un instante; en cuanto me ve

entrar, desaparece por la puerta como si acabase de ver al mismísimo demonio.

En fin, es la historia de mi vida, cada vez que parece que algo empieza a funcionar bien, se tuerce como por arte de magia. En mi interior siento una rabia que me cuesta manejar, no puedo dejar morir esta relación o lo que sea que tenemos, no sin al menos luchar por ella.

Los gritos de Giovanni clamando al cielo y su gesticulación con los brazos en alto me sacan de mis pensamientos.

—*¡Santa Madonna! ¡Ma, che cazzo!* —maldice gritando en su idioma ante la mirada muy seria del informático.

Me asomo a ver lo que pasa, pocas veces le he visto tan agitado, solo el día que tuvieron que salir, ayer cuando me caí y pensaba que me había roto una costilla y ahora, así que seguramente su plan habrá sufrido algún contratiempo otra vez. Alejandra sale también de nuestra habitación para ver que ha ocurrido.

—*¡Candy, ragazza, venid aquí las dos ahora mismo!* —grita indicándonos con el dedo que nos sentemos en uno de los sofás del salón.

Instintivamente miro al informático, está más nervioso que de costumbre, se balancea de adelante hacia atrás sobre su silla con la mirada fija en Giovanni. La princesa se sienta a mi lado, pero no se ha dignado ni a mirarme, es como haber vuelto a los primeros días en la casa cuando los cuchillos volaban entre nosotras, cuando quiere puede ser fría como un témpano de hielo.

—*¡Candy!* —dice dirigiéndose a mí con rostro serio—*¿cómo está tu costado?*

—Bastante mejor, ya estoy casi bien, hoy me gustaría intentarlo sin cuerda—le miento más por rabia que por auténtico convencimiento.

—Más vale que esté mucho mejor, por desgracia se ha acabado el tiempo de los entrenamientos. *Questo stronzo* del padre de la *ragazza* no recibirá el dinero dentro de una semana como teníamos previsto, lo recibirá mañana. Tenemos que adelantar el golpe una semana, lo repasaremos todo bien ahora y otra vez esta tarde, y hoy tendrás que entrenar sin el arnés todo el tiempo que necesites hasta estar preparada, daremos el golpe mañana por la noche—nos dice dejándome con la boca abierta.

Alejandra se gira hacia mí con miedo, casi diría que con terror en los ojos, pero no dice nada. Yo me quedo callada intentando asimilar tanto la noticia que el italiano acaba de darnos como la mirada de la princesa.

Joder, ahora la rabia me quema por dentro. No tengo nada claro que esté preparada para subir, sí, es cierto que lo he hecho asegurada con el arnés, sabiendo que Alejandra estaba allí abajo por si me caía como en efecto sucedió ayer, pero esto va a ser muy diferente. Si teniendo una semana más ya iba a ser muy complicado, sin esa semana de entrenamiento el peligro es muy grande. Además, debo subir con una mochila al hombro con el cortador de vidrio, por no hablar de que deberé llevar una cuerda atada al arnés que después utilizaré para bajar rapelando. Se me forma un nudo de nervios en la boca del estómago, creo que no estoy preparada, pero ahora ya no puedo echarme atrás, así que cruzaré los dedos y rezaré para que la suerte esté de mi lado, creo que me va a hacer falta. Alejandra parece notar mi preocupación y me dedica una mirada que logra calmarme casi de inmediato, quizá no esté todo perdido con ella.

Mi vena de escaladora me hace enfocar al cielo de forma instintiva, está nublado y amenaza con llover, y si llueve perderé el único día de entrenamiento que me queda, pero si llueve mañana no podré subir de ninguna manera. Aún a riesgo de enfadarle más, decido comunicarle al italiano el posible contratiempo para que lo tenga en cuenta.

—Giovanni, no sé si te has fijado en el cielo, pero está muy nublado, si por casualidad acaba lloviendo no voy a poder entrenar—le digo lo más tranquila que puedo dadas las

circunstancias.

—¡Aníbal! —grita el calabrés—¡Dame las probabilidades de lluvia ahora mismo!

Aníbal teclea en el ordenador con una rapidez asombrosa, y diez segundos después ya dispone de la información que Giovanni le ha pedido.

—Hoy por la mañana no va a llover y por la tarde hay un treinta por ciento de probabilidad de que llueva, llueva—contesta con la precisión que le caracteriza tras consultar uno de los ordenadores.

—¡Mañana, *stronzo*! —contesta el italiano enfurecido—hoy no me importa, es mañana cuando damos el golpe.

—A la hora del golpe hay un sesenta y cinco por ciento de probabilidades de lluvia y habrá viento fuerte, fuerte—responde Aníbal.

Me quedo paralizada, joder, este tío está loco, la cosa se empieza a poner muy fea. No contaba con esto, empiezo a estar bastante intranquila otra vez, y el suspiro de la princesa al escuchar sus estimaciones no ayuda precisamente a que me calme.

—¡No me jodas, Giovanni! —exploto sin poder controlar mi mal genio—Si llueve no puedo subir, lo sabes desde el principio, y mucho menos si encima hay viento fuerte, podría perder el equilibrio.

Por primera vez desde que he entrado en esta casa me parece buena idea abandonar, pero no seré yo quien se lo proponga a Giovanni, solo espero que él mismo se dé cuenta de que al adelantarlo una semana su plan tiene menos posibilidades de éxito, y mucho menos si llueve. Cada vez empieza a parecerme más peligroso.

—¡Vamos a repasar el plan! —dice Giovanni pegando un fuerte manotazo en la mesa.

—¿Y si llueve? —Pregunta la princesa con un hilo de voz.

Giovanni ni siquiera le hace caso y comienza a informarnos a cada uno de nuestro cometido. Iremos todos en la furgoneta de Giovanni hasta la casa del padre de Alejandra. Está en una zona de chalets muy caros, pero algo alejada del resto, se nota que el respetable empresario necesita mucha intimidad para recibir a ciertas visitas no tan respetables.

Una vez allí, Aníbal terminará de hackear todos los sistemas informáticos con unos programas que ya tiene listos, lo que deshabilitará la vigilancia perimetral de la finca, lo cual incluye un montón de cosas como cámaras inteligentes y sensores de infrarrojos que me suenan totalmente a película. Tras hacerlo, Giovanni dormirá a los perros, insiste en que no quiere que los perros sufran ningún daño. Pienso para mí lo extraño que resulta escuchar a un hombre que no tiene reparos en disparar a otra persona mencionar que es importante que los perros no sufran daño. Resulta totalmente irónico, y más pensando que yo puedo morir si sufro una caída.

Tras las cámaras inteligentes, sensores de infrarrojos, perros y alguna otra cosa que ni comprendo, llega el momento de ocuparse de los cables microfónicos, que es lo que fueron a solucionar el día en que nos dejaron solas. Parece que Aníbal tiene una solución para que cuando cortemos la valla y esos cables intenten transmitir el sonido, esa transmisión nunca llegue a la central. Joder, es que al padre de Alejandra solo le falta algún dragón vigilando la casa, pensarlo hace que se me escape una sonrisa absurda que provoca que la princesa me mire perpleja.

Con el turno de Aníbal solucionado, Giovanni abrirá un hueco en una parte de la valla que no tiene muro de piedra y por ahí entraremos Giovanni, la princesa y yo. Aníbal se quedará dentro de la furgoneta por si hay que salir de allí a toda prisa, cosa que espero que no haya que hacer mientras yo estoy escalando la pared.

Una vez dentro llega mi turno. Ya llevaré puestos los pies de gato y el arnés, donde ataré una cuerda de diez metros que irá subiendo conmigo poco a poco para que no tenga que cargar con

todo el peso, bastante tendré con llevar la mochila con el cortador de vidrio y la parafina. Una vez escalada la pared y suponiendo que lo consiga, me siento sobre la repisa de la ventana, corto el vidrio cerca de la manilla, la abro y accedo al despacho, entonces según entiendo, Giovanni atará a la cuerda que sale de mi arnés unas bolsas que deberé subir, serán las que utilizaré para meter el dinero una vez que la princesa nos consiga la combinación de la caja fuerte, después solo tengo que tirar las bolsas, atar la cuerda a un lugar seguro que soporte mi peso y bajar rapelando.

Pero justo ahí, donde la princesa tiene que darnos la clave de la caja fuerte, es la parte en la que me pierdo, porque no tengo ni idea de cómo va a conseguir esa combinación y ni Giovanni ni ella me lo han dicho. Y ahora sí que me jode, porque es la parte clave; si subo la pared con el riesgo que ello conlleva y abro la ventana y me encuentro en el despacho sin clave me voy a cagar en todo.

Así que como hoy no me he levantado muy relajada que digamos, decido exigirle al italiano todos los detalles, si me voy a jugar la vida escalando la jodida pared sin suficiente entrenamiento, de noche y en unas condiciones muy por debajo de las ideales, quiero saber que al menos esa parte está controlada.

—Giovanni, tengo una duda—apunto llamando su atención.

—Dime, hemos repasado tu parte un montón de veces—afirma entre sorprendido y molesto.

—No es de mi parte, pero sí que me afecta—le respondo seria.

—Tú dirás.

—Me gustaría saber, una vez que escalo la pared, corto el vidrio, abro la ventana y me cuelo en el despacho—le recito para que vea que lo tengo todo claro—cómo va a conseguir Alejandra la combinación de la caja fuerte ¿o es que ya la sabe? —pregunto un poco borde.

La princesa se gira hacia mí muy nerviosa, pero no dice ni una palabra, es Giovanni de nuevo el encargado de contestarme.

—Eso no debería de preocuparte, cada uno tiene su cometido y todo está pensado, pero ya que lo preguntas y que afecta a tu parte, voy a ser generoso y a contarte una parte de mi magnífico plan. Papaíto tiene varias pantallas en el salón donde ve todo lo que sus cámaras de vigilancia le muestran, obviamente, Aníbal congelará las imágenes durante nuestro asalto, pero en el momento que tú comiences a escalar la pared, una de ellas se activará y mostrará una imagen enternecedora de Alejandra amordazada con mi machete junto a su yugular. Estoy más que seguro de que eso ablandará su corazón y será tan amable de revelarnos la combinación de la caja fuerte para que tú la abras. De todos modos, pensará que vamos a entrar por el piso principal que está lleno de sistemas de seguridad independiente y no sospechará que escalaremos la pared de su despacho—responde totalmente convencido.

Joder, tengo que contener la rabia que me provoca lo que acaba de decirme, la idea de pensar en Alejandra con un cuchillo en el cuello hace que me entren ganas de estrangular al puto italiano. Según él, es un teatrillo para conseguir la combinación, pero no puedo evitar sentirme inquieta, porque ya no sé lo que Giovanni Cervini puede ser capaz de hacer.

—Vale, vamos a suponer que funcione—digo intentando mostrarme calmada—porque confiemos en que su padre conserve cierto cariño aunque no lo demuestre. ¿Qué pasará cuando baje con el dinero? Esa parte no la has explicado.

—*Ma certo*. Cuando me entregues los cuatro millones de euros que hay en la caja fuerte del despacho, nos montaremos todos en la furgoneta como una feliz familia y volveremos aquí para repartirlo. Tú te llevarás tu parte como hemos acordado, medio millón de euros para que empieces una nueva vida donde quieras y no nos volverás a ver.

—¿Y ella? —pregunto señalando a Alejandra.

—La *ragazza* vendrá con nosotros para que no se vaya de la lengua. No le haremos nada, puedes estar tranquila, cuando crucemos la frontera con Francia y estemos lo suficientemente lejos, la dejaremos cerca de una gasolinera para que pueda pedir ayuda y tampoco nos volverá a ver. *¿Vedi?* Todos felices—responde con naturalidad.

—¡De todos felices nada, joder! —grito incapaz de controlarme.

Los tres se me quedan mirando al no esperar mi reacción.

—Es decir, que encima de que la has secuestrado, la vas a amordazar, le pondrás un puto cuchillo en el cuello y después la vas a dejar abandonada en el medio de la nada en Francia, joder, es que no me lo puedo creer—digo nerviosa—es mucho más fácil si la dejas aquí conmigo, yo la vigilo para que no se vaya de la lengua hasta que tú me llames y después la suelto, ¿qué te parece? —le propongo intentando convencerle.

El rostro de Giovanni cambia por completo y de improviso me doy cuenta de la cagada que acabo de meter. Se supone que yo no tenía que saber nada del secuestro, Alejandra no tendría que haberme contado nada y acabo de delatarme yo sola, pero ya no hay vuelta atrás.

—¿Qué te dije sobre estar calladita? —le pregunta el italiano muy enfadado—*¡Santa Madonna!* Esto me pasa por no trabajar con profesionales.

—Me lo ha contado y punto, ya está, tampoco es para tanto, en cuanto nos llevemos el dinero nos vamos todos por nuestro lado, pero ella se queda conmigo, yo la vigilo todo el tiempo que tú me digas hasta que estés en un lugar seguro—respondo para que la princesa no tenga que hacerlo.

Sin embargo, mi plan alternativo cae en saco roto y Giovanni sigue negándose en redondo, lo que provoca un enfado monumental en mí.

—Escucha bien lo que te voy a decir Giovanni, o lo hacemos a mi manera o no escalo la jodida pared, tú decides—le grito llena de rabia.

—*Cara* Candy, tengo maneras de obligarte a escalar la pared y no creo que quieras conocerlas—responde muy calmado mirando a Alejandra.

Joder, este tío acojona mucho más cuando está calmado que cuando se enfada. Parece mucho más peligroso, y la manera en la que ha mirado a Alejandra no me ha gustado ni un pelo.

Cuando voy a contestarle, la princesa se levanta del sofá y me detiene.

—Lo haremos todo como dices—le asegura al Calabrés dando por finalizada la conversación.

Después me coge por el brazo y tira de mí hacia la habitación.

Capítulo 18

Alejandra

Esta mañana me he levantado enfadadísima con la lagartija. Algunas de las cosas que me dijo ayer fueron muy fuertes, me dolieron como si un puñal me atravesase el corazón. Entiendo que ella ha tenido una vida muy dura, se ha criado entre delincuentes, pero nacer en una familia con dinero no es ningún delito, no tiene por qué echármelo en cara como si fuese algo malo. La vida es injusta, unos tienen mejor suerte que otros al nacer y no hay nada que puedas hacer para evitarlo. Lo único que puedes hacer es jugar lo mejor posible las cartas que te tocan en la vida, y tampoco es que criarme sin madre y con un padre que no me quiere sea una maravilla de infancia.

Sin embargo, observar cómo se ha enfrentado a Giovanni para defenderme me ha ablandado por completo. Ella sabe mejor que nadie que es un tipo muy peligroso, alguien a quien es mejor no llevar la contraria y se ha enfrentado a él por mí. En ese momento he comprendido que Candy es la persona con la que quiero estar, seguramente discutiremos un montón de veces, las dos somos muy orgullosas y venimos de mundos muy diferentes, pero me ha demostrado que es capaz de hacer cualquier cosa por mí, de poner en peligro su vida si hace falta y eso es mucho más de lo que ha hecho nunca cualquier otra pareja que haya tenido. Una muestra de amor infinitamente más grande que ninguna de las que he podido recibir.

—Relájate fiero—le digo con una sonrisa nada más cerrar la puerta de la habitación.

—Dios, es que se está pasando, ¿cómo te va a dejar tirada en Francia? ¿Y atarte y amenazar con cortarte el cuello? —pregunta todavía muy agitada.

—Pero no te puedes poner así con él lagartija, no puedes amenazarle, es un tío muy peligroso—respondo intentando calmarla.

—¿Tú sabías sus planes? —me pregunta nerviosa.

—Sabía que iba a amenazar a mi padre con hacerme daño, no los detalles de que me fuesen a amordazar y ponerme un cuchillo en el cuello. Lo de dejarme tirada en Francia lo desconocía por completo—le contesto encogiéndome de hombros.

—No se lo voy a permitir—afirma muy segura—no dejaré que te haga daño.

—Prométeme que estarás tranquila por favor, no quiero que te pase nada. En el peor de los casos me reuniré contigo en cuanto vuelva de Francia, creo que es mejor colaborar con ellos antes de poner nuestras vidas en peligro, Giovanni me aseguró que no me pasaría nada, confiemos en su palabra.

—¿Ya no estás enfadada conmigo? —pregunta arqueando las cejas.

—Eres idiota lagartija—le respondo con un beso.

Un beso cariñoso, casi un simple roce de nuestros labios, pero que me parece tan maravilloso que el corazón se desboca dentro de mi pecho. Nos separamos unos instantes para mirarnos a los ojos, siento la respiración rápida y entrecortada como si fuese mi primer beso. Sin poder contenerse, Candy tira de mis brazos y me tumba sobre ella en la cama mientras nos perdemos en unos maravillosos besos que me dejan sin aliento.

Sus manos recorren mi espalda tirando de mi camiseta hacia arriba, clavándome las uñas con cariño para a continuación, buscar mis nalgas.

—Perdón por lo de ayer—dice entre suspiros.

—¡Has pedido perdón! Debes estar enferma lagartija—bromeo separándome unos instantes para tocar su frente antes de continuar con nuestro beso.

Con torpeza por las prisas nos quitamos la ropa quedando desnudas sobre la cama. Con sus manos enraizadas en mi pelo, Candy suspira sin poder contenerse, sin importarle que en el salón se encuentran Aníbal y el italiano.

—Shhh—le digo señalando a la puerta.

—Cómo me excita cuando te pones mandona—dice sonriendo.

Me coloco a su altura hasta que mi mejilla toca la suya y coloco mi boca en su oído.

—Si se entera Giovanni nos mata a las dos, intenta no hacer ruido—le digo susurrando.

Candy asiente y casi de un salto me levanto y bloqueo la puerta con una silla, una cosa es que el puto italiano nos oiga y otra que utilice esa afición que tiene a entrar sin llamar y nos pille en la cama, quizá otro día lo que me hubiese dado miedo sería el simple hecho de que nos descubriera, pero no hoy, el motivo por el que he bloqueado la puerta es porque no quiero que nada ni nadie interrumpa este momento, quiero y necesito disfrutar de Candy.

Vuelvo a donde estaba y sin perder un solo segundo deslizo mis dedos por sus labios, por su barbilla, de nuevo por su boca mientras ella intenta besarlos.

Joder, daría cualquier cosa por volver a estar completamente a solas con ella en la casa, odio que tenga que contener sus gemidos y los gritos de placer, es algo que me vuelve loca.

—Date la vuelta—le pido susurrando.

Candy me mira divertida y obedece quedando boca abajo sobre la cama, me tumbo sobre ella frotando mi vagina en su nalga, apagando mis gemidos en su cuello mientras rozo mis pezones sobre su piel. Me separo un poco y recorro su espalda con mis dedos. Se mueve girando las caderas, buscando un mayor contacto porque está tan excitada como yo.

Se incorpora ligeramente y se da la vuelta sobre la cama haciendo un gesto con el dedo para que me acerque.

—Me tienes a cien, lagartija—susurro entre suspiros.

Candy tira de mis brazos hacia arriba para que coloque las piernas a ambos lados de su cuerpo hasta que mis pechos llegan a la altura de su boca. A la vez que besa mis pechos, sus dedos se deslizan entre la humedad de mis labios recorriéndome con una lentitud embriagadora. Muevo las caderas, suspiro y gimo, mientras dibuja pequeños círculos en mi interior. Me está volviendo loca, tengo que reprimir mis ganas de gritar, mi abdomen se contrae al sentir cómo se forma un orgasmo en mi interior que dejo escapar como una auténtica explosión de placer.

Me dejo caer sobre su cuerpo completamente relajada, intentando recuperar la respiración mientras la lagartija acaricia mi melena y me abraza con fuerza cubriéndome de besos.

—Ahora te toca—le digo poniendo cara de mala una vez que me he recuperado un poco.

Candy sonrío y se queda tumbada boca arriba en la cama. El golpe de ayer tiene un color espantoso y aun así me parece exquisita, la he visto hacer alguna mueca de dolor, pero ni una sola queja ha escapado de su boca, es orgullosa hasta para eso. Sonrío al pensarlo mientras observo su precioso cuerpo desnudo, su pecho elevándose con cada respiración y su melena contrastando con la almohada. Sus ojos están fijos en mí, intentando adivinar mi siguiente movimiento. Le hago rabiarse un poco y solamente la observo, el ritmo de su respiración aumenta, se va excitando más y más, pequeños suspiros salen de su boca sin necesidad de ser tocada. Acaricio su costado herido con delicadeza, sintiendo la calidez de su piel en mi mano. Al pasar cerca de su pecho emite un ligero gemido que me estremece. Beso su vientre dejando que la punta de mi lengua explore la suavidad de su piel.

Pequeños besos sobre su pubis hacen que contraiga su abdomen, emitiendo varios gemidos

al llegar a su sexo. Lo recorro lamiéndolo como si fuese el más delicado manjar mientras Candy se muerde el puño en un intento de no hacer ruido. Gime de manera incesante, jadea y suspira hasta que eleva las caderas con fuerza una última vez para dejarse caer sobre la cama. Rendida, sin fuerzas y relajada.

Me tumbo sobre su pecho y acaricia mi pelo, percibo el olor y la calidez de su piel, sus pulmones aún siguen buscando recuperar la respiración. En estos momentos, mientras Candy acaricia mi nuca y mi pelo en la víspera de lo más peligroso que haré en mi vida, siento el mejor momento de intimidad que he vivido jamás.

—Ahh—se queja mientras se lleva la mano al costado cuando me muevo para colocarme a su lado.

—Perdona lagartija—digo colocando la mano con suavidad sobre su herida—voy a curarte y mimarte ese golpe otra vez ¿vale?

—Vale—sonríe.

Me levanto para coger lo que necesito y cuando estoy volviendo hacia ella veo que me observa con incertidumbre.

—Te has puesto seria de repente—dice preocupada mientras me siento a su lado.

—No puedes escalar con ese golpe Candy, el dolor no te dejará—argumento convencida de ello.

—Ya lo he pensado, pero le voy a pedir a Aníbal que me traiga los calmantes más fuertes que encuentre y una pomada anestésica de esas que se utilizan para los tatuajes, eso será suficiente, solo necesito que no me duela durante unos minutos—me tranquiliza—aunque quizá si me lo curas como ayer mejore mucho—dice guiñándome un ojo.

—¿Te he dicho ya que eres una idiota? —le pregunto con un nuevo beso.

—Creo que alguna que otra vez, una lagartija idiota que te hace sonreír—responde devolviéndome el beso.

Mientras le vuelvo a aplicar Betadine con una gasa, y aunque su seguridad me ha calmado, no puedo dejar de pensar en el tremendo riesgo que vamos a correr mañana, ella mucho más que yo, aunque las dos nos pondremos en peligro. Estoy muerta de miedo por ella y por mí. Imagino lo que sentirían los guerreros de la antigüedad antes de entrar en batalla, esa extraña sensación de que quizá mañana no vuelvas a ver más a la persona a la que amas, sin embargo, por más vueltas que le doy a la cabeza no veo posibilidad alguna de parar esta locura.

—Candy, si mañana existiese alguna posibilidad de parar todo esto, de alertar a la policía...

—Prométeme que no lo harás, por favor, Alejandra—me pide nerviosa—ya no es solo por el dinero, lo necesito, pero ya no me importa. Ahora mismo lo que me importa de verdad eres tú, el italiano te va a tener vigilada todo el rato, si le estropeas el plan no sé lo que sería capaz de hacerte—me dice muy seria—recuerda que son cuatro millones.

—Si mañana te pasa algo me muero lagartija—le digo sintiendo como los ojos se me encharcan al pensarlo.

—No me va a pasar nada tonta, ya lo verás. Ahora tengo una motivación mucho mayor que el dinero para asegurarme de que no tengo ni un fallo. Mañana se habrá acabado todo y las dos estaremos juntas. ¿Estás llorando un poquito? —pregunta entornando los ojos mientras acaricia mi mejilla con cariño.

—Sí, no puedo evitarlo—le respondo.

—No lo hagas, porque me vas a hacer llorar a mí también y yo no lloro. Además de que te pones muy fea—me dice pegando su frente a la mía.

—Llorar alguna vez no te hace débil lagartija. No se lo voy a decir a nadie, te guardaré el

secreto te lo prometo—susurro besando sus labios.

—¿Ya estás dispuesta a marcharte del país conmigo? —insiste rompiendo el momento de intimidad.

—No necesitas marcharte—respondo muy segura.

—¿Y eso, señorita abogada? —pregunta arqueando las cejas.

—Tengo dos motivos para mí y otros dos para ti—le contesto.

—Empieza por los tuyos.

—El primero es que si me marcho mi padre sospechará automáticamente de mí. Estoy segura de que no va a denunciar la desaparición del dinero, no le interesa que la policía meta las narices en sus asuntos y tendría que explicar por qué tenía cuatro millones en efectivo en su casa en una caja fuerte, y como te podrás imaginar, la procedencia de ese dinero no se puede explicar. El segundo motivo es que hay gente que me importa a la que no quiero abandonar—afirmo encogiéndome de hombros.

—¿Y mis dos motivos? —pregunta ella intrigada.

—El primero es que no necesitas marcharte aunque tú creas que sí.

—Eso es más que discutible—interrumpe la lagartija—¿y el segundo motivo?

—El segundo es que si yo me voy a quedar, espero que tú quieras quedarte conmigo—respondo con una sonrisa.

—Vale, te compro el segundo motivo, pero con el primero no estoy de acuerdo.

—¿Por qué no empiezas por explicarme la verdadera razón por la que quieres marcharte de España? —le pregunto muy seria.

—Puf, Alejandra, ya lo hemos hablado más veces, necesito empezar de cero. Aunque consiga ese medio millón de euros que el italiano me va a pagar, no puedo aparecer de repente con un montón de dinero y pagar todas mis deudas. Cantaría mucho, iban a sospechar, como mínimo tendría que explicar de dónde ha salido ese dinero y no puedo hacerlo, como es obvio—responde sin ver salida a su problema.

—Eso no es del todo como tú piensas—le aseguro—es verdad que no puedes pagar todas tus deudas de repente, y ya sé que Hacienda y la Seguridad Social te han ofrecido un plan de pagos imposible de asumir, pero eso no impide que no hagas aportaciones en concepto de pago además de lo que ya te embarguen de la nómina, las haremos en pequeñas cantidades para que no llamen la atención y de vez en cuando algún ingreso más alto que podemos hacer coincidir con los meses de las pagas dobles. Es cierto que los intereses van sumando, pero te vas a llevar medio millón de euros, no va a ser un problema. Vas pagando poco a poco, no tienes ninguna prisa, y la deuda desaparecerá en unos años, mientras vayas pagando ellos encantados. En cuanto a esos proveedores que amenazan con denunciarte déjamelos a mí, negociaré un acuerdo con ellos, les daremos el cincuenta por ciento de lo que les debes y el resto en tres o cuatro plazos, ellos solo buscan cobrar y no se van a preguntar de dónde viene el dinero. ¿Qué te parece mi plan? —le pregunto apretando su mano entre las mías.

—¿Estás segura de lo que estás diciendo? ¿No me acabarán metiendo en juicios ni movidas de esas? —pregunta la lagartija frunciendo el ceño.

—Estoy completamente segura. Mientras vayas pagando no hay problema, y lo vas a hacer, si acabas pagando muchos intereses, pues bueno, en el fondo paga mi padre—le respondo con un guiño.

—Vaya con la abogada, pensaba que no ejercías—sonríe elevando las cejas.

—Y no lo hago, así que considérate una privilegiada guapa, lo voy a hacer solo por ti. ¿Te he convencido ya?

—Umm no lo sé—dice haciéndose la interesante—la verdad es que con el primer motivo me has convencido bastante, pero el segundo es el que me tiene totalmente convencida. Puedo empezar de cero, pero contigo.

—Eso es—le digo abrazando su cuerpo.

—¿Sabes que tengo muy mal genio y soy muy orgullosa? —pregunta la lagartija con ironía.

—No me había dado ni cuenta—le respondo mientras nuestros cuerpos ruedan sobre la cama.

Capítulo 19

Alejandra

Sentada en mi cama observo a Candy dormir, son algo más de las ocho, anoche durante la cena Giovanni dijo que hoy todos nos tomaríamos el día para descansar y estar preparados para esta noche. Cuando dijo todos me entraron ganas de darle con la sartén en la cabeza, porque realmente la única que tiene que descansar es la lagartija, mi único papel esta noche es ofrecerle una buena imagen de mi garganta al Calabrés, Aníbal solo tiene que controlar su parte desde los ordenadores, Giovanni dormirá a los perros, abrirá un agujero en la valla sin esfuerzo y después solo tiene que ocuparse de hacer la llamada a mi padre y recoger el dinero. Candy es la que se jugará el cuello subiendo por esa pared sin protección, ella es la única en esta casa que merece descansar.

Me giro hacia atrás buscando la ventana y miro al cielo, está completamente cubierto de nubes grises y lo único que puedo hacer es rezar para que esta noche caiga un puto diluvio y al italiano no le quede más opción que abortar el plan, eso es lo único que puede librar a Candy de subir esa pared y como consecuencia mantenerla con vida.

—¿Hoy vas a ser borde o me despertarás con mimos? —la oigo murmurar.

Cuando me giro la veo observándome desde su cama, con los ojos empequeñecidos por el sueño y el pelo alborotado. No le contesto, me levanto y voy hacia su cama, me siento a un lado y después de apartarle el pelo de la cara la beso primero en los labios y después en la frente.

—Buenos días—le susurro a la vez que la destapo para observar la herida.

—Así sí que son buenos—comenta con una calma que ya me gustaría tener a mí.

—Puedes dormir más si quieres lagartija, es pronto.

—No tengo sueño—asegura mientras gira la bola de su piercing, lo que me indica que su aparente calma es fingida.

Mientras ella se ducha salgo al salón y le pido a Aníbal delante de Giovanni, que consiga los calmantes y la pomada anestésica para Candy. El Calabrés asiente dando su permiso y Aníbal abandona la casa antes de que me dé cuenta.

—¿Cómo está? —me pregunta Giovanni muy serio.

—¿Qué más te da? La vas a obligar a subir esa pared igualmente—respondo tajante, después le doy la espalda para dirigirme a la cocina.

—*Ragazza*—me llama poniéndose en pie y acercándose a mí—aunque no te lo creas no quiero nada malo para Candy, ni para ti tampoco, pero los negocios son los negocios y para obtener éxito hay que arriesgar.

—Ya, pero aquí la única que arriesga su vida es ella.

—*Ay bella mia*, si quisieras seguir en este mundillo, el primer consejo que te daría es que apartases los sentimientos a un lado, no son buenos—dice, y se vuelve a su jodido sillón y sigue repasando los detalles del plan.

Hace días me hubiese puesto nerviosa la idea de que Giovanni sospechase algo de lo que hay entre la lagartija y yo, pero ahora mismo la verdad es que me da igual, aunque me pregunto en qué momento se ha dado cuenta. ¿O es que nos ha oído?

—¿No has preparado nada para desayunar? —pregunta Candy sorprendida cuando entra en la cocina.

—¿Qué te apetece que te haga?

—Creía que no aceptabas peticiones especiales—sonríe elevando una ceja.

Me acerco a ella, me pego a su espalda mientras rodeo su cintura y le doy un beso en el cuello.

—Tuyas sí, pero solo hoy, así que aprovecha—le susurro.

—Umm, que interesante—comenta girándose hacia mí—quiero desayunarte a ti.

—Tentador, pero me temo que eso no entra en el menú de hoy señorita.

—¿Y en el de mañana? —pregunta socarrona.

—Tal vez me pille algo lejos de aquí, pero haré todo lo posible para que puedas cenarme ¿trato?

—Trato. Entonces me conformaré con unos cereales mientras espero.

—¿Te ofrezco desplegar todas mis habilidades culinarias y lo único que se te ocurre pedir son cereales?

Candy se encoge de hombros y a mí se me encoge algo por dentro, está asustada, aunque no quiera decírmelo se lo noto, y no sé qué hacer o decir para lograr que se calme. Le preparo un buen tazón de cereales y me siento junto a ella mientras se los come. Minutos después vuelve Aníbal y me entrega lo que le he pedido.

—Le calmarán el dolor, dolor—asegura con timidez.

—Gracias Aníbal.

Ambas salimos al salón sin saber muy bien qué hacer, estamos tan acostumbradas a pasarnos el día en el jardín batallando con esa pared, que la idea de enfrentarnos a un montón de horas muertas, en lugar de calmarnos nos pone más nerviosas.

—¿Nos vamos a la habitación? —me propone muy seria.

—No sé si es buena idea que...

—No para lo que te piensas marrana—me susurra para que ellos no la oigan—solo quiero estar contigo a solas, no hace falta que hagamos nada.

Sus palabras me remueven por dentro, siento una necesidad imperiosa de abrazarla y quedarme el resto del día así, con la lagartija entre mis brazos dejándose querer.

—Vamos—le pido, y justo cuando vamos a abandonar el comedor Aníbal se levanta y corre hacia la ventana.

—Viene un coche, coche—anuncia nervioso.

Giovanni se pone en pie de un salto y comprueba personalmente lo que acaba de decir el informático.

—Viene muy rápido, rápido—añade Aníbal como un crío asustado.

—Ya lo veo *porca troia* ¿Qué más puede pasar? —exclama Giovanni mirando al cielo—voy a por la pistola, no abráis la puerta.

A la vez que Giovanni dice eso, oímos el coche derrapar en el exterior y frenar en seco junto a la puerta. Me pego a la espalda de Candy y coloco las manos en su cintura mientras las dos miramos hacia la puerta paralizadas, el italiano pasa por nuestro lado y se pierde en dirección a su habitación.

Aníbal se aparta de la ventana para no ser visto y en cuestión de segundos, escuchamos la puerta del coche cerrarse y unos pasos rápidos aproximarse a la entrada. Quien quiera que sea la aporrea tan fuerte que la lagartija y yo nos sobresaltamos.

—¡Se que estás ahí Giovanni, abre la puerta o te juro que la tiro abajo maldito hijo de puta! —grita una voz de mujer.

El italiano, que salía pistola en mano en ese momento, se queda quieto como un pasmarote

justo a nuestro lado.

—Yo sé quién es—susurra Candy con la mirada clavada en la puerta.

—¿En serio? —pregunto sorprendida.

—Esa voz es la de mi madre—murmura mientras mis ojos se abren como dos platos.

—¡Giovanni! —grita de nuevo de forma histérica.

Por fin el Calabrés reacciona, le veo guardar la pistola en la parte trasera de su pantalón y dirigirse a la puerta, parece que él también tiene claro quién es. En cuanto le abre, lo primero que veo es una mano que le cruza la cara a Giovanni con una fuerza asombrosa.

—¿Cómo se te ocurre? —le pregunta ella dando un paso hacia adentro, es Aníbal el que aparece por detrás y cierra la puerta, porque por primera vez desde que conozco al Calabrés, se ha quedado mudo.

En cuestión de segundos le doy un repaso rápido a la mujer y sin duda tengo que aceptar que es la madre de Candy, es su viva imagen, solo que más mayor y vestida de forma elegante, como si viniera de una comida de negocios o una cita en un buen restaurante. Sus ojos enfocan hacia nosotras y al contrario que su madre, que al verla parece perder toda esa fuerza y decisión que ha mostrado contra Giovanni, Candy se tensa entre mis brazos y contiene la respiración.

—Carla cariño...—dice la mujer emocionada.

—Me llamo Candy—contesta la lagartija con rabia.

—Claro hija, yo...

—No te acerques—le pide dando un paso hacia atrás, y como consecuencia tropezando con mi cuerpo.

Su madre no hace caso y da un paso hacia delante con prudencia, con la prudencia de una madre que sabe que ha actuado mal y que parece estar arrepentida, pero Candy se estremece y noto su cuerpo temblar, así que decido que igual que me protegió ella ayer, mi deber es protegerla hoy.

La agarro con más fuerza por la cintura y la pego a mí, después miro fijamente a su madre y le hago un gesto con la mano para que deje de avanzar.

—Le ha dicho que no se acerque, así que haga el favor de respetarla—le pido de forma educada.

Tras tragar saliva en un claro gesto de dolor, asiente con la cabeza y retrocede un par de pasos.

—Está bien, hablaremos luego hija, ahora voy a ocuparme de este—dice girándose hacia Giovanni que la mira perplejo.

No entiendo nada, no sé qué hace su madre aquí ni porque el italiano parece un calzonazos a su lado, pero aunque me duele por Candy porque sé que es un momento duro para ella, no puedo evitar disfrutar de la cara de póker del Calabrés.

—¡Aníbal cariño! —exclama la madre con los brazos abiertos—ven a darme un abrazo, que tú no tienes la culpa de nada.

Ante mi cara de asombro, Aníbal sonrío y se funde en un cariñoso abrazo con ella.

—Hola Olivia, Olivia—saluda feliz.

A Candy se le escapa una exhalación de aire que le contrae el abdomen y echa su cuerpo hacia atrás como si quisiera asegurarse de que sigo aquí y no la voy a soltar.

—Candy cariño—le susurro al oído—¿prefieres que nos vayamos a la habitación?

—No.

—¿Te traigo un vaso de agua?

—No.

—Dime que hago para que estés mejor—le pido preocupada ante su estado casi catatónico.

—Solo necesito que estés a mi lado—asegura cogiendo mi mano y apretándola con fuerza.

—No me apetece estar en otro sitio.

Cuando deshacen el abrazo, Aníbal se acerca a nosotras quedándose a nuestro lado y Olivia se vuelve hacia Giovanni, que parece haberse recuperado de la sorpresa.

—¿Te has vuelto loco? ¿Cómo se te ocurre meter a Carla en tus mierdas?!—le reprocha indignada.

—La estoy ayudando *bella mia*—se defiende intentando calmarla.

—¿La estás ayudando? Haciendo que escale una pared imposible, ¿así es cómo la ayudas?

—Al menos hago algo por ella, mira la mierda que le dejó su padre, ¡su propio padre, joder! —grita él fuera de sí—deberías agradecerme lo que estoy haciendo, yo al menos le estoy dando una oportunidad después de lo que él le ha hecho.

—Una oportunidad metiéndola en tu mundo, serás cabrón—le reprocha dándole una fuerte palmada en el pecho que me dispara el pulso.

La mirada que le devuelve el Calabrés es de pura rabia, pero aun así se contiene y se pega a ella mirándola de una forma tan intimidatoria que yo ya me habría meado encima, pero la madre de Candy mantiene el tipo y no parece tenerle miedo.

—Dios mío, si sigue provocándole le hará daño—comento asustada.

—Giovanni Cervini solo tiene un punto débil, Olivia, a ella jamás le hará daño, daño—suelta Aníbal sin dejar de mirarlos.

—Está claro que tú y yo tenemos un concepto muy diferente de lo que significa ayudar Giovanni—sigue su madre.

—Es posible *amore mio*, pero abandonarla como tú hiciste tampoco puede considerarse ayuda.

Contemplo la escena atónita, Giovanni muestra hacia ella tanto reproches como palabras cariñosas que confirman lo que acaba de decir Aníbal, joder está colado por ella.

—¡Salí de su vida precisamente para que no acabara como yo! —grita dolida—¡pero está claro que ni ocultándote que era tu hija he podido protegerla de ti!

—¿Qué has dicho?!—grita Giovanni alternando la mirada entre ella y Candy.

—Soy hija del Calabrés—susurra Candy perdiendo fuerza en las piernas.

Impresionada por lo que acabo de escuchar, me coloco delante de ella y sostengo su cara entre mis manos.

—Escúchame bien Candy, tú no eres como él ¿me oyes? Candy cariño, no eres como él—le aclaro captando su atención por fin.

—No soy como él—repite sin salir de su asombro.

—No, no lo eres y jamás lo serás.

La lagartija asiente lentamente mientras Aníbal se mueve con rapidez y acerca una silla, donde entre los dos la ayudamos a sentarse mientras sus padres siguen discutiendo.

—¿Cómo has podido ocultarme algo así?!—le reprocha Giovanni.

—Te lo acabo de decir, no quería que acabara como nosotros. Dios—dice llevándose una mano a la cabeza—elegí a su padre, al otro—aclara—porque siempre fue más calmado, sabía que sin mí a su lado no se atrevería a meterse en líos, pero yo era incapaz de parar, igual que tú, por eso cuando salimos de la cárcel decidí marcharme y dejarla con él, estaba segura de que así estaría a salvo, pero el muy cabrón...

—Está bien, vamos a calmarnos—dice el italiano.

—Nada de calmarnos Giovi, tu plan acaba aquí—asegura decidida.

¿Giovi? ¿En serio? Joder, tengo que morderme la lengua para no reírme.

—¿Qué sabes tú de mi plan? ¿Y cómo nos has encontrado? —pregunta el Calabrés torciendo el gesto.

—Ay querido, a veces olvidas que aprendí del mejor—dice mirándole a él—yo también tengo mis recursos ¿sabes? Tengo a mi propio Aníbal y desde que me enteré de que te habías acercado a ella os he estado vigilando. Conozco hasta el último jodido detalle de tu plan...

—¿Cómo? —exige saber el Calabrés, que está rojo de indignación.

—Seguro que te acuerdas del vigilante que os visitó hace unos días ¿verdad querido? Claro que sí—se responde ella sola, orgullosa de haberle ganado la partida—solo tuve que ofrecerle una pequeña cantidad para que viniera aquí, le dije que su visita no sería recibida con agrado claro, pero que estaba segura de que le compensarías un poco más, el micro debe de estar por ahí —dice señalando hacia los ordenadores—porque os escuchaba perfectamente.

Giovanni enrojece un poco más y farfulla algo que no logro entender pero que parece divertir a Olivia.

—Alejandra querida—dice dirigiéndose a mí y dejándome con la boca abierta—sí, sé quién eres, y eres libre de irte cuando quieras, te doy mi palabra de que este idiota de aquí no te hará ningún daño, ni a ti ni a nadie.

Candy se pone en pie y me mira fijamente como si temiera mi reacción, pero para mi sorpresa mi respuesta la tengo bastante clara.

—Yo no me voy a ningún sitio sin Candy.

Su madre sonrío y de nuevo se gira hacia Giovanni.

—Ya puedes olvidarte de que Carla escale esa pared Giovi, tu plan de mierda se acaba de terminar.

—¡Soy yo quien decidirá si escalo o no! —interviene Candy hablando por primera vez.

—Tú ya no tienes nada que decidir aquí *amore*, estás fuera.

La contestación del italiano es tan tajante que Candy le da una patada a la silla y farfulla algo que tampoco logro entender, pero me da igual su enfado, Giovanni, embriagado por su repentino instinto protector de padre, la acaba de dejar fuera del plan, lo que significa que no deberá escalar esa pared, y el alivio que siento es tan inmenso que hasta me mareo un poco.

—¡Necesito el puto dinero, joder! —grita con los ojos bañados en lágrimas.

Sé que no es solo por el dinero, de hecho, creo que ahora mismo eso es lo de menos para ella y que sus lágrimas se deben a su incapacidad para procesar la presencia de su madre y enterarse de que su verdadero padre es Giovanni. La abrazo y beso su cabeza.

—No te preocupes por el dinero *bella mia*—dice el italiano con esa sonrisa típica suya que le hace parecer un jodido loco—estoy seguro de que tu madre ya ha resuelto ese problema, ¿me equivoco querida?

—En absoluto—dice coqueta—el dinero está en el coche.

El silencio en el salón se hace devastador, durante varios segundos todos nos miramos atónitos, pero por su expresión de satisfacción, parece que lo que dice es cierto.

—Aníbal cariño, ve al coche y trae las bolsas del maletero por favor—le pide tirándole las llaves.

Sorprendentemente, Aníbal las coge al vuelo y sale disparado hacia el exterior dejando la puerta abierta, desde donde le vemos sacar varios macutos del maletero que entra de dos en dos mientras todos le miramos con la boca abierta.

Tras soltar la última bolsa, cierra la puerta y abre una de ellas, donde vemos numerosos fajos de billetes de veinte y cincuenta.

—¿Cómo lo has hecho, hecho? —quiere saber el informático, a quién supongo que le debe estar explotando el cerebro mientras calcula las alternativas a nuestro plan.

—¿Un hombre solo y soltero? Solo me han hecho falta estas y un par de somníferos—dice cogiéndose los pechos—los hombres sois tan predecibles, no te ofendas Alejandra, pero seducir a tu padre ha sido lo más fácil que he hecho nunca.

Lo cierto es que la creo, la madre de Candy tiene el mismo atractivo que su hija, no me extraña que mi padre se haya dejado engatusar, y más teniendo en cuenta que tras la muerte de mi madre nunca ha querido estar con nadie, ha satisfecho sus necesidades a base de amantes interesadas que se acercaban a él por su fortuna, igual que Olivia, solo que ella además le ha robado cuatro millones de euros. Solo por haberlo conseguido merece quedárselos, pero yo tengo una duda.

—¿Cómo has conseguido la combinación de la caja? Porque estoy segura de que él jamás te la daría.

—No le hace falta, es experta en abrir cajas fuertes—comenta Candy sin apartar la mirada de su madre.

—*¡Dobbiamo celebrare questo!* —exclama Giovanni sorprendentemente feliz—Olivia amore mio, siempre he sabido que eras la mejor de todos nosotros—asegura, y antes de que ella pueda decir nada, la atrae hacia él y le estampa un beso en los labios que la deja tambaleante.

—Las celebraciones en otro momento Giovi—dice tras recomponerse—tenemos algo más de cinco horas antes de que despierte y eche en falta el dinero.

—*Certo, certo.* Aníbal, ve recogiendo todo, nos marchamos en cuanto acabes, recuerda que lo único que dejaremos aquí es esa pared de regalo.

—¿Estás bien? —le pregunto a Candy mientras Giovanni empieza a extraer fajos para contar el dinero.

—No lo sé—dice aturdida.

—Ha terminado lagartija, ya no tienes que subir esa pared y además tienes el dinero para pagar, en cuanto te lo den nos largamos y tú y yo empezamos de cero juntas ¿de acuerdo? —le susurro intentando transmitirle calma.

—Sí...

—Candy *amore*—la llama Giovanni.

—Deja de llamarme *amore* joder—responde molesta.

—Está bien, aquí tienes tu parte, medio millón para que hagas lo que quieras con él.

Giovanni deja una de las bolsas frente a ella y se separa lentamente para respetar su espacio, lo cual le agradezco porque Candy sigue en una especie de estado de shock del que no logra salir.

—Sigamos, ahora hay que hacer tres partes de lo que queda—dice mirando a Olivia para asegurarse de que está de acuerdo en compartirlo con él y Aníbal, ya que al fin y al cabo el trabajo lo ha hecho ella.

—Sí Giovi, pero no olvides separar medio millón de tu parte y dárselo a Alejandra por las molestias que le has ocasionado, ¿cómo se te ocurre secuestrarla? ¿te has vuelto loco? —le regaña.

—¿Y qué podía hacer? Yo no tengo esas tetas tan exquisitas que tú tienes—se defiende.

Joder, esta vez soy incapaz de contener la risa, hasta a Candy ha parecido hacerle gracia el comentario. Sin decir nada más, Giovanni empieza a contar el dinero y me entrega otra bolsa.

—Vamos a recoger nuestras cosas y nos largamos—dice Candy, y las dos nos metemos en la habitación dejando a Giovanni, Olivia y Aníbal en el salón.

Capítulo 20

Alejandra

Entramos en la habitación dispuestas a marcharnos de la casa lo antes posible; ninguna de las dos queremos tener nada que ver con esa pandilla de delincuentes a los que podemos escuchar en el salón mientras ríen y cuentan anécdotas de sus antiguos golpes como si fuese el primer día de instituto.

Estoy muy preocupada por el efecto que pueda tener en la lagartija el hecho de haberse enterado de que es hija del italiano, sin saber tampoco qué esperar ahora que su madre ha vuelto a aparecer de la nada. Al mismo tiempo, siento una alegría casi infinita sabiendo que todo esto se ha acabado, sobre todo, muy feliz de que Candy no haya tenido que escalar esa maldita pared. No he podido pegar ojo en toda la noche pensando en que podría perderla para siempre.

Nada más cerrar la puerta y quedarnos a solas, Candy se sienta en la cama y abraza sus rodillas escondiendo la cara entre ellas. Hasta hoy, nunca había visto ni un atisbo de fragilidad en ella, pero todo lo que ha pasado es suficiente como para hacer tambalearse a la persona más dura.

—¿Cómo estás lagartija? —le susurro acariciando su espalda.

—Solo intento asimilar todo lo que ha pasado—responde sin levantar la cabeza.

—Ya se ha terminado—le digo sentándome a su lado a la vez que la abrazo.

—Giovanni es mi padre—se lamenta con la cara desencajada.

—Candy cariño, tú no eres como ellos, de verdad. Lo he visto muy claro estos días, eres muy diferente, aunque al principio reconozco que me pareciste una pandillera—bromeo arrancándole una pequeña sonrisa— ahora solo piensa en que podrás empezar desde cero, estaremos juntas y todo va a salir bien, ya lo verás. Y por cierto, a partir de ahora solo escalarás por diversión y siempre que yo esté debajo para asegurarte—le digo zarandeando su cuerpo de manera cariñosa para intentar animarla.

—Vámonos de aquí cuanto antes—me pide con prisas.

—En eso estoy de acuerdo, cuanto menos tiempo pasemos en esta casa mucho mejor. ¿Qué tal si te vienes a vivir conmigo?

—¿Quieres? —pregunta elevando las cejas con sorpresa.

—Claro que quiero tonta, ya me he vuelto adicta a ti, así que a partir de ahora tendrás que soportarme todos los días, pero si prefieres vivir sola...—comento entornando los ojos.

—¡No! Claro que quiero ir contigo, supongo que en tu casa estaremos mejor que en el agujero en el que vivo.

—Bueno, no esperes gran cosa lagartija, es la casa que perteneció a mis abuelos maternos y que heredó mi madre y tras su muerte yo, es bastante antigua como comprenderás, pero es perfectamente habitable y lo único que tengo que no pertenece a mi padre, así que me trasladé allí para que al menos eso no pudiese echármelo en cara.

—Si tú estás dentro para mí es perfecta.

—Pues venga, recoge tus cosas y vámonos de aquí.

—Si la casa es tan antigua igual tiene una baldosa hueca para que escondamos el dinero—bromea elevando una ceja.

—Muy graciosa guapa—digo dándole una palmada en el trasero.

Candy sonrío y respiro aliviada al verla algo mejor, pero le dura poco, porque cuando

estamos a punto de salir, escuchamos a alguien llamando a la puerta. Al menos sabemos que no es Giovanni porque el italiano habría entrado sin llamar, que puñetera manía. ¡Cómo me voy a alegrar de no volver a verle!

La cara de la lagartija palidece al escuchar la voz de su madre diciendo que le gustaría hablar con ella solo unos minutos.

—¡No tenemos nada de qué hablar! —grita Candy orgullosa a través de la puerta.

—Carla por favor, escúchame solo unos minutos, tengo mucho que explicarte, deja que lo haga y luego si quieres no me volverás a ver nunca más—suplica su madre con la voz entrecortada.

—Me llamo Candy joder, el nombre de Carla lo abandoné cuando tú hiciste lo mismo conmigo, justo cuando más necesitaba a una madre a mi lado—le reprocha algo nerviosa.

—Por favor, Candy, solo será un momento, al menos déjame explicarte mis razones—suplica de nuevo con un hilo de voz.

Ese contraste entre la Olivia delincuente que ha sido capaz de cruzarle la cara a Giovanni nada más entrar por la puerta y la mujer que suplica con la voz entrecortada para que su hija la escuche unos instantes, me ablanda el corazón.

—Lagartija, escúchala un momento y luego nos vamos. Yo me quedaré aquí contigo si quieres, pero dale una oportunidad, venga—le pido intentando convencerla.

—Ni de coña, no tengo nada que hablar con ella, para mí no existen ni ella, ni mi padre biológico, ni mi otro padre. No tengo familia—responde llena de rabia.

—Por favor, Candy—le digo con mis manos a ambos lados de su cara pegando mi frente a la suya—yo habría dado lo que fuese por poder hablar tan solo un minuto con mi madre. No tienes nada que perder cariño, si no lo haces por ella hazlo por mí, pero escúchala o puede que algún día te arrepientas de no haberlo hecho.

Candy se separa un momento y cerrando los ojos, me da un pequeño beso en los labios y asiente.

—Solo un minuto y te quedas conmigo mientras hablamos—afirma muy seria—y que quede claro que lo hago por ti.

—Gracias lagartija, después te prometo que nos vamos de aquí. Si quieres podemos ir un par de semanas a mi casa de la playa en Altea, mi padre la tiene por capricho y nunca la usa, allí nos olvidaremos de todo esto como si fuese un mal sueño y decidiremos lo que queremos hacer con nuestra vida. Tiene piscina climatizada y total privacidad—le digo entre susurros guiñando un ojo mientras ella sonrío levemente.

Dejamos entrar a Olivia a la habitación y nos sentamos en la cama una al lado de la otra. Instintivamente, Candy coge mi mano y la acaricia nerviosa con su dedo pulgar mientras su madre se sienta en la que era mi cama, frente a nosotras.

Parece muy joven para ser su madre, conserva esa belleza casi salvaje que me vuelve loca cuando miro a la lagartija. Aun sabiendo que es una mujer muy peligrosa, mis ojos solamente son capaces de verla con cierta ternura, como una madre que intenta no perder su hija.

—Gracias por escucharme cariño—le agradece rompiendo el incómodo silencio que reina en la habitación.

—Solo un minuto, ¡habla! —responde muy seca la lagartija.

—Candy, aunque te resulte muy difícil de creer, al salir de la cárcel desaparecí por tu bien, es lo mejor que podía hacer por ti—afirma con la mirada triste.

—¡Y una mierda! —contesta ella enfadada—¿cómo puede ser lo mejor para una chica adolescente que su madre desaparezca de repente? ¿Tú sabes lo que es que tus padres entren en

prisión mientras eres una niña y cuando por fin salen, después de esperar años para volver a vivir como una familia, tu madre desaparece?

—Hija, mi vida no es algo de lo que me sienta orgullosa, pero robar es lo único que sé hacer, y soy muy buena en ello. A ciertas personas cuando llevan un tiempo, esta vida les atrapa tanto que no pueden dejarlo, independientemente de los peligros o del dinero que hayan ganado. Es peor que una droga; mira a Giovanni, es muy rico, tiene varias propiedades en Italia y alguna también en España, ha dado golpes que son la envidia de nuestro gremio, pero no lo puede dejar. Lo mismo me pasa a mí, por desgracia no tenemos un interruptor en la cabeza que podamos pulsar para apagar esa necesidad, aun sabiendo que el riesgo que corremos si algo sale mal es la cárcel o incluso la muerte.

Escuchamos a su madre sin poder hablar, con los dedos entrelazados y nuestros cuerpos pegados mientras sigue con su historia.

—Cuando entré en la cárcel y pese al dolor que sentí al separarme de ti, comprendí que nunca sería capaz de dejarlo. Mientras estuve entre rejas, lejos de arrepentirme de lo que había hecho, me dediqué a tejer una red de contactos que me permitirían dar mejores golpes al salir. Eso me abrió los ojos, lo necesitaba, pero también sabía que no quería que un día vieses de nuevo cómo entraba la policía en nuestra casa para llevarse esposados a tus padres, y mucho menos que te dieran la noticia de que me habían disparado en algún golpe fallido. Tenía muy claro que la única manera de protegerte era separarme de ti, incluso si eso significaba perderte.

Mientras habla, Candy aprieta mi mano como si quisiera romperla y mis ojos empiezan a llenarse de lágrimas.

—¿Y lo de Giovanni? ¿Papá lo sabía? —pregunta la lagartija nerviosa.

—Sí cariño, lo sabía. Me casé con tu padre precisamente para intentar escapar de este mundo. Al saber que estaba embarazada tuve claro que junto a Giovanni te quedarías huérfana muy pronto. Ya ves que no le tiene miedo a nada, y por desgracia yo tampoco. Hacíamos un gran equipo, pero no conocíamos nuestros límites, juntos éramos demasiado peligrosos. Tu padre era un hombre tranquilo, un ladrón de poca monta, lleno de talento, sí, pero sin ninguna ambición, lo ideal para ir desenganchándome poco a poco, o eso creía. Lo cierto es que funcionó durante algunos años, solo dábamos algún golpe cuando necesitábamos dinero y casi todos eran muy seguros, nada que ver con la vida que llevaba junto a Giovanni.

—¿Así que lo tuyo con Giovanni no fue algo de una noche? —Pregunta Candy.

—No cariño—dice con melancolía—estuvimos una buena temporada juntos, dábamos golpes tanto en Italia como en España, en uno de esos golpes nos asociamos con un ladronzuelo con mucho talento que se dedicaba a abrir cajas fuertes de todo tipo, así conocí a tu padre. Al quedarme embarazada, comprendí que si quería darte una familia debía quedarme con él y dejar a Giovanni—contesta con el gesto frío, como si fuese lo más normal del mundo.

—¿Querías a papá? —Pregunta Candy sin dejar de soltar mi mano.

—Sí, le quería. Era otra forma distinta de quererle. Nunca hubo la pasión que sentía junto a Giovanni; era un cariño más sereno, pero le quería. Me sorprendió mucho lo que hizo escapando con el dinero del negocio, parecía muy ilusionado cuando lo montó y lo puso a tu nombre. Espero que no nos volvamos a encontrar porque no sé lo que haría, y sé que no podré controlar a Giovanni, está muy enfadado ahora que sabe que eres su hija—responde Olivia volviendo a dar miedo.

—Ahora mismo no quiero saber nada ni de ti, ni de Giovanni, ni de papá—dice la lagartija con el gesto muy serio.

—Lo comprendo cariño, solo quería explicártelo y esperar que algún día quizá puedas

perdonarme—contesta con tristeza en los ojos.

Me parte el corazón ver cómo se levanta e intenta abrazar a Candy mientras ella se lo niega. Comprendo que la lagartija esté muy dolida, yo también lo estaría, pero quizá al no tener madre me toca la fibra sensible, y ver esa tristeza en los ojos de una mujer tan dura es más de lo que puedo soportar. Sorprendiéndome a mí misma, me levanto y la acompaño hasta la puerta.

—Olivia, muchas gracias por hablar con Candy y por no permitir que escalara esa pared, si le hubiese pasado algo yo... —sollozo con los ojos llenos de lágrimas.

—No llores cariño—dice recogiendo mis lágrimas con los pulgares y besando mi frente— sé que he sido una madre pésima y que jamás estaré a la altura de lo que ella necesita, pero si hay algo que nunca permitiré, es que nadie la ponga en peligro. Menos mal que con tu padre fue fácil, porque si hubiese tenido que robar ese dinero por las malas también lo habría hecho. Ahora me voy tranquila Alejandra, parece que tú le das todo lo que necesita y eso me consuela, aunque no me exima de mis errores. Siempre tendrás las puertas de mi casa abiertas, espero que algún día no muy lejano me perdone y las dos vengáis a vernos—me contesta acariciando mi hombro.

—¿Cómo podemos contactar contigo si un día Candy cambia de opinión? —pregunto con la esperanza de una futura reconciliación entre madre e hija.

—Aníbal os llevará donde le digáis en la furgoneta, meterá también ese trasto con ruedas de Candy. Él os dará un teléfono con una línea segura con mi número por si un día quiere volver a hablar conmigo—responde con calma—también estará el de Giovanni—añade elevando una ceja —prométeme que lo utilizareis si tenéis algún problema.

—Lo haremos—le aseguro convencida de ello.

—¡No pienso ir con ninguno de vosotros, y mucho menos llamaros! —vocifera Candy agitada desde la cama, no sabía que tuviera el oído tan fino.

—¿Cómo pretendes que ese cacharro lleve a dos personas con la ropa y el dinero, Candy? —pregunta Olivia en tono conciliador.

Las dos nos miramos comprendiendo que tiene toda la razón, con las prisas por marcharnos de la casa lo antes posible, no habíamos pensado en que es imposible ir las dos en su moto con las bolsas del dinero y la ropa. Que nos lleve Aníbal en la furgoneta de Giovanni me parece buena elección.

Haciendo gala de su habitual orgullo, la lagartija no dice nada y se limita a sacar nuestras mochilas de la habitación.

En poco tiempo todos estamos listos para marcharnos. Olivia y Giovanni se marcharán en el coche de ella hacia una de las propiedades que el Calabrés tiene en Italia, aunque por motivos de seguridad no nos dicen dónde. A ellos se unirá Aníbal una vez que nos deje en mi casa con el dinero y la moto de la lagartija.

Al salir, Giovanni ya lo tiene todo preparado para marcharse lo antes posible.

—*¡Santa Madonna! Andiamo*, debemos estar en Francia antes de que se dé cuenta de que le falta el dinero. *Ragazza*, un piacere conocerte y hacer negocios con tu padre—me dice arqueando una ceja.

—Hasta la próxima Giovi—le contesto en tono burlón, guiñando un ojo ante la mirada atónita del italiano.

Me detengo al llegar a la altura de Olivia, que nos espera junto a la furgoneta de Giovanni. Por algún motivo que no comprendo le he cogido cariño, a pesar de que la acabo de conocer, pero el simple hecho de que haya evitado que Candy escalase esa pared ya es suficiente para ganarse mi agradecimiento de por vida.

—Espero que no sea un adiós definitivo, Olivia—le digo con mirada sincera.

—Estoy segura de que nos volveremos a ver Alejandra. Sé que harás muy feliz a Candy y ella a ti, formáis una gran pareja—exclama con el gesto dulce y una caricia en mi mejilla.

Su gesto me produce una explosión de añoranza por lo que no tengo y me encojo levemente mientras ahogo un suspiro entrecortado que no le pasa desapercibido.

—Ven aquí cariño—me pide abrazándome con fuerza y provocando un mar de lágrimas que no sé de dónde proceden—sé tu historia, y estoy segura de que tu madre se sentiría tan orgullosa de ti como yo de Carla—me susurra sin soltarme.

Tiene razón en que ha sido una madre de mierda para Candy, pero no deja de ser una madre con ese instinto protector que solo ellas tienen y del que ha decidido darme un poco que le agradeceré eternamente.

—Candy espera—le pide Giovanni justo cuando estamos a punto de montarnos en la furgoneta.

—¿Qué quieres? —pregunta de forma brusca.

El italiano tuerce el gesto y con la mirada encendida, se acerca a ella y se planta delante obligándola a mirarlo.

—No lo sabía *bella mia*—susurra como si le diera vergüenza mostrarse cariñoso.

—¿Y qué más da? —responde Candy encogiendo los hombros y bajando la mirada.

Giovanni consigue conmovirme por primera vez cuando coloca un dedo en la barbilla de la lagartija y lo eleva lentamente para que ella lo mire.

—No pretendo que me llames papá, Candy, pero sí que me des la oportunidad de pasar tiempo contigo. Tu madre no lo ha hecho bien—dice dedicándole una leve mirada compasiva a Olivia—pero eso no significa que no te quiera ni se preocupe por ti, ven a vernos cuando todo esto se calme, ven con la *ragazza*, os prepararé la mejor de las habitaciones y os cocinaré mis exquisitos spaghetti a la Giovi, se los hacía a tu madre cuando se enfadaba conmigo y *mamma mia*—dice elevando los brazos al cielo—siempre funcionaba.

Candy no puede evitar sonreír y Olivia se lleva una mano a la boca emocionada.

—Lo pensaré—dice la lagartija dando por zanjada la conversación.

—¿Lo ves *amore mio*? —exclama feliz dirigiéndose a Olivia—Candy y la *ragazza* nos visitarán pronto, *chiao amori* dice lanzándonos un beso antes de que ambos se monten en el coche y se marchen.

Se me forma un nudo en el estómago al abandonar la casa. En solo dos semanas he vivido aquí sensaciones más profundas que en el resto de mi vida. Un secuestro, convivir con delincuentes y sobre todo, conocer y enamorarme de Candy. Llevamos poco tiempo juntas, pero las circunstancias han hecho que nos unamos tanto como si fueran años, ahora puedo mirar al futuro de una manera muy diferente, con optimismo, deseando empezar de cero con mi lagartija.

Epílogo

Alejandra

El viejo caserón de mis abuelos se ha llenado de vida desde que vivimos juntas, aunque solamente sea por el desorden. En estos seis meses no le puedo pedir más a la vida; pese a venir de mundos tan diferentes nos complementamos a las mil maravillas.

Cuenta un mito griego que en el principio existían seres con cuatro brazos, cuatro piernas y dos cabezas; para reducir su poder, Zeus les cortó por la mitad y desde entonces buscamos a nuestra alma gemela, porque sus abrazos al unir nuestros cuerpos nos dan la plenitud y nos hacen ser mucho mejores de lo que somos por separado. A veces pienso que eso es lo que me ocurre con Candy, desde que estamos juntas todo ha mejorado de manera infinita.

—Esto ya está—comenta el instalador sacándome de mis pensamientos.

Me levanto del césped del patio delantero y le sigo hasta el garaje, donde decidimos que en una de las paredes laterales, mandaríamos montar un rocódromo para que Candy pudiese entrenar, es la segunda reforma que hacemos en casa, la primera fue acondicionar el estudio para que yo pudiese escribir con tranquilidad, y gracias a eso y al apoyo de Candy, conseguí terminar mi novela y la autopubliqué el mes pasado, la verdad es que la acogida está resultando sorprendente.

—¿Qué le parece? —pregunta el chico elevando una ceja mientras ambos observamos la pared.

—Perfecto, estoy segura de que le encantará—digo cuando descubro que en una de las esquinas le han montado una zona desplomada que llega al techo.

Después de pagarle y despedirme de él, me meto en casa y me siento en el sofá para esperar a que Candy llegue del trabajo, los padres de mi amiga Aroa son los dueños de uno de los circuitos aeroforestales más conocidos de la zona, y cuando les hablé de la habilidad de Candy para escalar le ofrecieron ser monitora a tiempo completo. Ahora usamos gran parte de su sueldo, ganado honradamente, para pagar las deudas con la Seguridad Social y Hacienda. Con los proveedores pude negociar un plan de pago sin ningún problema y en poco más de seis meses hemos liquidado la deuda con ellos.

En cuanto a mi padre las cosas siguen más o menos igual. Sabe que vivo con la lagartija, pero ni siquiera me ha preguntado quién es o dónde la he conocido, aunque teniendo en cuenta la cara que puso cuando le dije que no éramos precisamente amigas agradezco su silencio. Si antes me ignoraba, ahora simplemente me evita, pero al menos ha dejado de presionarme para que me dedique a ejercer derecho. Las pocas veces que le he visto en estos seis meses hemos mantenido conversaciones vacías y por supuesto, no me ha comentado nada del robo de los cuatro millones, aunque Julia, su cocinera, con la que sigo manteniendo bastante trato y que reserva para mí un tupper lleno de croquetas cada vez que las hace, me ha dicho que pasó dos o tres semanas con un humor de perros, gritando a todo el personal de la casa, y que ahora ha vuelto más o menos a la normalidad, es decir; a ignorar a cualquier persona que no tenga mucho dinero.

Oigo el sonido de la moto de Candy y ese cosquilleo en el estómago que no hay manera de evitar cuando la tengo cerca me envuelve por completo. Me asomo a la ventana y la veo dejar la moto en mitad del patio, no le he dicho que el instalador ya ha terminado porque quiero que se lleve una sorpresa. Por cierto, su vieja moto pasó a la historia, ahora lleva una ciento veinticinco que nos costó la primera de nuestras discusiones, yo quería que se comprara un coche porque las

motos me dan pánico, pero no hubo manera de convencerla, así que el término medio fue una moto de poca cilindrada.

—Hola princesa—me saluda con un beso y el pelo revuelto después de quitarse el casco.

—Hola lagartija—contesto abrazándola.

La melodía de la banda sonora de El Padrino empieza a sonar a nuestras espaldas y Candy resopla mientras yo sonrío. Es la melodía que la lagartija le puso al teléfono que nos entregó Aníbal, según ella porque a sus padres les pega mucho.

—¿Quieres cogerlo? —pregunto poniéndome seria.

—No, cógelo tú.

—Candy...

—Venga ve, que ya sabes lo pesada que se pone mi madre si no contestas—me insta dándome una palmada en el culo—yo voy a ducharme mientras tanto.

La lagartija se pierde por el pasillo que lleva a las habitaciones y el baño mientras yo corro hasta el mueble para coger el teléfono.

—Hola Olivia—saludo segura de que es ella.

—Hola Alejandra ¿cómo estáis cariño?

—Muy bien, Candy acaba de llegar del trabajo, la pillas en la ducha...

—No tienes que excusarla Alejandra, no se ha puesto ni una sola vez en estos seis meses, aunque no pierdo la esperanza de que un día lo haga—dice con pesadez.

—Te perdonará Olivia, la conozco, pero necesita tiempo.

—Eso espero, dale recuerdos míos y de su padre ¿de acuerdo?

—Claro.

—Pero no llamo solo por eso, también llamo para felicitarte, hemos terminado de leer tu novela y nos ha encantado.

—¿Hemos? —pregunto arqueando una ceja.

—Oh sí cariño, Giovanni también la ha leído, de hecho, la terminó antes que yo—se ríe.

—*¡Bravissima ragazza!* —oigo exclamar al italiano.

—Vaya, me alegro de que os haya gustado—digo sin salir de mi asombro.

—Muchísimo Alejandra, de verdad. Pronto llegará el buen tiempo, a ver si convences a Carla y nos hacéis una visita, así de paso nos dedicas el libro.

—Lo intentaré, te lo prometo. Ahora tengo que dejarte—digo cuando escucho salir a la lagartija del baño.

—Gracias cariño.

Candy

Llego al salón y la princesa todavía tiene el teléfono pegado a la oreja con esa expresión suya que tanto me gusta, le guiño un ojo para que entienda que no debe colgar porque yo esté aquí, no me molesta que hable con mi madre, al contrario, me alegro de que lo haga.

Mi madre lo hizo mal conmigo, cuando salió de la cárcel tuvo la oportunidad de elegir cambiar de vida y quedarse a mi lado, pero no lo hizo, eligió seguir robando porque es adicta a ello. Como digo, conmigo lo hizo mal, pero con Alejandra lo está haciendo muy bien, le está dando esa dosis de cariño y afecto maternal que nunca ha tenido, veo en la cara de la princesa la emoción cada vez que el teléfono suena, porque aunque sean unos minutos de vez en cuando, para ella es mucho más de lo que nunca ha tenido, y a mi madre hay que reconocerle una cosa, puede que no supiera mantenerse a mi lado, pero cuando estaba en casa era toda una madraza.

Cuando veo a la princesa así de feliz por hablar con ella no puedo evitar sentirme mal, yo tengo algo que ella ha anhelado toda su vida y lo estoy ignorando, pero quizá ha llegado la hora de

dar mi brazo a torcer un poco, no solo por mí o por mi madre, sino por ella, sé que se muere de ganas de que les hagamos una visita, y yo tengo que reconocer, que dejando a un lado el tema de mi madre, siento una curiosidad asombrosa por conocer mejor a Giovanni.

—Espera Álex, no cuelgues, pásamela.

—Espera Olivia, Candy quiere ponerse—dice emocionada.

—Hola—saludo más seca de lo que me hubiese gustado cuando cojo el teléfono.

—Carla hija...—dice feliz.

—He dicho que no me llames Carla mamá—resoplo.

—Claro cariño, perdona.

Durante varios minutos hablo con mi madre de forma bastante distendida, bueno en realidad, es ella la que habla casi todo el rato, pero la incomodidad del principio de la conversación ha desaparecido muy rápido y ha habido un momento en el que me he preguntado si vale la pena estar enfadada con ella siempre.

Después he hablado un par de minutos con Giovanni, ha insistido en que vayamos de visita y la verdad es que estoy comenzando a pensármelo, en un par de meses llegará el verano y quizá sea una buena idea pasar un par de semanas allí con ellos, estoy segura de que a la princesa le encantará.

—Está bien, lo pensaré—le digo a Giovanni cuando insiste por enésima vez—ahora tengo que colgar.

—Claro *bella mia, ciao*.

Dejo el teléfono sobre la mesa y me acerco a Alejandra, que me mira con una inmensa sonrisa y los ojos brillantes de felicidad.

—¿Te he dicho ya que te quiero lagartija? —me susurra al oído tras rodearme con los brazos.

—Alguna vez, pero yo te quiero hasta el infinito, así que te gano—bromeo besándola.

—Tú siempre tan competitiva—se ríe—ven, el instalador ya ha terminado de montar tu pared, creo que te va a encantar.

La princesa coge mi mano y tira de mí hacia el garaje, cuando enciende la luz y veo la pared, la verdad es que me quedo alucinada, tengo presas hasta en una zona del techo.

—¿Quieres probar lagartija? —pregunta mi princesa.

—La verdad es que ahora mismo me apetece más probar las colchonetas—aseguro, y la cojo por la cintura y la arrastro hasta que caemos sobre ellas.

Me siento a horcajadas sobre ella, me quito la camiseta en un movimiento rápido y la respiración se me corta cuando me dedica su preciosa sonrisa.

FIN

LAS AUTORAS

Si estás leyendo esto es porque gracias a Amazon, hemos tenido la oportunidad de poder autopublicar nuestras novelas. Es una gran ventaja porque nos permite mostrar nuestra obra al público, pero también tiene un inconveniente, y es que somos nosotras mismas las que también se encargan de la edición y maquetación, así que desde aquí queremos pedirte disculpas si has encontrado algún error, ya que, aunque nos esforzamos al máximo, al conocer de memoria el contenido de la novela, nos resulta muy difícil detectar algunos fallos.

Aprovechamos también para pedirte desde aquí, que dejes tu opinión en Amazon para ayudarnos a darle visibilidad al libro, ese es el mayor de los regalos que puedes hacerle a un autor@.

Esperamos sinceramente que hayas disfrutado con esta historia.